

LIBANESES Y COREANOS EN YUCATÁN.  
HISTORIA COMPARADA DE DOS MIGRACIONES

ENSAYOS

18

Libaneses y coreanos en Yucatán.  
Historia comparada de dos migraciones

CLAUDIA DÁVILA VALDÉS



Universidad Nacional Autónoma de México  
Mérida, 2018

Primera edición: 2018

Fecha de término de edición: 6 de febrero de 2018

D. R. © 2018, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Ciudad Universitaria. Del. Coyoacán,  
C. P. 04510, Ciudad de México

CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y EN CIENCIAS SOCIALES  
Ex Sanatorio Rendón Peniche  
Calle 43 s. n., col. Industrial  
Mérida, Yucatán. C. P. 97150  
Tels. 01 (999) 9 22 84 46 al 48  
Fax: ext. 109  
<http://www.cephcis.unam.mx>

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio  
sin la autorización del titular de los derechos patrimoniales

ISBN 978-607-30-0159-5

*Impreso y hecho en México*





*A mis hijos Martina y Rui*



## Índice

INTRODUCCIÓN . . . . .	11
CAPÍTULO 1. LA MIGRACIÓN DE LIBANESES Y COREANOS A YUCATÁN . . . . . 23	
Causas de la emigración . . . . .	24
La emigración coreana . . . . .	24
La emigración libanesa . . . . .	28
Motivaciones y características de los migrantes libaneses y coreanos . . . . .	32
El territorio de llegada . . . . .	39
Política migratoria mexicana durante el Porfiriato. Las modalidades de llegada . . . . .	44
CAPÍTULO 2. EL CONTACTO INICIAL. LOS PRIMEROS AÑOS EN TERRITORIO YUCATECO . . . . . 51	
Coreanos y libaneses en Yucatán. Los primeros años . . . . .	52
Los siguientes años. Cambios en la vida de los coreanos . . . . .	66
La inmigración extranjera en el imaginario colectivo yucateco. La prensa escrita de principios del siglo xx . . . . .	71

<b>CAPÍTULO 3. MECANISMOS DE CONTROL</b>	
Y ESTRATEGIAS DE ORGANIZACIÓN . . . . .	83
La política migratoria mexicana a principios del siglo xx. Los cambios y los controles . . . . .	84
El Registro Nacional de Extranjeros . . . . .	87
Las naturalizaciones . . . . .	96
Estrategias de organización. Comunidad o dispersión . . . . .	102
Asociacionismo de libaneses y coreanos en Yucatán . . . . .	107
<b>CAPÍTULO 4. LA VIDA EN PROVINCIA.</b>	
EL CASO DE MOTUL . . . . .	115
Motul y sus extranjeros . . . . .	115
Localización . . . . .	119
Matrimonios . . . . .	127
Vida cotidiana . . . . .	131
<b>CAPÍTULO 5. LIBANESES Y COREANOS.</b>	
UNA MIRADA TRANSGENERACIONAL A MOTUL . . . . .	141
Trayectoria socioeconómica y movilidad geográfica de los libaneses . . . . .	142
Trayectoria socioeconómica y movilidad geográfica de los coreanos . . . . .	149
Las nuevas generaciones . . . . .	156
Percepciones y representaciones de lo libanés y lo coreano en la actualidad . . . . .	161
CONCLUSIONES . . . . .	169
FUENTES . . . . .	179

## INTRODUCCIÓN

A finales del siglo XIX y principios del XX tuvo lugar la llegada de dos de las migraciones más importantes en la historia de Yucatán. De manera paulatina y escalonada, los libaneses arribaron a la región hasta sumar 576 residentes en 1910. Por el contrario, los 1 014 coreanos que ingresaron a la Península lo hicieron en un solo grupo, a mediados de 1905. Ambas migraciones encontraron situaciones difíciles, que fueron superadas en temporalidades y formas distintas. Los libaneses, con un fuerte capital social, conformaron la colonia de extranjeros más importante —económicamente hablando— en territorio yucateco, por lo que lograron insertarse en las clases medias y altas de la sociedad. Por el contrario, a los coreanos, que constituyen la ola migratoria más grande llegada en un día, se les dificultó la creación de una red social en la que la solidaridad y apoyo mutuo les permitiera una movilidad social ascendente. En general esta migración tuvo una posición menos destacada y se incrustó en la sociedad de acogida, sobre todo en la de origen maya.

La inmigración de extranjeros de una nacionalidad determinada no es un fenómeno único y aislado, por el contrario, se inserta en un contexto considerablemente más amplio —el cual responde a situaciones internacionales, nacionales y hasta regionales—, que genera movimientos de población. Sin embargo notamos que las migraciones extranjeras hacia Yucatán no han sido suficientemente tratadas como un fenómeno que incluya a varios grupos nacionales. La única publicación que encontramos en este sentido es la de Jorge Victoria Ojeda y José Juan Cervera, de 2015,

intitulada *Yucatecos de otros rumbos*, y que constituye una compilación cuyos textos abordan flujos de africanos, franceses, canarios, alemanes, chinos, libaneses, yaquis y coreanos. Constatamos igualmente que tampoco existen comparaciones entre las distintas nacionalidades de extranjeros que se instalaron en la Península, y mucho menos que traten una localidad en específico.

Entonces, con el objetivo de contribuir a la historiografía de los extranjeros en México,<sup>1</sup> en este trabajo analizamos en forma comparativa las trayectorias de estos dos grupos migratorios, así como de sus descendientes, en el Yucatán del siglo xx, observando las estrategias de integración y poniendo especial énfasis en los procesos de movilidad social, económica y geográfica en el interior del estado. Se trata de la comparación de ambas experiencias en un “espacio angosto y de tiempo largo” (González y González 1973, 28) que cubre los últimos años del siglo xix, pero sobre todo la primera mitad del siglo xx, y que destaca la trayectoria de aquellos que se instalaron en el municipio de Motul. Conviene aclarar, sin embargo, que nuestra intención no es presentar aquí un estudio de caso: pretendemos entender desde una perspectiva histórica distinta el porqué de las diferencias entre los procesos de asimilación de libaneses y coreanos en Yucatán. Con este fin, seguimos las propuestas de los precursores de la microhistoria (Levi 1993; Revel 1996) y variamos la escala en nuestro análisis a un nivel micro para poder observar en forma diferente nuestro objeto de estudio resaltando sobre todo la experiencia vivida por los propios actores sociales que son los que verdaderamente nos importan.

Nuestra pregunta de investigación se orienta, de esta manera, hacia la indagación de los factores que determinaron las trayectorias tan disímiles de libaneses y coreanos en Yucatán, tomando en cuenta aspectos como el contexto de llegada, el origen social de las familias, la presencia de la mujer, las condiciones de vida, las prácticas matrimoniales y la existencia de una cadena migratoria,

<sup>1</sup> En 2010, Ernesto Rodríguez afirmaba que la inmigración extranjera en México “es un campo bastante fértil que todavía está poco explorado en sus tendencias y componentes actuales” (Rodríguez Chávez 2010, 12).

así como la formación de redes sociales y la consolidación de una comunidad con un amplio capital social.

De los tres modelos que propone Nancy Green para la realización de una historia comparada de las migraciones, nosotros trabajamos con el llamado “convergente”,<sup>2</sup> para realizar la comparación de la experiencia migratoria de dos grupos de extranjeros (libaneses y coreanos) en un mismo territorio (Yucatán y, específicamente, Motul). Es importante destacar nuestro objetivo de ejercer la comparación a todo lo largo del trabajo; es decir, no quisimos dejar el esfuerzo comparativo para las conclusiones, como a menudo sucede con los trabajos realizados bajo esta perspectiva. Sin embargo, dados los temas que aquí tratamos y las características de cada grupo migratorio, hay apartados en los que fue difícil mantener el equilibrio en la comparación, por lo que algunas veces la balanza se inclinó más hacia los libaneses y otras, hacia los coreanos.

Nuestra explicación no solamente se apoya en la diferenciación de los orígenes nacionales como normalmente se hace en este tipo de comparaciones, sino que, como sugiere Green, se incluye el factor tiempo como elemento explicativo logrando un estudio longitudinal, que toma en cuenta la trayectoria socioeconómica y la movilidad geográfica de los migrantes y sus descendientes, sin eludir la coyuntura histórica, ni la modalidad migratoria con la que entraron al país, así como el contexto de recepción con el que se encontraron. Factores todos que impactarán en el derrotero que cada grupo migratorio tomó en tierras yucatecas.

Consideramos que el proceso de asimilación de los migrantes no se equipara a un camino o una trayectoria uniforme. Por el

<sup>2</sup> Nancy Green propone tres modelos de análisis: el “lineal”, en el que la comparación se hace entre el país de origen y el de llegada; el “divergente”, que compara un mismo grupo de inmigrantes en diferentes países de llegada, y el “convergente”, en el que se comparan diferentes grupos de inmigración, en un mismo país de acogida. La autora afirma que este modelo es el más frecuentemente utilizado para “comparar el ‘éxito’ o el ‘fracaso’ o más modestamente la ‘movilidad social’ de diferentes poblaciones en las ciudades americanas” (2002, 27-33).

contrario, nos ceñimos al concepto de *asimilación segmentada*, de Portes y Rumbaut, que sostiene que la experiencia varía de un grupo migratorio a otro. Tras partir de la idea de que tanto la población migrante como la sociedad de acogida son heterogéneas, estos autores aseguran que “los inmigrantes pueden tener que hacer frente a situaciones radicalmente distintas, por lo que el curso de su asimilación puede desembocar en una serie de resultados diferentes” (Portes y Rumbaut 2011, 72). Indagar sobre esos factores que hicieron de la asimilación un proceso diferenciado entre libaneses y coreanos es una de las principales tareas de esta investigación.

Ambos autores consideran que el capital social, cimentado en las redes étnicas, constituye un factor esencial que actúa como un instrumento que ayuda a afrontar los obstáculos de una adaptación exitosa, por lo que la densidad de los lazos es, para ellos, de singular importancia. En los casos migratorios que nos ocupan tenemos a los coreanos, quienes al momento de su llegada se toparon con la inexistencia de una comunidad de compatriotas establecida en territorio yucateco, por lo que debieron afrontar solos los retos de la adaptación. Por el contrario, la mayoría de los libaneses logró beneficiarse de las redes de apoyo que la comunidad migrante establecida con anterioridad les pudo brindar. Es importante precisar aquí que no se pretende agotar en esta introducción el marco teórico utilizado en nuestra investigación. Es en la medida en que se vaya avanzando en la lectura de los diferentes capítulos que se irán explicando, poco a poco, los conceptos y las teorías según los temas que se traten.

Como podemos observar, la intención de este estudio no fue, de ninguna manera, contrastar *similar* con *similar* para hacer una historia comparada solo de las semejanzas y de los rasgos comunes de dos experiencias migratorias.<sup>3</sup> Siguiendo lo propuesto por John Elliot, nos propusimos identificar, entender y explicar las

<sup>3</sup> Si esa hubiera sido nuestra intención, la comparación se hubiera planteado, por ejemplo, entre la migración coreana y la china, sin embargo lo que llamó nuestra atención fueron las particularidades de los casos migratorios de libaneses y coreanos, así como los grandes contrastes que presentaron.

diferencias que existen entre dos de los grupos migratorios más representativos del estado de Yucatán, perspectiva que, según este autor, puede “abrir nuevas áreas de indagación conforme exploremos las razones de tales diferencias y evaluamos sus posibles implicaciones” (Elliot 1999, 236). Nos apoyamos igualmente en la afirmación de Marc Bloch, quien también otorga un interés bastante especial a la percepción de las diferencias en la historia comparada: “Determinar [...] que dos objetos no son parecidos, sino —trabajo infinitamente más difícil, pero también mucho más interesante— por qué rasgos precisos se distinguen, supone evidentemente, como primer paso, que se les contemple uno ante el otro” (Bloch 1983, 27).

El sustento de esta investigación fue, en primer lugar, la información que se obtuvo en los diferentes archivos históricos como el de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el General de la Nación, el General del Estado de Yucatán, el Histórico del Registro Civil de Motul, el Histórico Municipal de Mérida y el General del Arzobispado de Yucatán. En segundo lugar, elaboramos una serie de 17 entrevistas semiestructuradas en las que los sujetos de estudio se enmarcan en lo que Bertaux (1997, 21) denomina “categorías de situación”. Es decir, sujetos con características específicas que presentan puntos en común; en este caso, ser descendientes de migrantes coreanos (diez) y libaneses (siete), la mayoría perteneciente a la tercera generación. Es importante aclarar que se trata de un método cualitativo en el que la evidencia empírica que se obtiene no es representativa estadísticamente hablando. Sin embargo, la pequeña muestra ofrece una idea clara de las características más generales. Incluimos igualmente en esta investigación otra serie de siete entrevistas a distintos personajes yucatecos realizadas tanto en el municipio de Motul como en la ciudad de Mérida. El objeto de estas últimas fue conocer el imaginario yucateco con respecto a estas dos migraciones.

Por último, no menos importantes, se encuentran las lecturas bibliográficas. De los dos grupos de inmigrantes de los que hablaremos, los libaneses han sido los más estudiados en todo el

país en general.<sup>4</sup> Para Yucatán, en particular, encontramos que el abordaje se ha dado sobre todo desde la sociología y la antropología, pero poco se ha hecho desde la perspectiva histórica, y menos aún desde una visión local en el interior del estado, pues las referencias que existen sobre Yucatán están fuertemente marcadas por las experiencias vividas en la ciudad de Mérida.

Las publicaciones más recientes son, por un lado, el libro de Luis Alfonso Ramírez Carrillo intitulado *...De cómo los libaneses conquistaron la península de Yucatán. Migración identidad étnica y cultura empresarial* (2012), que aborda especialmente el proceso de movilidad social ascendente que alcanzaron varias familias con este origen. Se trata de un interesante análisis sobre la comunidad, la movilidad colectiva y la estructura familiar de la migración libanesa en los tres estados que componen la Península. Por otro lado, tenemos el libro hecho por y para libaneses intitulado *Del Líbano... lo que debemos recordar. Resembrando raíces* (2009), de Teté Cuevas, cuyo antecedente es la tesis en Antropología Social de la UADY que la misma autora hizo con Miguel Mañaná y que fue publicada con el título “Los libaneses de Yucatán”.

Luis Alfonso Ramírez (1994a) ya había tratado con anterioridad, y desde una perspectiva sociológica, la formación de la élite libanesa en Yucatán, ahondando en las razones por las cuales algunos elementos de esta migración pudieron insertarse en las clases altas del estado. También se encuentra la tesis de licenciatura intitlada “Los libaneses en Yucatán” (1977), realizada por Beatriz Cáceres Menendez y Patricia Fortuny Loret de

<sup>4</sup> Por citar sólo algunos ejemplos tenemos para Puebla las investigaciones realizadas por Rebeca Inclán (1973) y por Alonso Palacios (1983). La primera nos habla de los procesos de aculturación desde una perspectiva histórica, y la segunda se enfoca en la industria textil desarrollada por los libaneses en ese estado. En Torreón encontramos el libro de Urow Schifter (2000) quien hace una compilación de tres migraciones extranjeras a esa ciudad: libaneses, españoles y chinos. También están los trabajos de Páez Oropeza (1984), que aborda los procesos de asimilación, así como el de Martínez Montiel (1981) que habla sobre integración, movilidad geográfica e identidad y, finalmente, el de Zidane Zeraoui (1997), en el que se ofrece una descripción de los inmigrantes libaneses.

Mola. Esta última hace un resumen con el mismo título en las *Memorias de la primera semana de la historia de Yucatán*. La fuente principal de esta investigación es la historia oral, a través de la cual se estructura la experiencia de los libaneses. Por su parte, Francisco de Montejo Baqueiro basa su artículo “La colonia sirio-libanesa en Mérida” (1981), de manera preponderante, en fuentes hemerográficas.

Con nuestra búsqueda notamos que la migración coreana que llegó a Yucatán en 1905 ha sido muy poco abordada en la región. Uno de los principales rasgos de las publicaciones sobre ella es que la mayoría se ha hecho fuera de Yucatán, e incluso fuera de México. Lo que se había hecho hasta antes de esta investigación se centra, sobre todo, en los aspectos que se relacionan con la organización misma, así como en las muchísimas dificultades con las que se encontraron durante los primeros años de su residencia.

Los primeros en interesarse por realizar investigaciones sobre esta migración fueron los propios coreanos. Sabemos que existen algunos textos que datan de los años cincuenta, sesenta y setenta, aunque no nos ha sido posible tener acceso a ellos por lo que las referencias bibliográficas que aquí presentamos están incompletas.<sup>5</sup> Kim Hahkyung (2012, 245), autor de uno de los textos más nuevos publicado en Corea, dice que la mayor parte de la escasa y reciente literatura sobre esta inmigración está escrita desde una perspectiva coreana, presentada como una historia trágica, pero patriótica. Este es el caso, por ejemplo, del artículo de Wayne Patterson “The Early Years of Korean Immigration to Mexico: A View from Japanese and Korean Sources”, publicado en 1993 en el *Seoul Journal of Korean Studies*. En 2005, con motivo de la celebración del centenario de la llegada de la primera ola de coreanos a México, aparecieron algunos textos. Quizás el más

<sup>5</sup> Las referencias (incompletas) que hemos encontrado son las siguientes: Kim Won-yong, *Cincuenta años de la historia de los residentes coreanos* (California: Reedley, 1959); Hyeon Kyu-hwan, *Historia de la emigración coreana*, vol. 2 (Eomungak, 1967); Lee Yeong-suk, *Los primeros coreanos de Yucatán*; GyuHwan Hyun *La historia de los coreanos I* (1976); JaKyung Lee, *La historia de la inmigración coreana a México*.

representativo sea el que salió en 2006, que se titula *Historia de la vida de los coreanos en México, 1905-2005*, de Nam Hwan Jo, y que se puede leer en español y en coreano. Circulan igualmente en la página de internet del *Institute of Asian and American Studies*, algunos textos en Word que se desprenden del coloquio intitulado “Cien Años de la Inmigración Coreana a México: Memorias y Perspectivas”, que tuvo lugar en la ciudad de Seúl en 2005.<sup>6</sup>

Cabe mencionar, sin embargo, que encontramos otros textos que no fueron realizados en Corea, pero sí fuera de México. En 1968, en la Universidad de Texas, en Austin, Paek Pong Hyon presentó su tesis de maestría intitulada “The Koreans in Mexico: 1905-1911”, un texto rico en testimonios aunque con algunas imprecisiones. Por su parte, Francisco Romero Estrada publicó en la *Revista de Ciencias Sociales*, de la Universidad de Costa Rica, “Factores que provocaron las migraciones de chinos, japoneses y coreanos hacia México: siglos xx y xx: un estudio comparativo”. A pesar de su intención de comparar, este estudio es más bien una yuxtaposición de las tres experiencias migratorias; sin embargo, en él podemos encontrar datos relevantes sobre dichas experiencias y algunas pistas sobre la migración coreana. Por su parte, Hea-Jin Park publicó en Barcelona el artículo “Dijeron que iba a levantar el dinero con la pala: A brief account of early Korean emigration to Mexico”, en el que destaca sobre todo la organización de la inmigración desde Corea, analizando quiénes intervinieron y cuáles fueron los intereses que incentivaron este movimiento poblacional.

Las investigaciones realizadas en México sobre la inmigración coreana son mucho más actuales y menos numerosas. En 1973, José Sánchez Pac, uno de los descendientes de la segunda generación, escribió *Memoria de la vida y obra de los coreanos en México desde Yucatán*, donde describe pasajes de la vida de sus antepasados. Más recientemente encontramos que Alfredo Romero

<sup>6</sup> De Jung Gil-hwa, director de la emisora MBC, está el texto intitulado “La situación de los inmigrantes coreanos en México y Cuba”, y de Kim Do-hyeong del Instituto de Historia del Movimiento Independentista Coreano encontramos “El movimiento independentista de los coreanos de México”.

Castilla (1995a, 1997 y 1999) escribió tres artículos pioneros sobre los coreanos, en los que habla de la movilidad geográfica al interior del territorio nacional, así como de los procesos de aculturación. Existen tres tesis de licenciatura en las que el interés principal radica en se pueden conocer pasajes de la vida de algunos coreanos que fueron entrevistados para la realización de las mismas. La primera intitulada “La inmigración coreana en Yucatán” (2007), de Javier Corona, y la segunda, “Inmigración y vida cotidiana. Una reconstrucción histórica y cultural de los trabajadores coreanos en las haciendas henequeneras de Yucatán (1905-1908)” (2008), de José Antonio Casanova. También encontramos la tesis de licenciatura de José Luis Gutiérrez May intitulada “Sanos, fuertes y humildes. Los inmigrantes coreanos en Yucatán 1905-1910” (2011). Se trata de una de las investigaciones mejor logradas sobre esta migración, la cual es rica en fuentes documentales y hemerográficas.

Es importante mencionar que durante los años noventa del siglo xx tiene lugar en México la llegada de una intensa ola migratoria de coreanos comerciantes que dio origen a la organización de una nueva comunidad como la que encontramos en la ciudad de México. La investigación sobre esta inmigración queda pendiente, sólo encontramos el trabajo de Kim (2003), que nos ofrece un primer esbozo de las características de esta inmigración.

Finalmente, este libro se dividió en cinco capítulos organizados por temas, pero también en orden cronológico. El primero tiene por objetivo hacer un análisis sobre la llegada de libaneses y coreanos a Yucatán, a finales del siglo xix y principios del xx. Se describen brevemente los factores *push* que dieron inicio a la expulsión de esta población de sus lugares de origen, para dar paso a los factores *pull*, en los que se analizan el territorio y el contexto al que cada grupo llegó. Comenzamos así, desde este primer capítulo, a establecer las diferencias de la experiencia migratoria de libaneses y coreanos, con base en lo expuesto por Portes y Rumbaut (2011) sobre la *asimilación segmentada*. Para completar, en este apartado se establecen las diferentes modalidades migra-

torias con las cuales entraron al país, según la política migratoria del momento, además de que incluimos la caracterización de los migrantes con el fin de conocer los perfiles socioeconómicos, así como el género y las edades de los mismos.

En el capítulo dos abordamos los primeros años de residencia de libaneses y coreanos en territorio yucateco, que coinciden con la época de prosperidad que trajo consigo la explotación y comercialización del henequén en la región (la *Época Dorada*). Ponemos especial interés en resaltar los cambios que experimentan los coreanos a partir de 1909, luego de que se diera por terminado el contrato con el que llegaron a trabajar a Yucatán. Señalamos cómo, ya desde estos primeros años, comienzan a establecerse ciertas diferencias entre ambos grupos, que marcarán su futuro y el de sus descendientes en este territorio. Por último abordamos, desde un análisis hemerográfico, las percepciones sobre la inmigración extranjera en Yucatán durante los años del Porfiriato, y el lugar que ocuparon los libaneses y los coreanos dentro del imaginario colectivo de la época.

En el tercer capítulo hacemos un análisis sobre la organización de una vida en el extranjero, abarcando dos dimensiones. La primera va de cara al Estado-nación, e indaga sobre las políticas migratorias federales restrictivas y controladoras de los años veinte y treinta del siglo xx, dentro de un contexto geográfico específico, como es el municipio de Motul, y sobre la experiencia de migrantes extranjeros de origen libanés y coreanos que ahí residieron; en este apartado nos referimos al Registro Nacional de Extranjeros y al proceso de naturalización. Resaltamos aquí que el impacto de las políticas migratorias mexicanas no fue homogéneo para todos los extranjeros pues entre libaneses y coreanos se desprenden algunas diferencias debido a sus propias características como grupos migratorios. La segunda dimensión que abordamos en este capítulo se refiere a las propias estrategias de los migrantes para la consolidación de una comunidad basada en la solidaridad y el apoyo mutuo con fuertes redes sociales. El análisis se centra principalmente en las posibilidades que tuvieron libaneses y coreanos para construir un capital social que les

permitiera una movilidad social ascendente. Para completar el capítulo, incluimos un recuento histórico de las prácticas asociativas de ambas migraciones.

Con el fin de conocer a estos extranjeros más de cerca, en el capítulo cuatro decidimos cambiar la escala a un nivel micro para analizar la experiencia migratoria de aquellos libaneses y coreanos que residieron en el municipio de Motul. Empezamos haciendo una descripción sobre esta localidad, que escogimos en función de su cercanía con la ciudad de Mérida, de su localización dentro de la zona henequenera y de la propia presencia de coreanos y libaneses. Lo que más nos interesó fue el análisis de aspectos tales como las prácticas matrimoniales y la vida cotidiana, sin olvidar mencionar las facilidades o las dificultades con las que nos enfrentamos para localizarlos al interior del municipio. Es importante aclarar que en este capítulo nos referimos sobre todo a los migrantes de primera generación.

Por último, en el capítulo cinco abordamos —con una mirada transgeneracional— las trayectorias socioeconómicas y la movilidad geográfica de los libaneses y coreanos y sus descendientes que viven o vivieron en el municipio de Motul. Indagamos igualmente sobre aquello que queda de la migración coreana y libanesa en las nuevas generaciones como parte del componente identitario. Asimismo incluimos un análisis sobre las percepciones y las representaciones de *lo libanés* y *lo coreano* en la actual sociedad yucateca.

Una vez presentado el tema, y antes de comenzar con el primer capítulo, se hace necesario agradecer a instituciones y personalidades que brindaron su apoyo durante estos años de investigación. Arturo Taracena, Carolina Depetris y Adam T. Sellen me incluyeron como becaria posdoctoral en su proyecto de investigación con financiamiento del CONACYT, pudiendo así dar inicio en esta aventura. El CEPHCIS-UNAM me brindó, igualmente, la oportunidad de continuar con mi investigación en un segundo año de posdoctorado. Muy agradecida estoy con mi institución, la Universidad Autónoma de Yucatán, la cual me dio la oportunidad de incorporarme como profesor investigador bajo el

cobijo de Luis Alfonso Ramírez, a quien también le agradezco la confianza, el apoyo y la oportunidad. Mi reconocimiento a la Secretaría de Educación Pública, bajo cuyo programa de Apoyo a la Incorporación de Nuevos Profesores de Tiempo Completo del hoy llamado PRODEP, se pudo financiar la última etapa de esta investigación, que tiene por resultado este libro.

Gracias a mi *sensei* Clara Lida por estar siempre al pendiente, por escucharme y por ayudarme en la reflexión. A Delia Salazar, por sus comentarios y consejos tan pertinentes. A Laura Machuca, por su amistad y por las oportunidades. A mis colegas y amigos Carlos Alcalá, Manuel Pinkus, Aurelio Sánchez, Jorge Victoria y Mónica Chávez por los consejos y la solidaridad. Y por supuesto, a mi sociólogo de cabecera, Ricardo, por el café de mis mañanas y por cuidar de mis hijos.

Va también mi más profundo agradecimiento a mis informantes, que se tomaron el tiempo de recibirme y de contarme su vida y la de sus ancestros. De ellos es esta historia.

## Capítulo 1.

### La migración de libaneses y coreanos a Yucatán

Quizá la mayor dificultad para el análisis de las migraciones resida en su extremada diversidad en cuanto a formas, tipos, procesos, actores, motivaciones y contextos socioeconómicos y culturales. Esta es la razón por la que coincidimos con Arango (2003, 26-27), quien sostiene que las migraciones son polifacéticas y multiformes, conceptualmente complejas y difíciles de medir, de suerte que no es posible encontrar una única teoría que pueda explicar el fenómeno. Más bien al contrario, en la actualidad existe una gran variedad de perspectivas teóricas para estudiar las migraciones en el mundo.

Uno de los modelos más utilizados —sobre todo por economistas— para explicar las causas del movimiento migratorio se enfoca en dos factores macro, aquello que expulsa a los sujetos de un lugar (*push*) y lo que los atrae a otro (*pull*). Esta “simple, aunque útil” (Arango 2003, 3) perspectiva teórica concibe a las “migraciones como un factor compensador que se produce de forma casi espontánea, y que tiene el objetivo de reestablecer el equilibrio funcional de la sociedad transitoria o crónicamente perturbada, básicamente por motivos económicos” (Herrera Carassou 2006, 106). En este primer capítulo decidimos utilizar los factores *push-pull* de la inmigración para tratar de entender las causas que orillaron a estos migrantes a salir de su lugar de origen, y caracterizar al mismo tiempo al México de principios del siglo xx que los atrajo. La contextualización de ambas sociedades, la de origen y

la de destino nos ayudará, como sostiene Barry (1997, 16), en la comprensión de los procesos de asimilación, al entender a dónde llegan y de dónde vienen, analizando las condiciones políticas, económicas y demográficas de la sociedad de origen que impactaron el grado de voluntariedad de estos migrantes.

Consideramos que nuestra explicación no puede quedarse en el nivel macro, pues nos unimos a la opinión de aquellos que sostienen que las migraciones son de carácter pluricausal, y por eso decidimos incluir un apartado que trata sobre las motivaciones de los migrantes así como sus características. Esto como una perspectiva esencial de análisis que es la microconceptual, pues coincidimos con la idea de que la decisión individual de migrar también está influida por causas estructurales. Se trata de un nivel analítico que incluye la dicotomía macro-micro, en el que se reflejan “los factores exógenos y endógenos, las causas estructurales y las motivaciones individuales, los determinantes económicos y las condicionantes culturales y morales” (Wood 1982, 298-319, *apud* Herrera Carassou 2006, 132).

## CAUSAS DE LA EMIGRACIÓN

### *La emigración coreana*

Para contextualizar y entender las causas macroestructurales que explican la migración coreana a Yucatán, tomaremos en cuenta no solamente las complicaciones económicas internas, sino también tendremos presente el factor político, pero sobre todo los conflictos a nivel internacional que tuvieron lugar desde de finales del siglo XIX y principios del XX, pues consideramos que fueron determinantes.

A lo largo de la historia, Corea “ha sido tierra de paso de influencias extranjeras muy diversas” (Romero Castilla 1995b, 481), pues la posición geopolítica de su territorio lo colocó en medio de las rivalidades entre China, Rusia y Japón. En primera instancia, Corea se convirtió —durante la dinastía Yi (1392-1910)— en un estado tributario del imperio chino, con una “estructura

social de corte jerárquico y autoritario” (481). A finales del siglo XIX, entre 1894 y 1895, tuvo lugar la guerra sino-japonesa entre China y el naciente imperio del Japón, que buscaba expandirse. Corea, que había sido hasta entonces dominada por China, resultaba un punto estratégico de defensa para Japón, además del interés de este país de dominar su economía a través de una apertura comercial. “La incapacidad gubernamental, la marginación popular y la obstinación de la clase *yangban*<sup>1</sup> por mantener sus privilegios y la incapacidad de China para salvaguardar la independencia coreana” (483) dieron lugar a la transferencia del dominio de Corea a manos japonesas. En un principio, Corea permaneció independiente, pero con un programa reformista japonés que impactó las estructuras de su gobierno, las cuestiones fiscales, la educación primaria y hasta los hábitos y costumbres, como el hecho de disponer que los hombres se cortaran el cabello. De tal manera que Japón se fue imponiendo sobre Corea en lo económico, lo político, lo social y hasta lo cultural.

Las potencias extranjeras no tomaron ninguna posición anti-imperialista; al contrario, se quedaron a la expectativa pues concebían la invasión japonesa en Corea como necesaria para frenar las pretensiones de Rusia, que también había demostrado tener intenciones de dominar aquel territorio. Desde 1896, el gobierno ruso había puesto en práctica algunas acciones para introducir militares rusos en el puerto coreano de Inchon, con el pretexto de defender la embajada rusa situada en la capital de aquel país (*Datos sobre Corea* 1981, 83). De nueva cuenta, el territorio coreano quedaba en medio de las disputas imperiales, pero en esta ocasión sería entre rusos y japoneses, quienes buscaban la ocupación de Corea y Manchuria. Es así como finalmente tuvo lugar la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, en territorio coreano. “La derrota de Rusia puso fin a la influencia de un rival que le disputaba a Japón su capacidad de construir el destino del noreste de Asia” (Romero Castilla 2009, 98). Se consolidaba de

<sup>1</sup> Los *yangban* constituían la clase gobernante tradicional de Corea; pertenecían principalmente a la aristocracia y algunos eran terratenientes que dominaban la burocracia agrícola tradicional.

esta manera el papel preponderante del Japón en la región y su imagen como potencia mundial.

El Imperio japonés fue tomando medidas para establecer un protectorado en Corea que se formalizó finalmente en noviembre de 1905. El primero de febrero de 1906 los japoneses establecieron un residente general en Seúl, quien sería la “autoridad suprema en todo el territorio peninsular”, y se encargaría de todos los asuntos internos y externos de aquel país (*Datos sobre Corea* 1981, 87). Las fuerzas armadas coreanas fueron disueltas y sustituidas por un nuevo sistema de policía militar; el gobierno coreano perdió incluso su derecho a sostener relaciones diplomáticas con otros países, y todo lo relacionado con la política exterior pasó a depender entonces del Ministerio de Asuntos Exteriores japonés. En 1910, la figura de residente general fue cambiada por la de gobernador general, aumentando así el control japonés sobre la vida de aquel territorio. Corea había quedado a merced de los designios expansionistas de Japón, quien logró establecer una dominación colonial hasta 1945. El colonialismo Japonés, sostiene Romero Castilla, “no dejó un legado de atraso en sus colonias” sino que por el contrario “Japón transmitió su propia experiencia de modernización”. Mediante la transformación de sus estructuras, buscaba la integración sociocultural de Corea no como una colonia, sino como un “nuevo territorio” (Romero Castilla 1995b, 484). Pero se trató de una “modernización anómala” que en resumidas cuentas no dejó mayor beneficio para la población coreana que quedó sumida en la pobreza (Romero Castilla 2013, 104)

Japón tenía el objetivo de borrar cualquier sombra de conciencia nacional, lo que provocaría un profundo resentimiento entre la empobrecida población coreana y daría origen a la creación de un movimiento de resistencia a la dominación japonesa. Se despertó el sentimiento nacionalista en el que participaron la alta burguesía, los movimientos guerrilleros, los intelectuales progresistas y hasta los campesinos y militares. Todos juntos y sus diferentes organizaciones emprendieron acciones tales como iniciativas guerrilleras o publicaciones en periódicos y revistas.

Sin embargo, con el tiempo, este movimiento se desarticuló y se bifurcó en dos flancos irreconciliables, uno de izquierda y otro de derecha, inhibiendo la posibilidad de lograr un frente nacional unificado. A pesar de los intentos, la resistencia no logró evitar el dominio japonés; de hecho “la liberación de Corea en 1945 no fue obra de las fuerzas nacionalistas sino de los avatares de la estrategia bélica de Estados Unidos y la URSS”, durante la Segunda Guerra Mundial (Romero Castilla 2009, 111 y 115).

A las complicaciones internacionales hay que añadir las condiciones internas que se habían venido deteriorando. Romero Castilla explica que las instituciones políticas se encontraban en decadencia “debido a las cruentas luchas entre las fracciones políticas y la corrupción gubernamental” (2009, 88). Los años de sequía fueron seguidos por años de inundaciones, así como por crisis alimentarias, brotes de enfermedades epidémicas —como el cólera—, inestabilidad monetaria, inflación económica y carga fiscal represiva (Park 2006, 138) impuesta por el gobierno corrupto que fue incapaz de lidiar con las crisis. La estructura social de ese entonces era rígida y autoritaria “basada en atávicas formas de producción agrícola en la que no había espacio para el desarrollo de otras actividades económicas”, lo que perpetuaba aún más la miseria de las masas campesinas (Romero Castilla 2009, 88-89).

En resumen, las crisis política, económica, social e, incluso, sanitaria, así como las invasiones extranjeras dejaron al país en una situación bastante complicada que terminó por empujar a un número importante de sus habitantes al éxodo. Se estima que para finales del siglo XIX, 23 000 coreanos estaban fuera de su país (Romero Castilla 1997, 131). Los primeros movimientos migratorios tuvieron lugar en la región nororiental china de Manchuria, en Japón y en Rusia. Hawái se convertiría también, a partir de 1903, en uno de los principales destinos de emigración de los coreanos que decidieron lanzarse a la aventura para trabajar en las plantaciones de azúcar con el objetivo de ganar y ahorrar dinero para lograr mejores condiciones de vida. Se estima que para 1905 más de 7 000 coreanos habían llegado a Hawái, flujo que se inte-

rrumpió debido a las disposiciones japonesas que prohibían la emigración de coreanos al extranjero (Noland 2003, 62).

### *La emigración libanesa<sup>2</sup>*

Una vez revisada *grosso modo* la situación de Corea a finales del siglo XIX y principios del XX, toca el turno de examinar el contexto macroestructural que nos ayudará a entender las causas que provocaron el movimiento migratorio que provino del Medio Oriente, para lo cual es necesario no perder de vista que desde 1516 los actuales Líbano, Siria y Palestina formaron parte del territorio conquistado y ocupado militarmente por el Imperio otomano. Durante este período, los otomanos ejercieron un dominio que se caracterizó por un gobierno centralizado y por las malas condiciones de vida de los habitantes.

En el llamado Monte Líbano se formó una provincia semiautónoma, pero dependiente del Imperio, pues este controlaba, entre otras cosas, el cobro de los impuestos, los puertos y las aduanas. El Monte Líbano quedó bajo la influencia de los maronitas, y estaba dominado por algunas importantes familias. Se dice que esta región era la zona más pobre del Líbano y que se caracterizaba por sus tierras poco fértiles. En palabras de Martínez Assad, se trataba de un territorio que asemejaba “una roca encajada entre Siria y el mar” (2003, 135). Era un área de unos “4000 kilómetros cuadrados, de la cual solamente un cuarto era cultivable, y en ella vivían hasta 400 personas por kilómetro cuadrado” (Tayah Akel 1999, 190).

Al sur del Líbano se encontraba el monte Shuf, territorio habitado por los drusos. “Cualquier expansión de los drusos hacia el norte, o de los maronitas hacia el sur, provocaba serios enfrentamientos entre ambas comunidades”, lo que se compli-

<sup>2</sup> Es importante aclarar aquí que nos referiremos solamente a la migración libanesa debido a que fue la que llegó a Yucatán en mayor proporción. Ciertamente hubo sirios y palestinos que se instalaron en el estado durante el periodo estudiado, pero numéricamente, estos no fueron representativos. De los 777 migrantes de primera generación que ubica Ramírez entre 1878 y 1972, únicamente 29 son sirios (Ramírez 2012, 118).

caba aún más debido a que las fronteras entre estas dos regiones siempre fueron inciertas (Marín Guzmán 1996, 559). Además de las diferencias internas que existieron entre drusos y maronitas, es necesario considerar la fuerte inestabilidad derivada de la disputa de la región entre el Imperio otomano y las potencias europeas, en especial Francia e Inglaterra a quienes “les estaba prohibido trasladarse libremente por el Imperio, transportar allí sus productos y venderlos de ciudad en ciudad”. Sin embargo, los ingleses,<sup>3</sup> pero sobre todo los franceses, encontraron gran apoyo en los cristianos, en especial los maronitas con los que pudieron establecer contactos económicos y penetrar en esos nuevos mercados tanto con sus productos como con su cultura y sus nuevas ideas. Según Marín Guzmán, esta situación provocaría aún más enfrentamientos entre ambos grupos, pues los drusos se mostraban más conservadores y mantenían un sistema económico de corte semifeudal (Marín Guzmán 1996, 560-565).

Si bien es cierto que en varias ocasiones drusos y maronitas lucharon juntos contra enemigos comunes que intentaban dominar desde fuera el Monte Líbano, atentando contra sus intereses, al final de cuentas, sus rivalidades terminaron por imponerse, sobre todo en el periodo comprendido entre 1840 y 1860. Marín Guzmán argumenta que lo que había comenzado como “una lucha entre clases sociales asumió también el cariz de un enfrentamiento religioso” entre estos dos grupos (574). El resentimiento de los drusos provocaría una ola de violencia y masacre contra los cristianos, considerados arrogantes por su prosperidad económica debido a sus contactos y apoyos internacionales, y a que mostraron desprecio hacia los musulmanes (575). La “xenofobia musulmana” terminaría por incitar “orgías de muerte” en Líbano y Siria, que ilustran la ola de fanatismo que arrasó al Imperio otomano (Tayah Akel 1999, 190).

La gran prosperidad económica que en su momento experimentaron los cristianos maronitas se debió a la producción y

<sup>3</sup> Cabe señalar que Inglaterra terminó por acercarse y apoyar a los drusos con el fin de no perder su influencia en el Medio Oriente (Marín Guzmán 1996, 566).

comercialización de la seda que se convirtió en la principal actividad económica en el Monte Líbano, concentrando a una enorme cantidad de habitantes desde la década de 1850 hasta 1880, y que contó con una importante presencia extranjera, en particular francesa. La bonanza económica coincidió con un importante crecimiento demográfico. Cabe señalar, sin embargo que en medio de este proceso de crecimiento, la innovación tecnológica y la modernización de la industria de la seda no fueron una constante, por lo que —con el tiempo— los libaneses tuvieron problemas para competir con otros países.

La gran dependencia de la región con respecto a la industria de la seda provocó que la caída de precios en el mercado internacional repercutiera en perjuicios considerables para los productores y los campesinos locales, muchos de los cuales quedaron en la ruina, con el consecuente cierre masivo de fábricas. Por un lado, el mercado europeo había sido inundado con seda que provenía del Extremo Oriente y, por el otro, se registró una rápida ascensión del rayón, lo que propinó “un golpe mortal a la industria de la seda libanesa” (Tayah Akel 1999, 190), la cual quedó prácticamente destruida durante la Primera Guerra Mundial. Durante las primeras décadas del siglo xx, la población de aquella región se encontró en una situación de precariedad, que se reflejaba en la escasez de alimentos, así como en altos niveles de desempleo y en el deterioro de las condiciones de vida, a lo que se sumaban la polarización religiosa, las diferencias étnicas y culturales, y las medidas políticas de carácter represivos que el Imperio otomano había venido tomando con respecto a esta población, tales como las cargas fiscales, las restricciones comerciales y posteriormente la obligatoriedad para los cristianos de realizar el servicio militar (Marín Guzmán 1996, 592 y 603).

En medio de las crisis internas y de las complicaciones internacionales derivadas del estallido de la Primera Guerra Mundial, las autoridades otomanas, cercanas a Alemania, decidieron alinearse con las potencias centrales para tratar de eliminar la presencia francesa e inglesa, poniéndole fin al régimen de autonomía, e invadiendo militarmente el Monte Líbano, en 1915.

Según Martínez Assad, el objetivo de los otomanos era deshacerse del pueblo cristiano del Líbano —que paradójicamente había comenzado a pensarse como nación—, y señala que las nuevas generaciones se habían empezado a reunir con propósitos libertarios desde 1908 (Martínez Assad 2003, 137).

Ante las pocas posibilidades de la población de origen rural libanesa de salir adelante, la emigración fue la única puerta que les quedó abierta. Los primeros destinos de esta migración fueron el norte de África, Palestina, Tierra Santa, algunas islas del Mediterráneo y la costa meridional y occidental de Asia Menor. En el continente americano, las llegadas de migrantes libaneses se registran en 1874, a Brasil; 1875, a Estados Unidos, y 1878, a México (Ramírez Carrillo 2012, 12). Sin embargo, después de 1914, el índice de salidas del Líbano disminuyó considerablemente. Los países que recibieron esta emigración, como los Estados Unidos, comenzaron a emitir leyes restrictivas para la llegada de extranjeros. De igual manera, por cuestiones de orden político, en el Líbano se comenzó a restringir la emigración masiva de la población.

En resumen, “entre la emigración, la guerra, el hambre, el tifo y los asesinatos de la policía política turca, en 1916 más de 280 000 libaneses, de una población total de 600 000, y 300 aldeas campesinas habían desaparecido” (Páez Oropeza 1984, 111, *apud* Ramírez Carrillo, 2012, 14). Según Wadih Boutros Tayah Akel (1999, 180), entre 1916 y 1918 “más de 150 000 personas perecieron víctimas del hambre, las plagas de langostas y ejecuciones sumarias”.

El Imperio otomano terminó por rendirse y se desintegró después de cinco siglos de vida, antes de que terminara la Primera Guerra Mundial. Sus despojos fueron repartidos entre los victoriosos, de tal suerte que, desde 1920, Líbano y Siria se convirtieron en un protectorado francés que se mantendría hasta que Francia fuera, a su vez, derrotada durante la Segunda Guerra Mundial, y Líbano alcanzara finalmente su independencia en 1943.

Ciertamente, podemos atribuir a las causas de la migración tanto de libaneses como de coreanos aspectos económicos como

el deseo de mejorar sus condiciones de vida ante la complicada situación al interior de sus respectivos países. Sin embargo no es lo único que explica el movimiento migratorio en estos dos casos. Es interesante observar que un factor determinante fue la situación geopolítica tanto de Corea como del Líbano, ambos en medio de los intereses imperiales y sometidos por potencias extranjeras. En el segundo caso, los factores étnico y religioso ocuparon también un lugar importante dentro de las causas de la migración de esta población. Fueron los cristianos maronitas quienes sufrieron condiciones más críticas, por lo que se vieron forzados a tomar la decisión de irse. Los libaneses se convirtieron en una sociedad de tradición migrante cuyos destinos se encuentran en prácticamente todos los continentes. No ocurrió así con los coreanos, quienes no llegaron en aquel momento a consolidarse como una sociedad migrante pues la incipiente migración transcontinental —que había salido primero a Hawái (1903) y luego a México (1905)— se vio restringida por el dominio japonés, que prohibió la emigración de los coreanos, según Nam (2006, 37), para evitar que se organizara algún movimiento de resistencia en el extranjero.

#### MOTIVACIONES Y CARACTERÍSTICAS DE LOS MIGRANTES LIBANESES Y COREANOS

Si bien resulta posible encontrar explicaciones macroteóricas que privilegian las causas estructurales de las migraciones de libaneses y coreanos a México, no sucede lo mismo con el análisis microconceptual, que permitiría descubrir las motivaciones y valoraciones individuales de estos migrantes a la hora de decidir la salida de su país de origen. Quizás el principal problema para este análisis sea el hecho de que los migrantes que llegaron a Yucatán a finales del siglo XIX y principios del XX ya no viven. El relato del que disponemos es el de sus descendientes, así como de las afirmaciones que hacen algunos autores al respecto. Esto nos permite, sin embargo, plantear algunas generalidades sobre el tema.

El primer aspecto que no podemos perder de vista para el caso de las motivaciones de la migración coreana, es que no fue una iniciativa propia la que los llevó a México. El movimiento migratorio con destino a Yucatán tiene su origen en el enviado especial John Meyers, quien tras su fracaso en la convocatoria de trabajadores en China y en Japón, se trasladó a Corea, donde puso en marcha una estrategia de reclutamiento para trabajar en las haciendas henequeneras. Para organizar la migración, Meyers y sus contactos en Corea utilizaron diferentes campañas publicitarias en los principales diarios de circulación de las ciudades más importantes del país, que distorsionaron la realidad. México fue presentado como la tierra de las oportunidades, de suerte que en los diarios se podían leer anuncios como el siguiente:

En América del Norte, México es un país igual a los Estados Unidos en cuanto a la riqueza y a la civilización, en donde abundan la tierra y el agua, el clima es cálido y no existe el virus del tifo. Hay muchos hombres ricos y pocos son los pobres, por lo que hay escasez de trabajadores. Recientemente hombres chinos y japoneses solteros han hecho un montón de dinero. Jóvenes coreanos vengan también.<sup>4</sup>

El sentido manipulador de los mensajes vertidos en los diarios dirigidos a un “público ignorante de la realidad del mundo y ávido de mejorar sus condiciones de vida tuvieron el efecto deseado” (Romero Castilla 1997, 137). De esta manera, los coreanos interesados en emigrar firmaron un contrato, en el que se comprometían a trabajar en las haciendas henequeneras de Yucatán durante cuatro años. El contrato se componía de nueve artículos en los que se establecía que el empleador debía de cubrir los gastos del viaje y proporcionarles agua potable, casa, leña y una hortaliza. En caso de enfermedad del trabajador, el empleador pagaría la atención médica y las medicinas. El pago del sala-

<sup>4</sup> Extracto de “Agricultural Recruitment Advertisement”, publicado en *Hwangsung Shinmun*, 24 de diciembre de 1904 (Patterson 1993, 90 *apud* Hahkyung 2012, 221-271).

rio se haría semanal: 75 centavos por el corte de dos mil pencas, 40 centavos por cada mil adicional, y 25 centavos por desyerbar y limpiar. Se contemplaban igualmente otras actividades como plantar henequén, cortar leña, desbrozar el campo, etc. (Romero Castilla 1997, 138-139).

Entre los incentivos que recibieron los coreanos para alentar su emigración se encuentra un adelanto de 150 *juan* que era la moneda coreana de la época, además de que se les prometieron salarios altos (Paeck 1968, 26). Dadas las características del trabajo a realizar en las haciendas, es probable que la mayoría de ellos no supiera bien a bien a lo que se estaban comprometiendo cuando firmaron el contrato. Paeck (1968, 28) sugiere que más bien fue la propaganda y los buenos resultados de la inmigración a Hawái lo que influyó para que se animaran a emprender el viaje a México. Los coreanos se convirtieron entonces en inmigrantes, en calidad de trabajadores agrícolas, reclutados y trasladados a Yucatán con la idea de una migración temporal para regresar con algunos ahorros en cuatro años a su país; era una esperanza basada en las oportunidades que creyeron encontrarían en Yucatán.

Así, en cuatro meses se organizó la salida con destino a México. Se trató de un grupo de 1033 coreanos que partieron en abril de 1905, en el barco Ilford. Según Paeck (1968, 27), 802 eran hombres y 231 mujeres y niños. Esta migración estuvo compuesta por un grupo de personas bastante heterogéneo, pero que en su mayoría eran de origen urbano de la región Seúl-Inchon-Suwon. Para ilustrar la heterogeneidad de este grupo encontramos el trabajo de Park (2006, 143), quien afirma que entre los coreanos que emigraron a México se encontraban trabajadores, pescadores, militares retirados, burócratas, gente de clase baja, vagabundos y hasta cristianos que salieron para poder practicar libremente su religión. Por su parte Nam (2006, 49) menciona en su libro a aristócratas, médicos, ex dignatarios de alto rango, sirvientes de palacios, agentes de comisión, agricultores, así como un traductor y 20 cocineros. Entre los relatos de los testimonios encontramos el de Elisa Kim Pack, radicada en Cuba, quien ase-

guraba que su abuelo había pertenecido a la nobleza y que su espíritu aventurero lo había traído a México (Ruiz y Lim Kim 2000, 11). Por su parte Ulises Park, radicado en la ciudad de Mérida, cuenta que su bisabuelo materno vino con su hijo y en compañía de sus tres eunucos, mientras que a su abuelo paterno lo ubica como un rebelde aventurero.<sup>5</sup> Javier Corona asegura que vinieron algunos soldados coreanos que, “huyendo de la invasión japonesa, se habían filtrado y habían venido a Yucatán”.<sup>6</sup>

Romero Castilla enumera las cuatro motivaciones de los migrantes coreanos que encontró Patterson para la inmigración a Hawái y que, según el autor, también están presentes en aquellos que fueron a México. La primera es la intención de hacer fortuna en tierras americanas, para regresar luego a Corea con prestigio y con dinero; la segunda tiene que ver con el hecho de tener acceso a una mejor educación; la tercera es la libertad religiosa, y la última se refiere al sentimiento nacionalista que buscaba liberar a Corea del dominio japonés (Romero Castilla 1997, 142). Se trata de motivaciones que, como veremos a lo largo de este texto, no se cumplieron a cabalidad, y a las que quizás habría que añadir otras, como el sentimiento de aventura y, la más importante, a nuestro juicio, la necesidad de no perecer en un contexto de guerra y de dominio, pues la migración se convirtió en una posibilidad para huir. Es en esta lógica que encontramos por ejemplo lo que Pedro Pablo Ham contaba a sus descendientes. Les aseguraba que había venido a Yucatán huyendo de la guerra para que no lo mataran.<sup>7</sup> Lo mismo nos contó Doña Gloria de su padre al hacer mención de la guerra en Corea.<sup>8</sup> Dalia Sim tiene la idea de que los coreanos vinieron porque allá había esclavitud “que estaba muy duro y oyeron que

<sup>5</sup> Entrevista a Ulises Park, realizada en la ciudad de Mérida, el 10 de octubre de 2013.

<sup>6</sup> Entrevista a Javier Corona, realizada en la ciudad de Mérida, el 10 de abril de 2010.

<sup>7</sup> Entrevistas realizadas a Esperanza Ham y al nieto de Pedro Pablo Ham Kim, en Suma, el 16 de junio de 2011.

<sup>8</sup> Entrevista realizada a la familia Chion, en Sacapuc, el 10 de junio de 2011.

acá en México había libertad, que se ganaba bien”.<sup>9</sup> Los abuelos de Dalia llegaron a Yucatán con sus familias siendo aún niños, él de diez años y ella de diez meses.

Antes y después del arribo del barco que trajera a este grupo de coreanos con contrato para trabajar en las haciendas, no se registran otras entradas de estos migrantes al país. Esta única llegada a territorio mexicano de migrantes coreanos contrasta fuertemente con la experiencia migratoria de los libaneses, quienes fueron llegando al país a lo largo de varias décadas, desde finales del siglo XIX y principios del XX. Para ir entendiendo el movimiento migratorio de los que llegaron desde el Líbano es interesante tomar en cuenta la tesis de Safa, explicada por Wadhi Boutros Tayah Akel, que bien se puede aplicar al caso de la migración libanesa en Yucatán. Safa distingue dos fases en la emigración: una inconsciente, entre 1864 y 1900, y —a partir de esa época— otra consciente. En la primera, con el afán de huir de las malas condiciones de vida, el aldeano sale huyendo a cualquier parte, a cualquier destino con el fin de ganar y ahorrar dinero para finalmente regresar al lugar del cual salió. “El caos y la espontaneidad caracterizaron a esta fase” (Tayah Akel 1999, 275). Sin duda en esta primera etapa una de las principales razones de los libaneses para aventurarse a la emigración fue la económica, pues se encontraban en medio de la desesperación.

Ciertamente quizás el destino programado de los primeros migrantes que se instalaron en Yucatán eran los Estados Unidos de Norteamérica, pero al verse impedidos de entrar en aquel país terminaron por convertir al territorio mexicano en un nuevo punto de inmigración. De esta manera, al paso de los años, la emigración libanesa con destino a México se fue haciendo más consciente y ordenada, debido a que surgieron nuevas motivaciones a la hora de tomar la decisión de partir y que se relacionan con la segunda fase. Tenemos por ejemplo las noticias que llegaban del éxito que tuvieron de los pioneros, quienes muchas veces invitaban a familiares y amigos a unirse en su aventura

<sup>9</sup> Entrevista realizada a Dalia Sim Kim, en Cholul, el 19 de agosto de 2011.

migratoria. También están las facilidades que encontraron los libaneses para contar con liquidez y poder emprender el viaje al exterior, hipotecando sus propiedades, aunque con intereses altos. Otro factor fue la proliferación de agencias de viajes que prometían a los jóvenes expediciones atractivas y garantizadas, divulgando deliberadamente datos sobre las riquezas del Nuevo Mundo; por último, tenemos el constante regreso de los varones en busca de una esposa para llevársela en ocasiones con todo y familia (Tayah Akel 1999, 279). Es justamente de esta manera como los libaneses fueron poco a poco consolidando una migración en cadena (llegadas paulatinas y escalonadas), que para el caso de Yucatán se volvió, según lo demuestra Ramírez (2012), una migración de tipo comunitaria. Abdeluahed Akmir (2009, 9) asegura que este *efecto llamada* fue en ocasiones responsable de vaciar pueblos enteros en el país de origen.

Cabe mencionar aquí que la gran mayoría de libaneses que llegaron a México eran jóvenes, pues según las cifras de Zeraoui (1997, 289), el 41.3% de los que entraron entre 1900 y 1950 tenían entre 16 y 25 años. De los 576 migrantes que registra el censo de 1910 para el estado, 370 eran hombres y 206 mujeres. Es decir, esta migración tuvo un fuerte componente femenino que, como veremos, impactará en su futuro como comunidad migratoria en la entidad yucateca. Es importante, sin embargo, tomar en cuenta que en su mayoría las mujeres comenzaron a llegar una vez que los varones lograron establecerse, por lo que durante los primeros años de inmigración libanesa el porcentaje de la presencia masculina fue más alto.

La mayoría de los migrantes libaneses eran cristianos maronitas y declararon ser agricultores o comerciantes en su país de origen, lo cual indica cierta uniformidad cultural en la procedencia de estos inmigrantes. Una uniformidad socioeconómica que se distingue no sólo para Yucatán, sino para el resto del país. Refiriéndose a la tendencia de esta migración en México, tenemos a Kahhat y Moreno (1990, 350), quienes aseguran que “la mayoría de los inmigrantes eran analfabetos en su lengua materna”, y a Martínez Montiel (1981, 149), quien afirma que

muchos no terminaron siquiera la escuela primaria. Por su parte, según Cáceres y Fortuny (1977, 26), los que llegaron a Yucatán “poseían como preparación ocupacional, únicamente su fuerza de trabajo”, eran labradores, pescadores, artesanos y en contadas ocasiones comerciantes. En nuestra revisión documental observamos efectivamente que casi ninguno de los libaneses firma sus documentos, haciendo la aclaración de que no saben hacerlo, por lo que recurrían a terceras personas. Esto contrasta con lo observado entre los coreanos, quienes en su mayoría se esfuerzan por escribir su nombre con el alfabeto romano —y los que no firman así, lo hacen en coreano—. Lo cierto es que rara vez hacían uso de terceras personas para que lo hicieran por ellos.

Como podemos observar, varios contrastes se desprenden a la hora de analizar las características y las motivaciones de los migrantes libaneses y coreanos. El primero es que la llegada de libaneses no era fortuita, sino que para la mayoría la decisión había sido tomada en función de la información obtenida con los contactos de migrantes ya establecidos en tierras yucatecas. No así los coreanos, a quienes se les planteó la posibilidad de una migración a partir sólo de la información obtenida en los diarios coreanos, que no representaba a la realidad del país. Entonces los libaneses lograron, debido a un movimiento migratorio escalonado y, hasta cierto punto, permanente, tejer lazos de parentesco o comunitarios que les facilitaron el contacto entre migrantes, primeros migrantes y no migrantes en las áreas de origen y de destino. Los coreanos por el contrario, no pudieron establecer una cadena migratoria y se encontraron en cierta forma aislados en territorio yucateco. Las consecuencias de esta ausencia las trataremos en los siguientes capítulos. Otra diferencia es la diversidad de los orígenes socioeconómicos de los coreanos que llegaron a Yucatán. Unos, los de los estratos bajos, en busca de mejores condiciones de vida, y otros, aquellos funcionarios y exmilitares para quienes las razones pudieron ser económicas pero quizá y sobre todo, políticas, al huir de la ocupación japonesa. Los libaneses, por su parte, se distinguen por la homogeneidad de su migración.

## EL TERRITORIO DE LLEGADA

Como ya habíamos mencionado, existen dos fuerzas macro que ayudan a explicar las migraciones internacionales. Hasta el momento hemos visto el factor *push* que, de alguna manera, orilló a libaneses y coreanos a salir de sus respectivos lugares de origen. Debido a que este estudio aborda la llegada de ambos grupos en un mismo territorio, toca entonces el turno de revisar los factores que en cierta forma atrajeron o trajeron a estos migrantes a territorio mexicano, en especial al yucateco. En este análisis veremos que las características internas de México durante el Porfiriato tampoco pueden deslindarse del acontecer internacional en el que, como explica Kuntz (2010, 19), el mercado mundial se integraba, los capitales fluían de un país a otro, los movimientos migratorios se incrementaban y los intercambios de mercancía se multiplicaban. Es durante esta *belle époque* en la que el capitalismo liberal y su división internacional del trabajo insertan a México como productor y exportador de materias primas.

El Porfiriato fue un periodo de gobierno que duró tres décadas. Bajo los lemas de “orden y progreso” y “poca política, mucha administración”, el presidente Porfirio Díaz logró pacificar por completo al país con un régimen autoritario y personalista. A pesar de los vicios políticos que heredó y de la desigual repartición de la riqueza, durante este periodo se logró contribuir en la consolidación del Estado-nación. En lo económico, consiguió “la ampliación de los mercados y de las vías de comunicación, el fomento de la exportación de productos agrícolas y una industrialización incipiente. Durante este periodo, se dejó sentir igualmente el crecimiento demográfico, así como la urbanización de ciertas ciudades” (Speckman Guerra 2012, 224).

Pero regresemos al tema económico y hablemos de México como país exportador de materias primas, para lo cual resulta imprescindible hacer mención del henequén, mismo que, como considera Kuntz, “constituye un caso extraordinario dentro del *boom* exportador que experimentó México” durante el Porfiriato. Fue el producto mexicano agrícola más exitoso en el que el país tuvo, por algún tiempo, el monopolio en el mercado internacio-

nal, llegando incluso a influir en el abasto y los precios. Su auge se inició en la década de 1870 y duró hasta 1929 (Kuntz 2010, 237). Una de las particularidades en la producción de esta fibra fue su concentración casi exclusiva en el estado de Yucatán. Ahí, su cultivo desplazó la crianza de ganado y la siembra de maíz, dando lugar a la creación de la hacienda henequenera, sobre la cual se “vertebró la vida económica, política y social” (Quezada *et al.* 2014, 23), con lo que el futuro y la estabilidad de la entidad se ponían en manos del monocultivo y de la comercialización de este producto. Esta fue la razón principal por la cual Yucatán se convirtió, durante el Porfiriato, en uno de los estados con más despunte económico en el país.

Quezada describe el panorama agrícola yucateco como un “inmenso tapiz verde que se desenrollaba de manera vertiginosa”, pasando de 146 000 hectáreas en 1909, a 320 000 siete años después. Yucatán se convirtió en un territorio dividido en más o menos mil haciendas henequeneras, en manos de aproximadamente 400 familias (Quezada 2001, 164-165). Pero los grandes hacendados eran un grupo de 20 o 30, que concentraban la propiedad de la tierra y el 90% de la comercialización de la fibra; también eran dueños de bancos, casas comerciales, almacenes, del ferrocarril y de las compañías navieras locales (Quezada *et al.* 2014, 23, 29). El poder de este grupo no se redujo a lo económico, sino que también controló la vida política de Yucatán. Esta situación terminó por limitar los efectos multiplicadores, que pudo haber presentado el auge henequenero, pues aunque la comercialización de esta fibra tenía un alto “valor de retorno” para la economía mexicana, este no fluía hacia usos productivo ni se distribuía equitativamente. Por el contrario, “la concentración aumentaba el despilfarro y el gasto improductivo de carácter suntuario” (Kuntz 2010, 259-260). Durante esta época, el dinero adquirió un valor especial al ser considerado como una fuente de prestigio y el elemento indispensable para alcanzar la felicidad. Se constituyó en el medio necesario para “simbolizar lo aristocrático, lo diferente, lo especial, lo único, lo superior” (Barceló Quintal 2014, 197).

La actividad henequenera fue entonces el único medio en la región capaz de generar la riqueza necesaria para mantener el nivel de vida de los propietarios; su producción era tal que, en ese entonces, las desfibradoras llegaron a procesar hasta 20 000 pencas por hora, además de que se pasó de una fabricación de 11 400 toneladas en 1877, a 128 800 en 1910 (Quezada 2001, 164-165). Ante un crecimiento tan apresurado, el número de brazos disponibles para apoyar la producción resultaba insuficiente; la población era escasa y el crecimiento natural, lento, por debajo del 1 % anual (Kuntz 2010, 243). Katz (1976, 20) argumenta que la falta de trabajadores era también resultado del gran número de comunidades indígenas propietarias de tierras con independencia económica y organización propia, cuyos pobladores rechazaban trabajar en las haciendas.

En ese contexto, los hacendados ejercían presión ante los gobernantes para desarticular el patrimonio comunal y, así, poder sujetar y controlar a la población local en su calidad de fuerza laboral. Ya en las haciendas, se recurría al endeudamiento y al acasillamiento de los peones para mantenerlos de manera indefinida. Y aunque “el auge del henequén no creó ni el acasillamiento ni los malos tratos en las fincas, sí modificó las condiciones de vida y de trabajo de los peones y multiplicó la demanda de brazos” (Kuntz 2010, 244). Esto último se explica por el hecho de que la cosecha del henequén tiene lugar durante todo el año, por lo que se requiere una fuerza de trabajo permanente. Joseph y Wells (2014, 129) hablan de tres mecanismos de control social que permitieron a los hacendados mantener los ritmos de trabajo disciplinado, cimentando una relación estructural que se ajustaba a sus exigencias de producción y a las necesidades de subsistencia de los trabajadores. Tales mecanismos fueron el aislamiento, la coerción y la seguridad que contaban con el aval del aparato político del Estado.

Otra de las estrategias de los hacendados yucatecos para hacerse de mano de obra barata fue el enganche por contrato de trabajadores procedentes, en su mayoría, de otras partes del país —como los yaquis—, aunque también del extranjero, como jamai-

quinos, canarios y chinos (los más numerosos), así como también los que aquí nos interesan, los coreanos. Sin llegar a representar más allá del 5% del total de la población en el estado, los inmigrantes extranjeros pasaron de 1 268 en 1895 a 4 678 en 1910 (Kuntz 2010, 245). Pero no todos los extranjeros que llegaron a Yucatán durante este periodo se establecieron en las haciendas henequeneras como trabajadores agrícolas con contrato. Aquí destacan, por ejemplo, los alemanes, los ingleses y los estadounidenses, que se ubicaron en su mayoría en el sector empresarial, aunque su número fue muy reducido. Los más importantes cuantitativamente hablando fueron los españoles, quienes se ubicaron entre la clase media yucateca. Finalmente se encuentran los libaneses, que son el segundo grupo que nos ocupa en este estudio, y del que trataremos de identificar sus características.

A pesar de la gran necesidad de trabajadores agrícolas en la región, los inmigrantes libaneses nunca se desempeñaron como peones en las haciendas. Ramírez (1994, 461) argumenta que estaban advertidos acerca de las duras condiciones de vida de los indígenas acasillados, por lo que evitaron insertarse en esa actividad, además de que no estuvieron dispuestos a dedicarse a actividades rurales si no eran propietarios de su pedazo de tierra; esto resultaba difícil, sobre todo si tomamos en cuenta que la mayoría de los libaneses había llegado sin recursos económicos suficientes para adquirir terrenos. También hay que destacar que ni las autoridades yucatecas ni los hacendados henequeneros consideraron realmente a estos migrantes como mano de obra, pues en ningún momento se plantearon alentar y menos organizar la inmigración de *paisanos* para los trabajos agrícolas, como sí los hicieron con chinos y coreanos.

Aun así, la llegada de los libaneses a Yucatán no puede desvincularse del auge económico, que fue uno de los principales motivos que originaron la instalación de los primeros migrantes, y la subsecuente llegada de más *paisanos* desde finales del siglo XIX y, sobre todo, durante las primeras décadas del XX. La modalidad migratoria con la que llegaron, de la que hablaremos en el siguiente apartado, les permitió dedicarse libremente al comer-

cio, una actividad que resultó todo un éxito en una economía de plantación como la yucateca que no ofrecía muchas posibilidades de movilidad social.

Sin duda alguna, la fuerte actividad comercial de los libaneses por toda la península se vio beneficiada por la expansión de la red ferroviaria en Yucatán, la cual proporcionó un medio de transporte rápido, eficiente y barato y dio lugar a la ampliación de los mercados y a una mayor capacidad comercial en la región. En cuanto a las ventajas que trajera consigo la consolidación y ampliación de este medio de transporte, Ramírez las explica de la siguiente manera:

La expansión del ferrocarril no benefició únicamente a los hacendados y a las casas exportadoras, sino también fomentó el mercado interno y el fortalecimiento de la clase media en Mérida, Campeche y los pueblos mayores. Extendió la actividad comercial hacia las comunidades mayas y también acercó la población a los comercios y servicios de la ciudad de Mérida y los pueblos más grandes (Ramírez 2012, 68).

La red férrea unió entonces los principales pueblos entre sí y a las haciendas de mayor producción, llegando a ser una de las más densas en el país, pues al finalizar la primera década del siglo xx ya se contaba con una extensión de unos 880 kilómetros. Una parte importante de esta red fueron las vías Decauville, que eran “delgadas líneas de riel donde se deslizaban plataformas jaladas por mulas o caballos” y que conectaban los planteles con los tenderos, las bodegas y la estación de ferrocarril para transportar el producto (Quezada *et al.* 2014, 43).

Quizás una de las características más importantes del ferrocarril en Yucatán sea el hecho de que fue promovido, financiado y operado por mexicanos, o mejor dicho, yucatecos, como muestra de su capacidad para movilizar recursos financieros y para organizarse, lo que dio lugar, posteriormente, a la creación de la empresa que se denominó Ferrocarriles Unidos de Yucatán. Intervinieron entonces en su construcción capitales provenientes de las redes familiares que fueron completados con deuda

hipotecaria contratada generalmente con la clase propietaria de la región. También deben considerarse los subsidios otorgados por el gobierno estatal y el federal (Kuntz 2010, 277-278).

Nuestro estudio se concentra en la llegada a Yucatán de coreanos y libaneses, principalmente durante el Porfiriato. Una época próspera gracias al monocultivo del henequén, en la que la modernidad, el crecimiento económico y la urbanización eran las características principales de la región, sin olvidar, desde luego, la gran desigualdad en la repartición de la riqueza. El yucateco fue un territorio que ofreció varias realidades a sus migrantes, de ahí que hagamos la diferencia de que, por un lado, los libaneses fueron “atraídos” por la bonanza económica y por el apoyo ofrecido por *paisanos* ya establecidos con anterioridad, insertándose en un nicho económico que les permitió, como veremos, movilidad en todos los sentidos y, por el otro, los coreanos fueron “traídos” por los hacendados yucatecos para cubrir la necesidad de mano de obra barata que se presentaba en ese entonces en el campo henequenero.

#### POLÍTICA MIGRATORIA MEXICANA DURANTE EL PORFIRIATO. LAS MODALIDADES DE LLEGADA

Resulta necesario ahora revisar la política migratoria mexicana vigente durante la época en la que llegaron los coreanos y comenzaron a llegar los libaneses en el estado de Yucatán. El objetivo es diferenciar la modalidad migratoria con la que cada grupo se instaló en el país y contar así con más elementos que nos ayuden a entender las razones de los caminos tan disímiles que tuvieron en su experiencia.

Es importante tener presente que, como parte del proceso de la construcción nacional durante todo el siglo XIX, el Estado mexicano planteó como uno de sus principales objetivos de política exterior favorecer la inmigración de extranjeros. Se trataba de un proyecto que buscaba la llegada de europeos que ayudarían, por un lado, con el anhelado blanqueamiento de la raza indígena, considerada “inferior”, y contribuiría, por el otro, a

contrarrestar el expansionismo norteamericano que le costó al país la pérdida de más de la mitad de su territorio. La inmigración era entonces considerada como un factor de civilización y progreso, pero que, a pesar de los esfuerzos, tuvo resultados muy limitados, pues los extranjeros radicados en el país, numéricamente hablando, nunca tuvieron importancia. En cambio, una de las principales características de los migrantes europeos que se instalaron en el país fue su alta visibilidad pues, situados en las partes media y alta de la pirámide social, ocuparon “un importante lugar en la configuración imaginaria de la nación” (Pérez Vejo 2009, 160).

El Porfiriato es un periodo que se podría caracterizar como el de mayor auge y libertad migratoria en México, de una abierta xenofilia. En este periodo se identifica claramente la llegada de capitales e inmigrantes inversionistas con una fuerte presencia en la construcción de las vías férreas, en la explotación de las minas, de bosques y en la plantación de café y de tabaco. Una parte importante del sector financiero en esta época también pertenecía a inmigrantes capitalistas. Los extranjeros constituían entonces una fuente fundamental de capital, pero también de mano de obra especializada que apoyaría el proceso de modernización que comenzó durante este período. Se promovía igualmente la colonización agrícola con la contratación de trabajadores orientales en la que destacan los chinos, los japoneses y los coreanos.

Desde el punto de vista legal, varias fueron las facilidades que encontrarían los extranjeros deseosos de instalarse en México. En 1883, la Ley de Colonización favorecía a los nacionales y extranjeros que quisieran asentarse en las regiones de desarrollo (Reyna 1991, 56). Se partía de la premisa de que la población era escasa y deficiente, y la tierra abundante, fértil y baldía, por lo que habría que atraer al extranjero “suministrándole los medios de dejar su país otorgándole franquicias especiales de carácter temporal, como exenciones de impuestos y de servicio militar, tierras e instrumentos de labranza a plazo y otra de este género” (González Navarro 1994, 46). Además la llamada Ley de Extranjería y Naturalización de 1886 favorecía la adquisición de

la nacionalidad mexicana, teniendo como requisito un periodo de residencia de sólo dos años. Sin embargo Salazar (2010a, 58) señala que en realidad fueron pocos los extranjeros que llevaron a cabo la naturalización durante esta época.

En lo que respecta más particularmente a Yucatán, tenemos que desde mediados del siglo xx comenzó a difundirse la idea de que la inmigración extranjera ayudaría al progreso en la región, aportando una fuerza de trabajo civilizadora y, sobre todo, pacificadora, en un contexto en el que todavía se apreciaban las consecuencias de la guerra de castas. Es así como comenzaron los esfuerzos gubernamentales de colonización, a través de una inmigración que sería organizada y reglamentada por el Estado. Se establecieron contactos para formar colonias agrícolas en las que el gobierno pagaba los gastos de transporte e instalación, además de que otorgaba concesiones tales como la exención de algunos impuestos.

Uno de los casos más emblemáticos de este tipo de migración en Yucatán fue la colonia agrícola Villa Carlota, en Santa Elena y Pustunich, que se estableció en 1866 (Durán Merk 2009). Los esfuerzos en esta dirección se aprecian también en los años ochenta del siglo xix. En ese entonces existía una compañía yucateca de colonización que buscaba negociar con el gobierno federal un contrato de colonización en el estado de Yucatán. Se trataba de obtener una ley general que atendiera la solicitud de la compañía, así como de las que venían de otras entidades.<sup>10</sup> De esa manera, para enero de 1882 se había autorizado la colonización a condición de que se ofreciera a cada familia una porción de tierra en propiedad después de algunos años de servicio, proyecto que no se consideró oneroso<sup>11</sup> y que además no llegó a realizarse como estaba planeado.

La política migratoria en la región yucateca no sólo buscaba poblar las zonas desocupadas a través de la colonización, sino

<sup>10</sup> CAIHY, LVIII 1880-007, Carta del 2 de octubre de 1881 del Sr. Peniche a los señores directores de la Compañía Yucateca de Colonización.

<sup>11</sup> CAIHY, LVIII 1880-009, Carta del 17 de enero de 1882 del sr. Peniche a los Sres. D. Camilo Cámara, D. Jacinto Escalante y Dr. José García Morales.

que también se dio a la tarea, como ya mencionamos, de traer mano de obra enganchada a través de contratos para trabajar en el cultivo del henequén. La importación de trabajadores a Yucatán comenzaría en 1881 con la introducción de cinco familias de origen canario (Victoria 1987, 52). Este tipo de migración, sobre todo la de origen asiático, sería alentada y hasta financiada por los grandes hacendados, sobre todo los del grupo de Olegario Molina, quien fuera gobernador de Yucatán de 1902 hasta 1907. En general, esta inmigración es la que sufrió las formas más violentas y radicales de explotación que genera el capitalismo, pues se trataba por lo general de grupos compuestos por un alto porcentaje de jóvenes solteros, que migran con la idea de regresar a su patria, y que son expuestos a los sufrimientos que implica el desarraigo y las difíciles condiciones de trabajo. En este contexto precisamente se ubica la llegada de 1 014 coreanos en 1905, quienes fueron distribuidos por todo el estado de Yucatán.<sup>12</sup>

Algo que no debemos perder de vista en la organización de esta migración es el hecho de que la contratación de los trabajadores coreanos se había realizado sin el conocimiento oficial del gobierno de su país, debido a que en ese entonces México no tenía relaciones diplomáticas con Corea, de ahí que la inmigración de los coreanos a Yucatán carecía de compromisos oficiales por parte del gobierno mexicano para protegerlos.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Milicia, caja 501, Oficio núm. 364, del 15 de mayo de 1905, del Sr. Porras al Gobernador del estado.

<sup>13</sup> Este es justamente el motivo por el que fue imposible organizar una migración de trabajadores chinos a Yucatán un año antes. El gobierno mexicano había firmado, en 1904, con el gobierno de China un convenio relativo a la emigración de trabajadores a Yucatán, pero como la parte mexicana se negó a cumplir el Artículo 12, en el que se establecía que el enganche por contrato de chinos como trabajadores en México estaría sujeto a “las reglas que se establezcan por mutuo convenio entre las dos Altas Partes contratantes”, esta inmigración no se llevó a cabo. AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Gobernación, caja 464. Traducción de un despacho de la Sección Extranjera y dirigido al cónsul mexicano, Foochow, 28 junio 1904. En aquel convenio se garantizaba entre otras cosas que la contratación sería libre, voluntaria y sin engaños (Art. 5). Asimismo se establecía que “en caso de que los súbditos chinos tuvieran alguna queja que presentar á los tribunales mexicanos mien-

Otro de los aspectos clave de la política migratoria nacional y, por supuesto, también regional de finales del siglo XIX y principios del XX, fue la inmigración libre y espontánea en la que el gobierno no ejercía ningún tipo de intervención y mucho menos de gastos financieros.<sup>14</sup> De hecho, con el objetivo de seguir atrayendo a los ciudadanos de otros países, esta modalidad fue insertada en la primera regulación jurídica de la inmigración, que se promulgó en las postrimerías del Porfiriato en 1908. Bajo el principio de no discriminación, se permitía la entrada de personas “de todas las nacionalidades y de todas las razas” del mundo. Las restricciones de entrada en esta legislación estaban dirigidas sobre todo a las personas que padecieran determinadas enfermedades (Yankelevich 2009, 190), aquí entraban por ejemplo los asiáticos portadores de la fiebre amarilla. La inmigración libre y espontánea traería mejores resultados que los de la colonización, pues sin necesidad de que el Estado interviniera, estos “inmigrantes introdujeron al país nuevas técnicas mineras, agrícolas, etcétera, así como nuevas industrias” (Victoria 1987, 50).

En Yucatán serán sobre todo los inmigrantes originarios del otrora Imperio otomano, en especial, los libaneses, quienes destaquen en esta modalidad migratoria y quienes mejor se van a insertar social y económicamente en la región. A través de redes sociales y familiares que facilitaron el proceso, los libaneses llegaron de manera escalonada y paulatina instalándose principalmente en la ciudad de Mérida y, en menor medida, en los pueblos del estado. Estos migrantes arribaron libremente en calidad de “visitantes” (Cuevas Seba 2009, 70), y no fueron obligados a desempeñar una actividad en particular, ni controlados ni forzados a vivir en un lugar determinado.

---

tras residan allí y para defensa propia, se les permitirá hacerlo. Gozarán de los mismos privilegios que los ciudadanos de México ó los súbditos de la nación más favorecida” (Art. 17). AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Gobernación, caja 464. Traducción de la proclama, Foochow, 5 de julio de 1904.

<sup>14</sup> Según Yankelevich (2009, 189) para entonces “prácticamente los únicos requisitos para el ingreso al país fueron no ser vago ni delincuente, no pretender alterar el orden público”.

Zidane (2006, 22) contabiliza para 1895 a un total de 371 libaneses inmigrantes residentes en Yucatán. Por su parte, el censo de 1910 ubica a 576 *turcos*.<sup>15</sup> Hay que decir que para esta época en Yucatán se encontraba la mayor concentración de libaneses del país.<sup>16</sup> La importancia numérica de esta migración en cuanto a las llegadas en el estado se extenderá más o menos hasta la década de los años treinta del siglo xx. Ramírez (2012, 74) ubica tres periodos de la inmigración libanesa a Yucatán: el primero va de 1880 a 1910, y está marcado por el atractivo auge henequenero; el segundo, de 1910 a 1919, respondió a factores de expulsión provocados por la Primera Guerra Mundial, y el tercero, que va de 1920 a 1929, corresponde a los años en los que la fibra henequenera todavía era capaz de sostener la economía yucateca.

En resumen, la llegada de dos de las migraciones más representativas a Yucatán —la de los libaneses y la de los coreanos, a finales del siglo xix y principios del xx—<sup>17</sup> coincidió con un periodo que se podría caracterizar como el de mayor auge y libertad migratoria en México. Hasta aquí podemos destacar otra diferencia en nuestra tarea comparativa y que se refiere a la modalidad migratoria con la que libaneses y coreanos ingresaron al país, lo que tendrá un impacto considerable en la manera

<sup>15</sup> Los documentos migratorios de las personas provenientes de Líbano, Siria y Palestina eran expedidos por el Imperio otomano. Es por eso que en México, como en el resto de América Latina, en tanto que inmigrantes, se les agrupó oficialmente dentro de la categoría de *turcos*.

<sup>16</sup> Según el censo de 1910, los migrantes libaneses se encontraban prácticamente distribuidos por todo el país. A excepción de Baja California y Tlaxcala, las demás entidades federativas tenían presencia libanesa. Entre las más representativas, con un número mayor a 100 migrantes están Yucatán, con 576; Distrito Federal, con 521; Veracruz, con 344; Coahuila, con 171; Puebla, con 154; Nuevo León, con 115, y Chihuahua con 101.

<sup>17</sup> Para 1910 encontramos que las nacionalidades extranjeras más representativas en términos cuantitativos en Yucatán eran la española, con 1 479; la china, con 875; la cubana, con 841; la turca, con 576; y la coreana, con 306 migrantes. Ciertamente los dos grupos que decidimos trabajar no son numéricamente los más importantes, pues ocupan el cuarto y quinto lugar, sin embargo consideramos que las características de sus respectivas experiencias migratorias en territorio yucateco resultan tan significativas que vuelve no solo interesante sino incluso pertinente su comparación.

en la que ambos grupos de extranjeros se insertaron a la sociedad yucateca. Esta diferencia, como lo veremos en el transcurso de este texto, será determinante para entender por qué, si ambas migraciones llegaron a Yucatán durante el Porfiriato, experimentaron situaciones completamente diferentes en sus procesos de integración: no fue lo mismo ser un inmigrante libre que ser un inmigrante *enganchado* en Yucatán a principios del siglo xx.

## Capítulo 2.

### El contacto inicial. Los primeros años en territorio yucateco

Con el fin de entender más detalladamente el contexto de recepción de los primeros migrantes coreanos y libaneses que llegaron desde finales del siglo XIX y principios del XX, en este capítulo hablaremos de las vicisitudes de los primeros años y la manera en la que estos migrantes fueron adquiriendo un lugar dentro del imaginario colectivo yucateco. El objetivo es sentar las bases de la llegada y el contexto que los recibió, para luego analizar los caminos que tomaron los procesos tan diferentes de asimilación de ambos grupos. Como dijimos en el capítulo anterior, el auge henequenero de la Época Dorada constituye, sin duda, una de las principales razones que llevaron a estos inmigrantes a instalarse en territorio yucateco, sin embargo veremos que el camino no sería el mismo. Para entender el derrotero de los coreanos y libaneses en Yucatán tomamos una de las premisas de Portes, Fernández-Kelly y Haller (2006, 51), quienes sostienen que el “contexto es el destino”. Así, tenemos que, desde el momento de su llegada, los coreanos se insertaron en el mundo rural henequenero que constituía el sector más pobre de la sociedad yucateca, y que además tenía muy pocas posibilidades de movilidad social, mientras que los libaneses desarrollaron actividades también de pobres, pero más urbanas permitiéndoles una capitalización mucho más rápida y vistosa.

COREANOS Y LIBANESES EN YUCATÁN.  
LOS PRIMEROS AÑOS

A pesar de los antecedentes que tenían los inmigrantes libaneses como agricultores en su tierra de origen, en Yucatán la gran mayoría se dedicó a las actividades que se relacionan con lo que Ramírez (2012, 164) llama labores típicas de los inmigrantes pobres de las ciudades: básicamente, comercio ambulante. Dice Badías Gantus que “de cien libaneses 99 son comerciantes” (1986, 20) y es que, en efecto, en la península, siguieron el patrón que los ha caracterizado como una comunidad migrante.

Ciertamente, los libaneses en Yucatán al advertir que, por falta de capital, no podrían competir con los grandes comerciantes españoles, franceses, ingleses y alemanes de aquel entonces, situados principalmente en la ciudad de Mérida, instauraron el sistema de venta a domicilio y en abonos destinado a los habitantes de escasos recursos, sobre todo los de los pueblos, y después de la abolición de la tienda de raya, en 1914, a los peones de las haciendas (Cáceres y Fortuny 1977, 76-77). Este sistema les permitió con el tiempo importantes ganancias “ya que ofertaban sus mercancías a un valor muy superior a su costo real” (Salazar 2010b, 268). La ventaja en esta actividad es que pudieron explorar desde su llegada nuevos nichos poco aprovechados en aquel tiempo; así facilitaron la integración de muchas de las zonas marginadas al mercado nacional y ampliaron la distribución de diversos productos que antes no se consumían por la carencia de un comercio desarrollado. Yucatán fue entonces para los libaneses un campo propicio, donde sus negocios prosperaron, lo que favoreció, como ya dijimos, la subsecuente llegada de más libaneses que contaron con el apoyo de los ya instalados en territorio yucateco.

Mientras que ellos arribaban poco a poco, por el otro lado tenemos a los coreanos, que luego de algunos meses de viaje entraron al país por el puerto de Salina Cruz, en Oaxaca, de ahí fueron trasladados en tren a Coatzacoalcos, después en el vapor Hidalgo al puerto de Progreso y, finalmente, a mediados de 1905, en tren a la ciudad de Mérida. Los migrantes corea-

nos fueron distribuidos a lo largo del territorio yucateco en 32 haciendas henequeneras, enfrentándose a una situación que no correspondía con lo que se les había presentado en su país, pues se encontraron y padecieron un sistema laboral que ha sido muchas veces calificado como esclavista.

En principio debieron, obligadamente, trabajar cuatro años como jornaleros en las haciendas, ganando un salario ínfimo que no les permitió capitalizarse, además de que debieron soportar las duras condiciones. Al respecto José Sánchez Pac (2006, 26) escribe en sus memorias lo que le relató un coreano de nombre Yu Chin Te:

...no nada más en la hacienda Chen-che, sino en todas las demás sufrieron igual, en algunas quizá más porque no les proporcionaban lo necesario para el trabajo y al igual que en Chen-che, las demás haciendas les acumulaban tareas no cumplidas por la incompetencia de la mayoría, porque la tarea era de treinta rollos de penca de henequén, de cincuenta hojas por rollo, y el trabajo consistía en cortar las hojas meticulosamente de acuerdo a las órdenes recibidas.

Sin embargo José Sánchez resalta algunas ventajas en el trato que se les proporcionaba con respecto a los peones acasillados, como el hecho de que a los coreanos no se les daban azotes por no terminar con las tareas asignadas. Reconoce que el problema real de estos trabajadores era que “día a día las exigencias eran más frecuentes y severas”, por lo que optaron por trabajar hasta los domingos y como ni así podían liberarse de las tareas acumuladas, las mujeres coreanas se dispusieron a ayudar a sus maridos a despeinar las hojas mientras ellos cortaban, amarraban y sacaban los rollos de los surcos a la vía (Sánchez Pac 2006, 26-27).

Sobre estos trabajadores se ejercía el mismo control que sobre los peones acasillados, por lo que la fuga se convirtió para algunos de estos migrantes, como ya lo era para los demás trabajadores de las haciendas, en una forma de escapar a la difícil situación en la que se encontraban. Las autoridades locales eran las encargadas de regresarlos cuando tal cosa ocurría. Ciertamente, como lo asegura Katz (1976, 32), para estos migrantes resul-

taba un tanto difícil emprender la huida o la resistencia en un entorno todavía desconocido, lo que no quiere decir que no lo intentaran o, incluso, que algunos no hayan conseguido escapar. Así, por ejemplo, tenemos ya desde septiembre de 1905 la aprehensión de cinco coreanos que fueron confundidos con yaquis, y remitidos a la Jefatura Política de la capital yucateca, para que fueran puestos a disposición de las autoridades superiores,<sup>1</sup> o los tres coreanos que fueron detenidos en Dzilam Bravo, que no quisieron decir en qué finca trabajaban a pesar de la intervención de un intérprete. Lo único que declararon fue que cuando salieron eran ocho.<sup>2</sup> El abuelo de Genny Chans, en compañía de otros jóvenes “no soportaron los látigos y se trataron de escapar dos veces, y a la tercera lo lograron”.<sup>3</sup> Llegaron hasta Guatemala en 1907, aunque al poco tiempo regresaron a Yucatán.

Las duras condiciones de vida de los trabajadores coreanos en la haciendas, provocaron cuestionamientos de tipo internacional a las que el gobierno mexicano se vio obligado a responder. En agosto de 1905 llegaron a la secretaría de Relaciones Exteriores de México notas de su homóloga coreana en las que solicitaba información sobre sus connacionales radicados en Yucatán. En el documento se aseguraba que estos “se ven obligados á servir de esclavos, estando mal alimentados”. El gobierno del país asiático manifestaba su descontento al darse por enterado de que sus ciudadanos no contaban con la protección de las autoridades mexicanas, pues como ya dijimos Corea y México no tenían relaciones diplomáticas por lo que nunca se firmó un convenio que estableciera compromisos para esta inmigración. En el mes

<sup>1</sup> AGEY, Fondo Poder ejecutivo, Sec. Milicia, caja 492, Oficio núm. 1498, del 22 de septiembre de 1905 del Jefe Político de Ticul al Gobernador del Estado, y AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Gobernación, caja 474, Oficio núm. 1497, 25 de septiembre de 1905, del Jefe Político de Ticul al Gobernador del Estado.

<sup>2</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Gobernación, caja 474, Carta núm. 964, del 11 de septiembre de 1905, del Jefe Político de Temax al Gobernador del Estado.

<sup>3</sup> Entrevista realizada a Genny Chans en la ciudad de Mérida, el 19 de junio de 2016.

de septiembre del mismo año, la legación de Corea en Estados Unidos solicitó a través de la embajada mexicana información del lugar exacto en Yucatán donde se encontraba “un grupo de 1 014 coreanos, poco más o menos”. La legación manifestaba la intención del gobierno coreano de ayudarles a regresar a su tierra, pues se hallaban —según este— en situación de desamparo.<sup>4</sup>

Empero, las intenciones de repatriación no pasaron de ser sólo buenos deseos, pues había un contrato firmado por los coreanos que los obligaba a trabajar durante cuatro años en las haciendas, y la situación política, social y económica de Corea en ese entonces era demasiado complicada para ayudar verdaderamente a estos migrantes. Los cuestionamientos del gobierno coreano con respecto al trato que recibían sus conciudadanos en Yucatán no tuvieron eco dentro de su contraparte mexicana, debido a que el sistema de explotación de los trabajadores en las haciendas de la región tenía la anuencia de las autoridades del país en todos sus niveles. Así, por ejemplo, encontramos que las autoridades yucatecas calificaban las afirmaciones de los representantes del gobierno coreano como falsas, argumentando además que las condiciones de los coreanos residentes en el estado eran mejores que la de los que se dedicaban a la agricultura en su propio país.<sup>5</sup> Proponían, incluso, que se averiguara o confirmara la situación de estos trabajadores en las haciendas a través de un comisionado especial o del mismo cónsul de los Estados Unidos.<sup>6</sup>

Lo más interesante de estos cuestionamientos internacionales es que la información que se desprende de los diferentes informes, elaborados para dar cuenta de la vida de los coreanos en las haciendas henqueneras, nos ayuda a tener una perspectiva

<sup>4</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Gobernación, caja 506, Oficio del 15 de septiembre de 1905 de la Legación Coreana en Estados Unidos a la Embajada de México en ese país.

<sup>5</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Gobernación, caja 506, Oficio núm. 588 del 21 de Agosto de 1905 de la Secretaría de Relaciones Exteriores al gobernador de Yucatán.

<sup>6</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Gobernación, caja 483, comentarios al margen del Oficio núm. 358, del 27 de septiembre de 1905, de la Secretaría de Relaciones Exteriores al Gobernador del Estado de Yucatán.

más clara de la situación de los coreanos en territorio yucateco. Lo primero que salta a la vista es la falta de un control oficial que registrase la entrada y el destino final de los coreanos en Yucatán, razón por la cual Rafael Peón, jefe de la Junta de Inmigración —que era una organización de hacendados yucatecos para conseguir mano de obra—, informó en marzo de 1906, al entonces gobernador del estado, Olegario Molina, sobre la distribución y la situación de los coreanos residentes en Yucatán. El documento proporciona información bastante general y desglosa 32 haciendas con su respectivo número de coreanos.

En el rubro de “total” se registran 1018 inmigrantes, aunque si se hace la suma de hacienda por hacienda se observa que existe un error, pues la cantidad correcta es de 1008. El salario se sitúa entre 75 centavos y un peso diarios, y se especifica que la jornada laboral era, en general, de ocho horas al día. Asimismo, se aseguraba que las condiciones sanitarias eran buenas, así como el trato que se les daba, pues en varias haciendas se les proporcionaban alimentos, ropa, utensilios de casa y se les atendía “esmeradamente” en las casas de los propietarios cuando se enfermaban. Según aseguraba Rafael Peón en su informe, los resultados en su trabajo eran buenos, así como su adaptación al clima tropical y, aunque se asentaba que comían mucho, bien podían vivir con 30 centavos diarios. Hasta esa fecha se reportaban 22 fallecidos y 27 extraviados.<sup>7</sup>

Dos años después del informe de Rafael Peón, en septiembre de 1908, cuando el contrato con el que llegaron estaba a punto de expirar, el cónsul general de Japón en San Francisco pidió a la Secretaría de Relaciones Exteriores mexicana información al respecto. El cónsul hacía referencia a la nota de un periódico que circulaba en la ciudad de Denver, Colorado, en la que se había publicado que los coreanos en Yucatán eran tratados como esclavos “...y para protestar contra tales hechos, los coreanos de clase ilustrada, residentes en los Estados Unidos, celebraron una gran reunión en Denver; pero todos sus esfuerzos para rescatar a sus

<sup>7</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Gobernación, caja 519, Carta del 9 de marzo de 1906 de Rafael Peón a Olegario Molina.

infelices compatriotas, que ni siquiera se pueden comunicar con el exterior, han resultado hasta ahora infructuosos”.<sup>8</sup> En la nota se aseguraba también que los coreanos “ilustrados” radicados en Estados Unidos ya habían enviado a un comisionado a Yucatán para investigar sobre las condiciones de vida de sus connacionales, pero que este había regresado a San Francisco California sin poder obtener información “digna de tenerse en cuenta”, pues estuvo durante su estancia constantemente vigilado por empleados del gobierno mexicano. Ante tales circunstancias, solicitaba se le proporcionara información.

Para entonces, habían transcurrido más de tres años desde su llegada y si en 1906 ya existían discordancias en cuanto a los números, como lo vimos con el informe de Rafael Peón, ahora las diferencias se presentaban mayores. Esta vez es Álvaro de Peón y de Regil, otro hacendado yucateco, quien aseguraba en octubre de 1908 que habían llegado a Yucatán 1085 coreanos.<sup>9</sup> En este documento se hace un desglose de 11 dueños de hacienda, especificando la cantidad de coreanos por cada uno. Hasta aquí la diferencia numérica se puede explicar debido a que ni las autoridades, ni los hacendados llevaban un registro específico de la localización de estos migrantes. De Peón y de Regil reconocía que no se podían especificar las haciendas a donde habían sido destinados los coreanos, pues varios habían sido cedidos de una a otra, mientras que otros se habían escapado, y algunos más habían muerto.

Ante tal situación y con el fin de atender los nuevos requerimientos del cónsul japonés en Estados Unidos, el gobernador de Yucatán dirigió una circular a todos los jefes políticos de los partidos del estado, para que informaran, a la brevedad y con “escrupulosa exactitud”, los datos sobre tales inmigrantes. En especial pedía información del número de personas, su salario, horas de trabajo, condiciones de vida, nacimientos, defunciones

<sup>8</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Gobernación, caja 610, Oficio núm. 1957, del 23 septiembre de 1908, de la Secretaría de Relaciones Exteriores al Gobierno de Yucatán.

<sup>9</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Gobernación, caja 610, Carta del 2 de octubre de 1908, de Álvaro de Peón y de Regil a Olegario Molina.

y sus causas.<sup>10</sup> Para algunos de los jefes políticos este informe constituyó un pretexto ideal para dar su punto de vista sobre esta inmigración, como el del partido de Mérida que escribía:

Por los informes obtenidos de los propietarios de fincas en que han trabajado coolies, parece que no ha dado buenos resultados la inmigración de éstos. Se les tilda de flojos; varios de aquellos han preferido privarse del trabajo á que fueron destinados, con pérdida de dinero, que seguir luchando para encausarlos en las faenas del campo, á las cuales muestran poco apego. Muchos de los coreanos se han fugado.<sup>11</sup>

Pero no todas las opiniones fueron tan negativas, el jefe político de Acanceh hacía una descripción mucho más matizada de estos migrantes, resaltando sobre todo sus capacidades de adaptación.

... tienen alguna inclinación á las bebidas embriagantes y en su mayoría fuman, siendo por lo demás de costumbres morigeradas, traduciéndose sin embargo en su carácter cierta altivez que pudiera conceptuarse idiosincrásica... Son en general de complexión fuerte y estatura regular... con facilidad toman el vestido y otras costumbres corrientes de nuestros jornaleros, con quienes sin dificultad entablan amistad, sin por ello dejar de asociarse con agrado á sus costumbres para el trabajo y demás actos de vida común.<sup>12</sup>

Sin embargo, en todos los informes de los jefes políticos que se encuentran en el Archivo General del Estado de Yucatán, sólo se habla de 736 coreanos: 637 que se encuentran repartidos en las haciendas, 54 que murieron en estos tres años, 41 que se reportan prófugos y 4 que habían sido traspasados a otra hacienda. La pregunta es ¿dónde quedaron los demás? Imposible saberlo, pues aun cuando se encuentran los informes de los 16 partidos que componían al estado en ese entonces, la informa-

<sup>10</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Gobernación, caja 610, Circular núm. 4966, del 6 de noviembre de 1908.

<sup>11</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Gobernación, caja 610, Informe del 16 de diciembre de 1908, del Jefe del Partido de Mérida.

<sup>12</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Gobernación, caja 610, Oficio núm. 2144, del 26 de noviembre de 1908, del Jefe Político de Acanceh.

ción es bastante heterogénea. Así, mientras que las haciendas de Chochoh, en el partido de Tixcocab, y la de San Enrique, en el de Ticul, se esfuerzan por hacer un recuento bastante detallado de los coreanos que llegaron desde el principio, especificando cuántos nacieron, cuántos murieron y cuántos estaban prófugos, la de Chinkilá, en el partido de Acanceh, no aclara qué pasó con los 38 coreanos que hacen la diferencia entre el informe de 1906, según el cual había 44, y el de 1908, que registra solamente seis y una defunción.

Existieron además algunas haciendas que reportaron diferencias numéricas importantes. Tal es el caso de aquellas que eran propiedad de Álvaro de Peón y de Regil. El informe de 1906 habla de 130 coreanos establecidos en las dos haciendas de su propiedad, la de San Antonio, en el partido de Tixcocab, y la de Chenché, en el de Temax. Por su parte, en el informe de 1908, que él mismo elaboró, se refiere a 143 coreanos bajo su responsabilidad. Pero tal información no concuerda con la presentada por los dos jefes políticos, pues para San Antonio sólo se habla de 16, y en lo que se refiere a Chenché, se consignan a 88, lo que da un total de 104. Es decir, hay una diferencia de alrededor de 30 individuos entre los diferentes informes.

Lo que sí se percibe en los informes, tanto en el de 1906 como en los de 1908, es que para las instancias oficiales locales, así como para los hacendados, en general las condiciones sanitarias, la alimentación y el vestido de los coreanos eran “buenas”. Esto además de que el salario correspondía con las horas de trabajo realizadas al día. Si bien no es posible hacer generalizaciones sobre la vida en las haciendas henequeneras, al menos pudimos sacar una media de la información que proporcionan los diferentes jefes políticos en 1908 acerca del salario de los coreanos. Por ocho horas de trabajo diario se les pagaba en promedio 75 centavos, además de que en algunas haciendas se les proporcionaba el alimento, como era el caso de Chenché de las Torres y la de San Francisco, en el partido de Temax, o en la hacienda Chinquilá, en el partido de Acanceh, en donde según la “Lista de apoyo a los trabajadores coreanos”, del 27 de julio al 1º de agosto de

1908 se les proporcionó arroz, frijoles y pan (Nam 2006, 61). Sin embargo, en la mayoría de las haciendas, los alimentos básicos se tenían que comprar en las tiendas de raya.

Al parecer, los salarios de los coreanos eran más o menos los mismos que los de los demás jornaleros. Para 1901 y 1902 Kaerger aseguraba que los trabajadores en las haciendas grandes ganaban 50 centavos y comida diaria por un valor de 25 centavos, también se les proporcionaba vestimenta y el derecho a la asistencia médica y a medicinas, aunque aclaraba que en las haciendas más pequeñas la situación era menos favorable.<sup>13</sup> Unos años más tarde, Barlein escribía que el jornal diario era de 75 centavos (Baerlein, *Mexico, the Land of Unrest*, *apud* Katz 1976, 70).

Se dice que a los trabajadores de las haciendas se les pagaba con fichas canjeables por productos en las tiendas de raya,<sup>14</sup> aunque no nos fue posible encontrar documento alguno que especifique la manera en la que eran remunerados los coreanos. El artículo cuarto del contrato con el que llegaron sólo estipulaba que el empleador debía de cubrir el pago del trabajador cada semana, sin aclarar nada más. Aunque en entrevista Genny Chans nos comentó que efectivamente los coreanos recibían como pago monedas que tenían el logotipo de la hacienda que solo servían en la tienda de raya,<sup>15</sup> intuimos que al menos una parte del pago debió haber sido en moneda oficial, pues hubo unos cuantos que pudieron ahorrar un poco de dinero y, al finalizar el contrato, lograron establecerse en la ciudad de Mérida, para dedicarse sobre todo a la hojalatería o al comercio. El contrato que firmaron los coreanos los obligaba a trabajar cuatro años y, aunque no se especificara en el mismo, hay quien sostiene —como Nam (2006, 71)— que, debido al costo del viaje de Corea a Yucatán estos habían quedado con una deuda de más o menos 200 pesos,

<sup>13</sup> Karl Kaerger fue un perito alemán que se interesó en las condiciones de trabajo en el campo. Su gobierno lo había mandado a hacer una gira por toda América Latina para estudiar la agricultura del continente (Kaerger, *Landwirtschaft und Kolonisation im spanischen Sudamerika*, *apud* Katz 1976, 59).

<sup>14</sup> Una foto de las fichas de hacienda consta en Padilla Ramos (2006, 152).

<sup>15</sup> Entrevista realizada a Genny Chans en la ciudad de Mérida, el 19 de junio de 2016.

la cual cada coreano debía pagar al hacendado con el trabajo de esos años. De hecho, este autor apunta que algunos tuvieron la oportunidad de pagar con sus ahorros sus deudas y quedar libres antes de que terminara el contrato, pero que algunos prefirieron no hacerlo, pues más allá de las haciendas no contaban con una red solidaria lo suficientemente consolidada para poder hacerse de una mejor situación.

Las condiciones de los trabajadores no eran las mismas para todas las haciendas, pues había algunos propietarios con actitudes mucho más paternalistas con respecto a sus trabajadores, tal es el caso de la hacienda San Francisco Manzanilla, donde había dos escuelas para los sirvientes, una para varones y otra para mujeres. Los coreanos, teniendo acceso a estas prestaciones, dejaron ver en algunas ocasiones que podían incluso distinguirse, como Kin Opton, Kin Suro y Pac Sun Nemi, quienes obtuvieron premios por sus calificaciones sobresalientes en los exámenes practicados en septiembre de 1909.<sup>16</sup> También está la experiencia que cuenta Baerlein (*apud* Katz 1976, 74-75) de haber encontrado en una finca grande, sin especificar cuál, a las niñas en clase de escritura, entre las que figuraba una pequeña coreana, además de ratificar el buen trato a estos migrantes con la afirmación de que “algunos hacendados son tan buenos con sus propios mayas como están obligados a serlo con sus coreanos”.

En concordancia, durante nuestras incursiones en los archivos encontramos los libros de entradas y salidas del Hospital O’Horán, en los que pudimos corroborar que durante los años del contrato los coreanos ingresados no fueron declarados como pobres, sino que fueron los propietarios de las haciendas los que se hacían cargo de sus gastos.<sup>17</sup> Sin embargo hay que aclarar que los hacendados sólo cumplían las obligaciones estipuladas en el Artículo Tercero del contrato: “El empleador dará atención

<sup>16</sup> “Lucidos exámenes en una hacienda”, *Diario Yucateco*, 18 de septiembre de 1909, 5.

<sup>17</sup> Entre 1906 y 1909 encontramos nombres como los de Peón de Regil, Francisco Cantón, Cámara Palma, Rafael Peón, Eusebio Escalante Peón, entre otros. AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Libro General de Entradas y Salidas del Hospital O’Horán, tomos 1 y 2.

médica y medicinas en caso de enfermedad” (Romero Castilla 1997, 133). Los pocos que fueron declarados como pobres en los libros del hospital quedaron bajo la responsabilidad de la jefatura política. En estos casos, por los diagnósticos (en general heridas o contusiones) se intuye que se trata de coreanos que se vieron inmiscuidos en alguna riña o, por el lugar de residencia (la ciudad de Mérida), se puede pensar que eran prófugos de las haciendas.

Estas son las principales características de la vida de los coreanos durante sus primeros años de residencia en territorio yucateco. Dispersos en el mundo rural henequenero, se establecieron como “enganchados”, con un salario que les era apenas suficiente para vivir, de suerte que su capacidad de ahorro estuvo muy limitada. Esta situación difiere de la del otro grupo migratorio que se dedicó al comercio, en especial el ambulante, lo que les permitió importantes ganancias que con el tiempo se convirtieron en liquidez, pudiendo así capitalizarse en formas diferentes a los pocos años de su llegada. Contrastamos entonces dos migraciones más o menos contemporáneas que llegaron y se establecieron en Yucatán, en contextos completamente diferentes.

Una de las características de los migrantes de origen libanés es que lograron conformar un espacio propio desde su llegada, sobre todo los que se establecieron en la ciudad de Mérida, y se concentraron en el suburbio de La Mejorada. Esto dio lugar a la formación de lo que Ramírez llamó *endogrupo*,<sup>18</sup> en el que se crearon relaciones de dependencia económica y social. La solidaridad y cooperación entre los *paisanos*, también se traducía en hospitalidad, pues en ocasiones, varias familias compartían una misma casa, lo que se tradujo en una fuerte endogamia aunque no exenta de conflictos. Dita Abimerhi lo describe así para la ciudad de Mérida: “entre el arco del puente y el arco de Dragones, no permitíamos que entrara ningún yucateco”.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> “Por endogrupo se entiende a cierto número de individuos que se identifican entre sí con base en orígenes étnicos similares y construyen un código de interacción propio, el cual fomenta la mutua dependencia en el desarrollo de sus relaciones sociales” (Ramírez 1994, 467-468).

<sup>19</sup> Testimonial de Dita Abimerhi en el coloquio *Los árabes: tres penínsulas, un universo cultural*, CEPHCIS-UNAM, 6 de diciembre, 2010.

En cuanto a la dinámica comercial encontramos que lo común era que los recién llegados adquirieran las mercancías en calidad de préstamo por parte de algún paisano suyo en la ciudad de Mérida, que ya había logrado hacerse de un capital en su nueva tierra o que había sido de los pocos que llegaron con dinero. Estos mayoristas surtían a sus *paisanos* con créditos a la palabra o al honor, aunque había otros, los más prevenidos, que elaboraban pagarés, la mayoría de las veces redactados en árabe. Al respecto, Cuevas Seba resalta en su libro la honorabilidad de la palabra empeñada entre *paisanos* al realizarse estos préstamos. Según esta autora, los deudores se arrancaban un pelo del bigote y lo dejaban empeñado junto con un papelito en el que se anotaba la cantidad adeudada. “Ya vendida la mercancía se presentaban a liquidar la deuda estipulada en el papel y recuperar, sin demora, el pelo empeñado” (Cuevas Seba 2009, 194). Sin embargo, encontramos en el archivo de Justicia, algunos casos de “abuso de confianza” que vendrían a poner en tela de juicio la unanimidad de dicha honorabilidad. Son comunes, por ejemplo, las demandas de los dueños de diferentes establecimientos acusando a los deudores de no cumplir con lo pactado. Lo más frecuente fueron las demandas hechas entre los mismos inmigrantes por no cumplir con los pagos de los compromisos adquiridos. Hay que aclarar, no obstante, que entre los clientes demandados también se encuentran aquellos que no eran *paisanos*.<sup>20</sup>

Uno de los primeros mayoristas en otorgar crédito a sus *paisanos* fue José Moisés, quien llegó a Yucatán en 1878. Según Cuevas Seba (2009, 195), su casa era conocida como *Hotel Moisés*, porque alojaba a los recién llegados. Este inmigrante no vacilaba en acudir con las autoridades cuando sus deudores no cumplían con lo pactado. Así encontramos por ejemplo las acusaciones que hace en contra de Emilio Fara, quien le adeudaba la cantidad de

<sup>20</sup> AGEY, Fondo Justicia, Serie Penal, vol. 34, exp. 15. año 1915, Elías Mena y Antonio Abimerhi acusan al teniente Arnulfo Ortiz de haber adquirido mercancías en sus respectivos establecimientos sin haber cumplido con los pagos. Fondo Justicia, Serie Civil, vol. 216, exp. 17, año 1888, Nicolás Juan demanda a Luz Escalón por un adeudo de 14 pesos.

58.54 pesos,<sup>21</sup> o el caso de Saine Antonia, acusada al no haber regresado a cubrir el adeudo que implicaban la docena de manteles de lino que se había llevado a vender a la ciudad de Campeche.<sup>22</sup> En la demanda que José Moisés hace contra José Raful, vendedor ambulante radicado en Motul, habla de los problemas económicos que le habían generado los préstamos hechos a sus *paisanos*. Asimismo relata que contaba con un capital de 20 mil pesos, que le servía de base para sus negocios mercantiles, pero también describía cómo este altruismo le arruinaba:

...la natural generosidad y la buena fe con que me he conducido durante mi vida de negocios me hicieron ya dispensar protección á paisanos, mas dándoles mercancías sin constancia ninguna para vender por las calles, y a prodigar los adeudos sin más garantía que la palabra empeñada. Resultado, que estoy actualmente reducido a la pobreza, y no me queda de mi pasado [...] más que una docena de documentos de depósitos [...], sin las formalidades legales, dos o tres decenas de deudores sin constancia, y sólo dos o tres documentos en debida forma extendidos.<sup>23</sup>

Otro caso de abuso de confianza lo encontramos en la demanda que presentó Gabriel Elías contra Alejandro Miguel. Ambos vivían en la misma casa hasta que Alejandro tomó en calidad de préstamo 138 pesos en mercancías para su venta en comisión por los pueblos del estado y nunca más regresó.<sup>24</sup> Por su parte, Miguel Dipp entregó mercancías por un valor de 530

<sup>21</sup> AGEY, Fondo Justicia, Serie Civil, vol. 177, exp. 17, año 1897, José Moisés acusa a Emilio Fara, vecino de Halachó, de no haber cumplido con el pago de su deuda.

<sup>22</sup> AGEY, Fondo Justicia, Serie, Penal, vol. 83, exp. 44, año 1897, Diligencias practicadas contra la turca Saine Antonia por abuso de confianza, promovidas por el turco José Moisés.

<sup>23</sup> AGEY, Fondo Justicia, Serie Civil, vol. 177, exp. 20, año 1897, Diligencias promovidas por José Moisés contra Aniceto Jorge Raful, para que este reconozca su firma en un pagaré.

<sup>24</sup> AGEY, Fondo Justicia, Serie Penal, vol. 10, exp. 54, año 1891, Causa criminal seguida al súbdito turco Gabriel Elías contra Alejandro Miguel por el delito de abuso de confianza.

pesos a sus *paisanos* Antonio Sorbi y María Antonia Nazar para que las vendieran como mercaderes ambulantes. En el documento se puede observar en qué consistían algunas de las transacciones mercantiles de estos inmigrantes. Al término de un mes debían regresar para devolver las mercancías no vendidas y para entregar el dinero de las otras. La ganancia de estos vendedores era de un 9% por comisión de venta. Sin embargo, en este caso fue el acusador, Dipp, quien se hizo merecedor de una multa pues las autoridades encontraron que no llevaba el libro de ventas en castellano, con lo cual tuvo que pagar además la traducción del mismo.<sup>25</sup>

En lo que respecta a deudas sin pagar, durante estos primeros años, los desencuentros entre los *paisanos* llegaban incluso a las “injurias graves” que provocaban pleitos legales. En la acusación que hace Salvador Saide, un comerciante rico, a Elías Moisés Daguer, los insultos fueron hechos en español. Nos preguntamos, sin embargo, ¿hasta qué punto era en realidad un insulto llamarle “hijo de puta o “cabrón” a un *paisano*, sobre todo si tomamos en cuenta que se trataba de personas que hablaban mal el castellano y que para entonces eran todavía bastantes celosos de su idioma, costumbres y tradiciones? En esta demanda se argumentaba que

...las palabras vertidas por el acusado le causan afrenta al acusador ante la opinión pública y perjudican considerablemente su honra puesto que lo exponen á ser considerado como un marido ofendido y consentidor del adulterio de su esposa y como un hombre que lleva un nombre que no debiera llevar, ofendiendo con eso la sagrada memoria de la persona que lo llevó en sus entrañas.<sup>26</sup>

Estos primeros años de asentamiento de la migración libanesa en Yucatán se caracterizaron por una situación económica en

<sup>25</sup> AGEY, Fondo Justicia, Serie Penal, vol. 28, exp. 33, año 1893. Causa criminal seguida a los súbditos turcos Miguel Dipp contra Antonio Sorbi y María Antonia Nazar por el delito de abuso de confianza.

<sup>26</sup> AGEY, Fondo Justicia, Serie Penal, vol. 73, exp. 20, año 1896. Diligencias promovidas por Salvador Saide en contra de Elías Moisés Daguer por el delito de injurias graves.

proceso de estabilización, en la que la pobreza constituía todavía un factor determinante que marcó un estilo de vida metódico y austero, sin lugar para el dispendio, la fiesta o la diversión. “Su baja escolaridad y educación y los duros días de hambre de la infancia se conjugaban para que sus expectativas de consumo fueran siempre modestas” (Ramírez 1994, 467).

#### LOS SIGUIENTES AÑOS. CAMBIOS EN LA VIDA DE LOS COREANOS

El fin del contrato y la libertad traerían cambios sustanciales en la vida de los coreanos, pero para la primera generación estos cambios no se vieron reflejados en un despunte económico, como ya comenzaba a serlo para la inmigración libanesa, cuya preponderancia para mediados de la década de 1910 les había permitido desplazar a los antiguos mercaderes, acaparando virtualmente toda la veta de consumidores formada por gente de los pueblos y peones de las haciendas (Cáceres y Fortuny 1977, 76). Por el contrario, para los coreanos, la conclusión del contrato no fue del todo una buena experiencia. En principio tuvieron que enfrentar a la imposibilidad del regreso a Corea debido a la falta de recursos económicos suficientes y a la cada vez más complicada situación económica y política de ese país. En segundo lugar, muchos no pudieron evitar encontrarse con serias dificultades, pues ya no tenían donde vivir, por lo que debieron enfrentarse, por primera vez, al mercado de trabajo para conseguir un empleo.

Fueron muchos los que, al no tener alternativa, decidieron volver a emplearse en las haciendas, pues para entonces ya se habían acostumbrado a ese trabajo. De hecho, la comida, la cultura y el idioma en estos lugares ya les resultaban familiares. Generalmente los coreanos que regresaban a trabajar a las haciendas lo hacían por medio de contratistas que establecían las condiciones, las remuneraciones y la duración de su trabajo. La mayoría de estos contratistas eran sus paisanos. Tal ocurrió con Antonio Chum, quien en marzo de 1916 firmó con Joaquín

Ancona Cámara un contrato ante notario en el que se comprometía a proporcionar 80 trabajadores coreanos para una finca que se encontraba en el pueblo de Champotón, en Campeche. Según el documento, el trabajo consistiría en cortar y raspar pencas, chapear y limpiar las plantaciones, cortar leña y demás necesidades de la finca. Los trabajos se liquidarían semanalmente. Para garantizar el bienestar de los trabajadores, Joaquín Ancona se comprometía a suministrar a Chum, a título de venta, las mercancías para el consumo de los trabajadores. Este último costearía dos cocineros para la preparación de los alimentos de los coreanos. El tiempo del contrato era indefinido, sólo había que concluir “un corte y chapeo de los planteles, dejando a cada mata de diez y seis a veinte hojas”. Los pasajes a la finca de estos trabajadores los pagaría Joaquín Ancona, quien a manera de anticipo entregó a Antonio Chum 15 000 pesos, que serían reembolsados en abonos semanales. Esta información nos permite conocer más o menos como funcionaban los contratos colectivos de estos trabajadores en las haciendas, aunque en este caso el contrato se vio truncado porque Antonio, junto con otros dos coreanos, se fugó con el dinero sin cumplir con lo establecido, de modo que las autoridades dictaron órdenes para su aprehensión.<sup>27</sup>

Hubo otros que, como ya se mencionó, pudieron establecerse en la ciudad de Mérida con algún negocio, o quienes decidieron vivir en el interior del estado, dedicándose principalmente al comercio, como fue el caso de Antonio Quim, quien a sus 26 años radicaba en Progreso y compartía casa con un joven lugareño y con otro individuo procedente de Pachuca, Hidalgo.<sup>28</sup> Genny Chans cuenta que fue sobre todo a finales de la década de 1910 que comenzó un fuerte movimiento reemigratorio de los coreanos. Los más aventurados decidieron emigrar de Yucatán hacia los estados vecinos como Quintana Roo (para trabajar en el chicle), Campeche (para cultivar arroz) y Veracruz (para

<sup>27</sup> AGEY, Fondo Justicia, Serie Penal, vol. 48, exp. 12. Denuncia de estafa de Joaquín Ancona Cámara contra el coreano Antonio Chum.

<sup>28</sup> AGEY, Fondo Justicia, Serie Penal, vol. 103, exp. 27, año 1918. Diligencias con motivo del robo a Antonio Quim.

dedicarse a la pesca); “cada quién llegó de acuerdo al dinero que tenían es sus bolsillos y a su inteligencia”.<sup>29</sup> Incluso hubo algunos que posteriormente llegaron hasta Cuba.<sup>30</sup>

Desde que terminó el primer contrato de cuatro años, estos inmigrantes gozaban de mucha más libertad de movimiento, registrándose idas y vueltas a la ciudad de Mérida. Normalmente aquellos que llegaban a la capital se quedaban en casa del presidente de la Asociación de Coreanos, Antonio Cheng, ubicada en el número 453 de la calle 50. Muchos iban cada determinado tiempo y permanecían en ella tres o cuatro días, con el fin de hacer compras de bienes como jabones, hilos, cigarros, telas y hasta bacalao. Así, encontramos por ejemplo a Alfredo Kim, quien llegaba a la casa de Antonio “por estar habitada por paisanos” suyos, pagando por el hospedaje cuatro reales diarios, más los alimentos que consumía.<sup>31</sup> Genny Chans explica que algunos de “los coreanos hijos de los que se quedaban en la hacienda trabajando por que no sabían español, venían y rentaban un cuartito”, y trabajaban de lo que podían. Así algunos se volvieron hojalateros o lograron poner una tiendita de abarrotes.<sup>32</sup>

Algunos de los cambios en la vida de los coreanos los pudimos corroborar en la información de los libros de entradas y salidas del Hospital O’Horán. Uno de los primeros aspectos que saltó a la vista fue la clara castellanización de sus nombres. En los libros que cubren el periodo del contrato, los nombres eran asentados a partir de la fonética coreana, sin que esto implicara que estuvieran escritos correctamente, pues por la ortografía se percibe que el responsable de llevar el libro lo escribía tal y como lo oía. Esto evidentemente hace bastante difícil seguirlos en el tiempo y en los documentos, pues estas irregularidades ortográ-

<sup>29</sup> Entrevista realizada a Genny Chans en la ciudad de Mérida, el 19 de junio de 2016.

<sup>30</sup> Novelo (2009, 70) afirma que desde 1909 los coreanos comenzaron a llegar a ese país.

<sup>31</sup> AGEY, Fondo Justicia, Serie Penal, vol. 13, exp. 24. Denuncia de Antonio Cheng contra Jesús Salazar por allanamiento de morada.

<sup>32</sup> Entrevista realizada a Genny Chans en la ciudad de Mérida, el 19 de junio de 2016.

ficas no eran exclusivas del hospital, sino que se notan en todas las instancias oficiales que debían de escribir sus nombres. En el libro del hospital se puede apreciar que los nombres que los coreanos escogieron son bastante recurrentes, de suerte que hay un gran número de *Franciscos*, *Pedros* y *Marías*. Lo común era que se cambiara el nombre de pila y se conservara el apellido, pero hubo algunos que incluso cambiaron sus apellidos por los de Martínez o García.

Otro aspecto importante que resalta de la revisión de los libros del hospital es que, desde que se dio por terminado el contrato, ninguno de los coreanos fue respaldado por los dueños de las haciendas donde trabajaban, por lo que desde ese momento, al recibir atención médica, eran ingresados como pobres, a pesar de que la gran mayoría declaraban ser jornaleros. Quizá la explicación de este hecho se encuentre en los nuevos contratos, que no obligaban al hacendado a hacerse cargo de los cuidados médicos de estos trabajadores, como sí lo hacían los primeros convenios.

El tercer punto tiene que ver con las enfermedades. Durante los primeros años de la estancia de los coreanos en Yucatán, les afectaban predominantemente las epidémicas e infecciosas, como la fiebre amarilla y el paludismo, además de aquellas gastrointestinales como enterocolitis, embarazo gástrico, fiebre gástrica, etc., lo que seguramente respondía a un proceso de adaptación a la nueva alimentación. Posteriormente, una vez concluido el contrato, siguieron registrándose las enfermedades epidémicas y disminuyeron las gástricas, pero aparecieron las venéreas como la sífilis y los chancros, lo que podría explicarse por dos factores: a pesar de seguir trabajando en las haciendas ahora los coreanos tenían más libertad de movimiento y, por ende, más contacto con el medio urbano, donde era más común contraer este tipo de enfermedades. De hecho, la mayoría de los que ingresaron al hospital por estos motivos declararon residir en la ciudad de Mérida. El segundo factor se relaciona con que una parte bastante importante de los coreanos que llegaron a Yucatán lo hicieron sin sus familias, por lo que llevaban vida de solteros. De los 178 coreanos que ingresaron al hospital entre 1914 y 1916, sólo

28 estaban casados. De estos, 11 eran mujeres (el total de las que ingresaron) y 17 hombres.

Como vemos, a partir de 1909 las condiciones de vida de los coreanos en Yucatán experimentan cambios importantes, que no necesariamente significaron una mejor situación, aunque sí implicaron la libertad de establecerse en su lugar de preferencia. Los libaneses, por su parte, siguieron con su proceso de estabilización tratando de superar lo que fueron los años de mayores dificultades económicas: desde 1905, además de ser dueños de establecimientos comerciales, algunos ya eran también propietarios de bienes inmuebles tanto en la ciudad de Mérida como en el interior del estado.

Otros, en cambio, tardaron más en estabilizarse. Tal es el caso, por ejemplo de Jorge Mena, quien en 1915 solicitó al gobernador del estado, Salvador Alvarado, una beca para poder seguir sus estudios en la Escuela de Agricultura, explicando que su padre era sumamente pobre, por lo que no podría mantenerlo mientras él continuara estudiando.<sup>33</sup> Otros casos de pobreza figuran en los libros de entradas y salidas del Hospital O'Horán, cuyos registros advierten que la mayor parte de los inmigrantes libaneses que ingresó entre 1906 y 1909 se declaró como pobre, lo que les evitaba los gastos de hospitalización. No obstante, en los años posteriores, entre 1914-1916, la mayoría de los que ingresaron pagó sus gastos y en algunas ocasiones hasta una distinción para atenderse en primera clase.

A pesar de haberse insertado ambas migraciones en la capa más baja de la sociedad, queda claro que no fue lo mismo ser pobre de ciudad o de pueblo, que un pobre jornalero de hacienda "enganchado". Tampoco fue lo mismo ser un inmigrante del Medio Oriente que, aunque diferente, no generaba tanta animadversión en la sociedad yucateca, que ser un inmigrado de origen coreano, quienes además de ser catalogados como "paganos", eran considerados como transmisores de enfermedades.

<sup>33</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Gobernación, caja 489, Carta del 13 de diciembre de 1915, de Jorge Mena al Gobernador del Estado.

LA INMIGRACIÓN EXTRANJERA EN EL IMAGINARIO  
 COLECTIVO YUCATECO. LA PRENSA ESCRITA  
 DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Hasta el momento hemos hablado de la situación de los inmigrantes coreanos y libaneses en Yucatán durante los años que corresponden a la Época Dorada, que sin lugar a dudas constituyen los más difíciles para ambos grupos. Consideramos importante, antes de referirnos a los procesos y las estrategias de asimilación, entender el papel que jugaron estos dos grupos migratorios en el imaginario colectivo de la sociedad yucateca de aquella época. Por ello presentamos aquí un análisis sobre las representaciones sociales, especialmente sobre la información presentada en los principales diarios y revistas de circulación yucatecos de principios de siglo xx, que hablan sobre la llegada de migrantes extranjeros para trabajar como jornaleros en las haciendas henequeneras. Antes de comenzar es importante tener presente que los medios de comunicación —en este caso, la prensa escrita— “constituyen el origen y nutriente principal en la elaboración de las representaciones sociales, porque proporcionan información y puntos de discusión en la vida cotidiana” (Cuevas 2011, 2).

En general, las revistas y los periódicos de la época eran propiedad de los hacendados yucatecos. El director, el redactor y los colaboradores de los mismos eran quienes les daban el sesgo cultural e intelectual. De hecho Juan Francisco Peón Ancona, quien fuera encargado de la Hemeroteca Ruz Menéndez en la ciudad de Mérida, los cataloga como periódicos culturales donde escribían verdaderos literatos.<sup>34</sup> La información se daba en gran medida en pequeñas notas sintéticas que no pasaban de uno o dos párrafos. Sólo cuando se trataba de algo extraordinario se profundizaba más en la información y, a veces, hasta se hacía investigación periodística. Abundaban las columnas de opinión, “ahí sí puedes encontrar sábanas de lo que pensaba la gente sobre equis tema”,

<sup>34</sup> Entrevista realizada a Juan Francisco Peón Ancona en la ciudad de Mérida, el 19 de septiembre de 2012.

comenta el coordinador de la Biblioteca Yucatanense, Faulo Sánchez.<sup>35</sup> También estaba presente la cuestión mercantil, pues en una misma página se podían anunciar más de diez cosas diferentes. Se reproducían, asimismo, artículos informativos y de opinión de otros periódicos, y se hacía uso de las agencias de noticias para informar sobre todo lo que pasaba en Europa y Asia. Sánchez argumenta que la sociedad yucateca con cierto capital cultural se interesaba mucho en ese tipo de información.<sup>36</sup> En especial notamos que en *El Peninsular* se publica una gran cantidad de notas sobre problemas rusos, chinos y japoneses.

Como ya hemos mencionado, los motivos por los que se alentaba en Yucatán, aunque sin mucho éxito, la inmigración extranjera en todas sus modalidades eran sobre todo el progreso en la agricultura, el desarrollo de los ferrocarriles y la falta de brazos disponibles. La contratación de jornaleros sería la modalidad que más ocuparía espacios en los medios impresos, pues encontramos una gran cantidad de artículos informativos y de opinión de la época en la que se insistía en la necesidad y en la posibilidad de la llegada de trabajadores extranjeros. Todos estaban de acuerdo en que se debía traer mano de obra de otras partes del mundo. Las diferencias se centraban, sobre todo, en cuál sería el mejor origen de la misma.

En cuanto a la información correspondiente a las migraciones de trabajadores extranjeros a Yucatán encontramos el *Eco del Comercio*, periódico independiente que, de acuerdo con *El Peninsular*, era propiedad de Augusto L. Peón, catalogado como uno de los principales hacendados del estado.<sup>37</sup> En su tesis de licenciatura, el descendiente de coreanos Gutiérrez May afirma que fue uno de los informativos que apoyó la idea de traer asiáticos a la región, pues en sus páginas resaltaba el buen desempeño de los orientales que hasta entonces se habían instalado y los calificaba como fuertes, obedientes y respetuosos (Gutiérrez May

<sup>35</sup> Entrevista realizada a Faulo Sánchez en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.

<sup>36</sup> *Ibid.*

<sup>37</sup> “El Eco del Gobierno”, *El Peninsular*, 6 de marzo de 1905, 1.

2011, 5). En la misma línea encontramos *El Agricultor*, órgano de la cámara agrícola de Yucatán, que estaba destinado a velar por los intereses agrícolas de este sector (Cantón López 1946, 83). En sus notas se expresaban las necesidades de fomentar la inmigración para apoyar la industria henequenera, exaltando las cualidades de los asiáticos (Gutiérrez May 2011, 7).

En la *Revista de Mérida*<sup>38</sup> encontramos entre 1904 y 1906 notas periodísticas que hablan sobre las supuestas llegadas de extranjeros a Yucatán para trabajar en las labores del campo, que nunca se llevarían a cabo. Se decía, por ejemplo, que llegarían a la ciudad de Mérida tres mil griegos que vendrían a laborar en las fincas de la península. Se aseguraba que estos migrantes “no resentirán los rigores del clima, por ser nativos de las más cálidas comarcas helénicas”.<sup>39</sup> Asimismo, se publicaba que la compañía colonizadora japonesa de Tokio se había comprometido a traer familias japonesas para trabajar en la agricultura.<sup>40</sup> Incluso, después de la llegada de los coreanos a mediados de 1905, se planteaba la posibilidad de traer campesinos italianos y portugueses. La nota argumentaba que los gastos de viaje y comisiones eran inferiores a los de otras inmigraciones extranjeras e incluso nacionales.<sup>41</sup>

La *Revista de Mérida* celebraba, igualmente, que se organizara la inmigración de braceros de otras partes del país.<sup>42</sup> Llegó a anunciar también la llegada de una “gran cantidad de inmigrantes de raza mongólica [...] que vienen á poblar nuestro territorio animados por las favorables noticias que les han enviado sus conacionales en tierra yucateca”.<sup>43</sup> Sin embargo, a lo largo de los

<sup>38</sup> Concebida en 1869 como un periódico de literatura y variedades, que al año de su creación tomaría un sesgo noticioso y mercantil, sin abandonar la sección literaria (Cantón López 1946, 72).

<sup>39</sup> “Tres mil griegos para Yucatán”, *La Revista de Mérida*, 29 de octubre de 1904, 2.

<sup>40</sup> “La colonización de Yucatán, Tabasco y Chiapas, en vastos términos”, *La Revista de Mérida*, 27 de enero de 1905, 2.

<sup>41</sup> “Inmigrantes campesinos italianos y portugueses”, *La Revista de Mérida*, 9 de junio de 1905, 2.

<sup>42</sup> “Más inmigrantes”, *La Revista de Mérida*, 21 de junio de 1905, 1.

<sup>43</sup> “Inmigración asiática. Llegada de ‘colies’ á Yucatán”, *La Revista de Mérida*, 18 de mayo de 1906, 2.

años revisados se puede apreciar que esta puso especial énfasis en la información que asociaba las migraciones asiáticas —sobre todo de coreanos— con la fiebre amarilla, lo que constituía uno de los principales argumentos de los detractores de este tipo de inmigración. Por su parte, *El Peninsular*<sup>44</sup> era utilizado —según Gutiérrez May— sobre todo por los seguidores de Francisco Cantón, quienes se oponían a la inmigración asiática y constituían la contraparte del grupo “molinista” (Gutiérrez May 2011, 8).<sup>45</sup> En este sentido, se insistía en que la llegada de los coreanos no había sido suficiente para paliar la necesidad de trabajadores en la península, por lo que se publicaban propuestas para encontrar la mejor manera de organizar inmigraciones con base en las experiencias anteriores, y opiniones acerca de quiénes deberían venir y qué condiciones debían ofrecer los contratos. Recordaba que con

la inmigración de coreanos se gastó mucho dinero y se adelantaron fondos, lo cual siempre es expuesto y aun difícil para algunos hacendados; sabemos también que ha habido algunas dificultades con los amarillos, por la cuestión del idioma, y esto se comprende, pues no es lo mismo encontrar un intérprete para ellos, que para un europeo, ¿por qué no preferir, ó cuando menos hacer un ensayo con la inmigración portuguesa é italiana que se nos ofrece?<sup>46</sup>

*El Peninsular* argumentaba de igual manera, que “tanto física, como moralmente, la raza amarilla es una raza nociva e inferior á las europeas”.<sup>47</sup> En las columnas del diario, como la de Rafael

<sup>44</sup> Creado en 1904 y de tendencia liberal, su director y propietario fue José María Pino Suárez. Dejó de publicarse en 1907.

<sup>45</sup> Cabe aclarar que aun cuando Francisco Cantón figurara como opositor de esta migración, recibió en su hacienda San Enrique, en Ticul, a treinta coreanos, de acuerdo con el informe que presentara el jefe político de ese partido en su oficio número 923 del 16 de noviembre de 1908 (AGEY, Fondo Poder Ejecutivo. Sec. Gobernación). A estos treinta coreanos habría que sumarle los veintitrés radicados en la hacienda Sosil, propiedad también de Francisco Cantón, dato que encontramos en la revisión del *Libro de entradas y salidas del Hospital O’Horán (1906-1907)* (AGEY, Fondo Poder Ejecutivo).

<sup>46</sup> “Un buen contrato de inmigración”, *El Peninsular*, 6 de junio de 1905, 1.

<sup>47</sup> “Un buen contrato de inmigración”, *El Peninsular*, 6 de junio de 1905, 1.

Hernández, se seguía insistiendo en que “el europeo, que mucho de culto, bueno y útil ha traído, trae y seguirá trayendo á nuestra tierra, será elemento sano y provechoso á nuestro cuerpo social” y, se catalogaba de verdaderos “retranqueros del progreso” a chinos, coreanos y “ótras razas refractarias á nuestra civilización y costumbres”, que consumen poco y no producen nada.<sup>48</sup> En términos de mestizaje se aseguraba que “el cruzamiento de la raza asiática con la indígena de nuestros campos ha de ser en perjuicio de la raza mexicana”.<sup>49</sup> Sin embargo, en *El Peninsular* también se le daba cabida a la otra cara de la moneda, pues la necesidad de traer jornaleros para trabajar el henequén se presentaba ante los mismos hacendados con más fuerza que la necesidad de seleccionar el origen de los mismos. Así encontramos en esas fechas otras notas en donde se aseguraba que los trabajadores de origen coreano habían resultado muy buenos para los trabajos en las fincas de Yucatán, por lo que se anunciaba que pronto vendrían más inmigrantes de esta nacionalidad.<sup>50</sup> Es en el mismo periódico que la Junta de Inmigración, que se encargaba de llevar a cabo la venida de jornaleros al estado, convocó a los hacendados interesados en contratar más trabajadores coreanos a inscribirse a finales de junio de 1905<sup>51</sup> en la oficina de su presidente, Rafael Peón Losa.<sup>52</sup>

<sup>48</sup> “Comparemos I”, *El Peninsular*, 28 de junio de 1905, 2.

<sup>49</sup> “La inmigración china”, *El Peninsular*, 13 de julio de 1905, 1.

<sup>50</sup> “Más coreanos para Yucatán”, *El Peninsular*, 22 de junio de 1905, 2; “La inmigración coreana”, 14 de diciembre de 1905, 3.

<sup>51</sup> “Inmigración Koreana”, *El Peninsular*, 23 de junio de 1905, 2.

<sup>52</sup> Efectivamente, antes de haber transcurrido dos meses de la llegada de este contingente y sin saber si estos serían capaces de aclimatarse al trabajo en las haciendas, los hacendados que componían la Junta ya estaban planeando una segunda expedición de coreanos a Yucatán, por lo que al mismo tiempo solicitaban al gobierno que los apoyara con la cantidad de cincuenta mil pesos para completar los gastos que tal empresa ocasionaría, los cuales se calculaban en ciento cuarenta mil pesos. Sin embargo, las autoridades yucatecas antepusieron el destino de sus recursos económicos a la conclusión de diferentes obras materiales que se encontraba realizando. Argumentaron que no era posible destinar dichos recursos sino hasta que estas obras fueran terminadas y sólo hasta entonces, a través de la ley de presupuesto, se asignaría la cantidad

En lo que se refiere específicamente a la llegada de los coreanos a Yucatán, encontramos que *La Revista de Mérida* la siguió de cerca desde que salieron de Seúl. Aseguraba que esta primera expedición serviría “como prueba para ver si conviene seguir procurando esta inmigración”.<sup>53</sup> Se preocupó por ofrecerle al lector algunas pinceladas sobre Corea y sus costumbres, como el hecho de que sus habitantes “no se cortan nunca los cabellos, porque, según dicen, esto constituiría un grave desaire para sus padres, á quienes profesan gran respeto”.<sup>54</sup> Se hablaba del “aspecto florido que presentan sus hermosas costas”, de sus montañas y valles angostos, de sus “estribaciones escarpadas de aspecto salvaje”.<sup>55</sup>

*El Peninsular*, por su parte, hablaba de que habrían de llegar en el vapor Hidalgo unos 1 200 coreanos. En una primera nota bastante escueta se decía que estos irían a trabajar en las fincas de campo de Rafael Peón Losa.<sup>56</sup> Dos días más tarde, el diario publicaba otras notas con información más detallada y precisa. En esta ocasión Rafael Peón era presentado como el contratista, y se había dirigido al puerto de Progreso para recibirlos. Informaba que estos migrantes se habían trasladado en tren a la ciudad de Mérida y que habían sido concentrados en el ex cuartel Porfirio Díaz en espera de que fueran repartidos en las haciendas del estado.<sup>57</sup> Enumeraba a los principales accionistas: Eusebio Escalante, Rafael Peón, Emilio García Fajardo, Eulalio Casares, Augusto L. Peón, los señores Peón de Regil y hermanos, Olegario Molina y Antonio Bolio. Precisaba, igualmente, que se habían contratado

---

con la que el gobierno contribuiría al “aumento y fomento de la inmigración”. Pero los deseos de los hacendados yucatecos de traer más coreanos al país se volvieron irrealizables, sobre todo por la prohibición que se hizo en Corea para permitir la emigración de esta población a México. AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, sec. Gobernación. Escrito de Emilio J. Fajardo, R. Peón y de H. de Peón y de Regil del 3 de julio de 1905 al Gobernador del Estado.

<sup>53</sup> “La inmigración de coreanos en Yucatán”, *La Revista de Mérida*, 20 de enero de 1905, 3.

<sup>54</sup> “Los coreanos y el cabello”, *La Revista de Mérida*, 1 de mayo de 1905, 4.

<sup>55</sup> “La península de Corea”, *La Revista de Mérida*, 16 de mayo de 1905, 2.

<sup>56</sup> “Mil doscientos coreanos”, *El Peninsular*, 13 de mayo de 1905, 3.

<sup>57</sup> “Mil diez y nueve coreanos”, *El Peninsular*, 15 de mayo de 1905, 3.

veinticinco cocineros chinos para la preparación de los alimentos, que consistieron en arroz, carne y pescados. La llegada de los coreanos llamó la atención de la población y este diario los describía de complejión robusta y porte humilde.<sup>58</sup>

Antes de que la sociedad yucateca tuviera contacto directo con los coreanos, ya contaba con toda una serie de informes que le permitió formar juicios sobre estos migrantes, particularmente durante los primeros cuatro años de su residencia en territorio nacional. Recordemos que durante este tiempo estuvieron obligados a permanecer en las haciendas, por lo que el contacto con la sociedad yucateca más allá del mundo rural era bastante limitado. Hay que entender entonces que, como argumenta Cuevas (2011, 5), los medios de comunicación no transmiten representaciones sociales de modo lineal sino que es el lector quien, a partir de su historia y contexto, interpreta la información que obtiene de estos y forma nuevas representaciones.

Luego de la llegada y su instalación en las haciendas henequeneras, los diarios también se encargaban de publicar información sobre algunos de los coreanos que transitaban —prófugos o con permiso— por la ciudad de Mérida, antes de que se diera por terminado el contrato con el que vinieron a trabajar. En el *Diario Yucateco*<sup>59</sup> encontramos el caso de Francis O Chin, que estaba al servicio de José González, administrador del Timbre en la capital.<sup>60</sup> Este mismo diario también informaba cuando las autoridades encontraban coreanos fuera de las haciendas y los recluían, para que después los dueños de estas los reclamaran. Así, por ejemplo, encontramos aquellos que fueron detenidos en un hotel en Maxcanú a principios de 1909 y que, al no ser reclamados, fueron dejados en libertad.<sup>61</sup>

<sup>58</sup> “Los coreanos”, *El Peninsular*, 16 de mayo de 1905, 3.

<sup>59</sup> El *Eco del Comercio* fue una publicación editada desde 1880, propiedad de Manuel Heredia Argüelles. En 1905 fue vendido a Ricardo Molina, quien en sociedad con José María Pino Suárez, propietario de *El Peninsular*, le cambió el nombre, denominándolo *Diario Yucateco* (Bojórquez Urzaiz 2006, 170-179).

<sup>60</sup> “Coreano pisoteado por un caballo”, *Diario Yucateco*, 22 de junio de 1908, 4.

<sup>61</sup> “De Maxcanú”, *Diario Yucateco*, 17 de enero de 1909, 5.

Sin embargo, en el mismo pueblo, Nicolás Chin, “á quien se supone prófugo de alguna finca” fue enviado a la jefatura política de Mérida.<sup>62</sup> También se mencionaba a aquellos que cometieron faltas a la ley, como el caso de Chang Suni, quien luego de haber sido aprehendido necesitó de un intérprete para hacer su declaración.<sup>63</sup> Lo mismo encontramos información de coreanos heridos que fueron llevados al hospital, como Jahzin, quien fue apuñalado en la ciudad de Mérida<sup>64</sup> o el “coreanito”, herido con una escopeta por un jornalero en la hacienda de Kakalná, de la villa de Peto, a quien su madre había llevado a Mérida para internarlo en el hospital O’Horán sin haber dado aviso a las autoridades judiciales.<sup>65</sup> También está la historia de Teo-The-Un, quien falleció en el momento en que era conducido al hospital para su curación.<sup>66</sup> Al igual que el *Diario Yucateco*, *La Revista de Mérida* también hacía este tipo de anuncios. Publicó, por ejemplo, que el coreano de apellido Ramírez robó 175 pesos a su patrona, dueña de un puesto de verduras en el mercado García Rejón.<sup>67</sup>

Además de estas imágenes, los lectores del *Diario Yucateco* en 1909, también podían leer columnas en las que se hablaba de que los coreanos constituían, aun después de haber terminado su contrato inicial, un importante contingente en las labores agrícolas. Se habla de algunos asimilados a las costumbres del campo, principalmente las que se refieren a la alimentación, el vestido, la vivienda y el idioma, aunque no se aclara si se refieren al maya o al español. También se hacía mención de su buena salud a pesar de las inclemencias del clima yucateco. “Siendo, por otra parte, inteligentes y hacendosos en el cumplimiento de

<sup>62</sup> “Coreano prófugo”, *Diario Yucateco*, 20 de abril de 1909, 2

<sup>63</sup> “Atrevida hazaña de un coreano. Delito descubierto por una lista de lavandería china”, *Diario Yucateco*, 17 de septiembre de 1909, 3.

<sup>64</sup> “Coreano herido”, *Diario Yucateco*, 23 de febrero de 1910, 2.

<sup>65</sup> “Un coreanito baleado en una hacienda”, *Diario Yucateco*, 12 de junio de 1909, 6.

<sup>66</sup> “Murió en el camino”, *Diario Yucateco*, 28 de mayo de 1911, 5.

<sup>67</sup> “Robo cometido por un coreano”, *La Revista de Mérida*, 8 de septiembre de 1909, 2.

sus deberes, han satisfecho con más ó menos éxito las obligaciones por ellos contraídas”.<sup>68</sup>

Cuatro años habían pasado desde que llegaron los coreanos y en los diarios meridianos se seguía planteando la necesidad de traer más migraciones extranjeras, aunque la cuestión del origen seguía generando diferencias de opinión. Tanto en *La Revista de Mérida* como en el *Diario Yucateco*, con algunos años de diferencia, se publicaban artículos de opinión de Luis Cuevas promoviendo la inmigración extranjera para incrementar la densidad de población. Aseguraba en *La Revista de Mérida* que el trabajo bien remunerado provocaría una mayor afluencia de inmigrantes y que no era posible asignarles como base los jornales de la raza indígena, cuyas “limitadas necesidades puede cubrirlas con un pequeño salario”.<sup>69</sup> Dos años más tarde seguía insistiendo en el *Diario Yucateco* sobre la importancia de la inmigración y resaltaba la necesidad de que fuera extranjera, pues “quitar elementos de trabajo á otras entidades Federativas para traerlos á la nuestra no sería equitativo, ni prudente”.<sup>70</sup> Sin embargo, Cuevas tenía una visión contraria a la que el *Diario Yucateco* había presentado dos años antes, pues rechazaba la idea de que la inmigración amarilla fuera la más adecuada. Por su parte, celebraba que el proyecto de traer javaneses y más coreanos hubiese fracasado y expresaba su deseo para que ocurriera lo mismo con la inmigración de chinos. Proponía seguir el modelo de Argentina y de los Estados Unidos: “las inmigraciones baratas tienen que ser forzosamente malas”, y continuaba su explicación argumentando que se debía traer “familias de habla castellana, de principios religiosos y de reconocida moralidad; cuyos elementos sean inmunes á la terrible fiebre amarilla, familias en fin, que al ponerse en contacto con la raza indígena

<sup>68</sup> “La inmigración a Yucatán y la acción oficial”, *Diario Yucateco*, 27 de agosto de 1909, 1.

<sup>69</sup> Luis Cuevas de Zequeira., “Inmigración”, *La Revista de Mérida*, 21 de julio de 1909, 1.

<sup>70</sup> Luis Cuevas de Zequerira, “La inmigración necesaria en Yucatán. No debe perseguir como única finalidad el aumento de sirvientes”, *Diario Yucateco*, 15 de octubre de 1911, 2.

puedan contribuir á elevar su nivel moral, pero nunca á rebajarlo”.<sup>71</sup>

Como podemos observar, el tema de la inmigración de jornaleros extranjeros resultaba recurrente en los principales diarios de la región, pero no se hablaba de esos otros migrantes, sobre todo los libaneses, que llegaban paulatina, libre y espontáneamente a la Península. Migrantes que, debido a sus actividades económicas relacionadas con el comercio y a diferencia de los coreanos, tuvieron mucho más contacto con la sociedad yucateca, tanto de la ciudad de Mérida como de los pueblos, por lo que la formación de un imaginario colectivo con respecto a ellos tuvo rutas diferentes.

En lo que respecta a los medios de comunicación escritos, notamos que no es que alguien hable de tales migrantes, sino que son ellos mismos quienes se hacen visibles y se dirigen a la sociedad anunciando sus tiendas y productos. Se trata muchas veces de anuncios que van dirigidos a un público con recursos financieros y culturales como lo eran los lectores de los periódicos y de las revistas literarias. Raquel Barceló (2014, 197-213) explica cómo las clases medias y altas de la sociedad yucateca durante la Época Dorada fueron construyendo un universo de significados que los distinguió de las demás clases sociales, en el cual el consumo se transformó en un símbolo de elegancia, se glorificaron las novedades extranjeras y la sociedad vestía a la última moda de París. La de los libaneses fue entonces una presencia mediática que se dirigía a ese público en específico que poseía un cierto capital simbólico, al cual se le ofrecía la posibilidad de adquirir esos productos, y estaba dispuesto a pagar por ellos. Esto, sin duda, los fue colocando frente a la sociedad yucateca en una mejor posición que los coreanos.

Por mencionar sólo algunos ejemplos y para observar que este proceso tuvo lugar desde épocas muy tempranas del siglo xx o sea, cuando los libaneses todavía no alcanzaban ese poder económico que los caracterizaría décadas después, encontramos en *El Peninsular* de junio de 1905, los anuncios de Jacobo Simón

<sup>71</sup> *Ibid.*, 27 de octubre de 1911, 5.

sobre una “gran rebaja en los precios”, en su tienda La Competidora, los cuales describían detalladamente los productos que ahí se podían encontrar: calzado, camisetas, camisas, vestidos, encajes, toallas, telas, filipinas, medias, pañuelos, anillos, etcétera. *El Peninsular* expone a sus propietarios como “activos y entretenidos comerciantes”. Este establecimiento es “uno de los más importantes con que cuenta la colonia oriental en esta ciudad”.<sup>72</sup> Nicolás Mena anuncia, igualmente, durante varios días de septiembre de 1905, el traslado de su establecimiento La Mina de Oro, en donde vendía calzado, telas, perfumes, polvos y jabones.<sup>73</sup> La llegada de productos nuevos también era motivo de anuncios como el de Nicolás Simón, quien informaba sobre el arribo de los recién desempacados abrigos para niños en su establecimiento La Importadora.<sup>74</sup>

En *La Campana. Bisemanario de caricaturas y variedades*, Salomón Farah, que “no engaña á nadie y siempre se empeña en tener todo lo bueno”, anunció durante varios años su establecimiento La Puntualidad.<sup>75</sup> En algunas de sus ofertas se incluía una figura de mujer con un vestido muy elegante, como evidencia de que podían ser proveedores de esa moda europea tan deseada por los yucatecos de clases medias y altas de la época. La imagen de los libaneses en los diarios les permitiría ir consolidando su presencia social en Yucatán, mientras que la de los coreanos terminaría por difuminarse con el tiempo.

<sup>72</sup> “La Competidora”, *El Peninsular*, 7 y 9 de junio de 1905.

<sup>73</sup> “La Mina de Oro”, *El Peninsular*, 23, 25 y 29 de septiembre de 1905.

<sup>74</sup> “La Importadora”, *El Peninsular*, 22 y 23 de febrero de 1905.

<sup>75</sup> “La puntualidad”, *La Campana. Bisemanario de Caricaturas y Variedades*, 17 de mayo y 17 de junio de 1911.



### Capítulo 3. Mecanismos de control y estrategias de organización

La vida de un migrante en el extranjero está determinada, como lo hemos visto, por una multiplicidad de factores. Esa es la razón por la que en este capítulo decidimos hacer un análisis desde dos dimensiones. La primera se relaciona con las políticas impuestas por el gobierno mexicano para restringir la entrada y ejercer un control más estricto de los extranjeros en el país. El objetivo es poner en perspectiva el nivel de respuesta de libaneses y coreanos ante estas políticas con atención específica en dos aspectos: su inscripción en el Registro Nacional de Extranjeros y la decisión de naturalizarse mexicanos. Consideramos que la realización de cualquiera de estos dos trámites, o su omisión, es parte de las estrategias que estos migrantes pusieron en marcha para organizar sus vidas en territorio mexicano. Es importante aclarar que, debido a la diferencia numérica en ambas migraciones, cuando hablamos de generalidades del Registro Nacional de Extranjeros y de las naturalizaciones de los coreanos, incluimos a todos los que residían en territorio mexicano, no así con los libaneses, quienes se cuentan por miles. Por esta razón la información relacionada con ellos se limita al estado yucateco. Asimismo precisamos que los casos particulares que presentamos aquí se refieren a los libaneses y coreanos que vivían en el municipio de Motul durante el periodo estudiado.

Ahora bien, la organización de una vida en el extranjero no sólo va de cara al Estado-nación, por eso incluimos una segunda

dimensión que tiene que ver con las estrategias que los propios migrantes logran establecer en su nueva tierra de residencia. Para tales efectos, hacemos aquí un análisis de este proceso desde la perspectiva teórica del capital social y su consecuente construcción de redes sociales. Incluimos igualmente una revisión del asociacionismo que establecieron los migrantes para organizar una comunidad de solidaridad y apoyo mutuo en Yucatán.

#### LA POLÍTICA MIGRATORIA MEXICANA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX. LOS CAMBIOS Y LOS CONTROLES

Las condiciones de apertura migratoria de la época porfiriana en la que llegaron libaneses y coreanos, descritas en el primer capítulo, habrían de transformarse al correr del siglo xx, pues las puertas poco a poco se fueron cerrando a los extranjeros que querían instalarse en el país. Como apunta Gleizer, “la política inmigratoria mexicana, que había surgido en el siglo xix con un espíritu liberal, durante las primeras décadas del siglo xx atravesó por un fuerte proceso de constricción y rigidización que conllevó a la integración de un número cada vez mayor de criterios de exclusión” (Gleizer 2011, 8), y es que el problema era que “los deseados no venían y los que comenzaban a llegar estaban lejos del ideal demográfico” (Yankelevicvh 2011, 16). Este proceso encuentra entonces su inicio en el contexto del nacionalismo posrevolucionario con la Constitución de 1917, que “fijó el marco jurídico de las relaciones entre la nación y los extranjeros” con rígidas limitaciones para estos desde la libertad de tránsito hasta el derecho a la propiedad (Yankelevich 2011, 29-31).

Se trataba según Gleizer de un doble movimiento “de exclusión e inclusión, a través del cual se buscaba excluir del proyecto nacional a aquellos elementos considerados ‘indeseables’, y se intentaba fomentar la inclusión de aquellos con quienes se quería compartir el destino del país” (Gleizer 2011, 15). Así tendría lugar el principio de una política federal restrictiva en materia de inmigración que buscaba una corriente inmigratoria blanca

y europea que se insertara en el medio rural, capaz de garantizar el futuro racial del país a través del mestizaje (Yankelevich 2011, 35). Es decir, se definen criterios de exclusión basados en consideraciones raciales y étnicas como la prohibición de la entrada de trabajadores de origen sirio, libanés, armenio, palestino, árabe y turco (Gleizer 2011, 13).

Es así como la Ley de Migración de 1926 se planteaba el objetivo de superar las graves deficiencias de la promulgada en 1908, la cual, según estipulaba la de 1926, impedía “al gobierno seleccionar los elementos extraños que vienen a mezclarse con nuestra sociedad, y permite la constante entrada de individuos [...] nocivos y peligrosos para nuestro pueblo y nuestra patria” (Cunin 2014, 113). La misma investigadora argumenta, sin embargo, que los criterios de selección fueron “muy ambiguos desde el origen, oscilando entre motivación económica ligada al estado del mercado de trabajo, e ideológica racial” (114), lo que dio lugar a una fuerte discrecionalidad en el proceso de selección.

Posteriormente, la Ley de Migración de 1930 resultó ser mucho más restrictiva que su antecesora de 1926, pues establecía que la autorización de ingreso a los extranjeros estaría permitida sólo a aquellos que fueran fácilmente asimilables, aunque también estaban presentes criterios sanitarios y económicos. Se trata según Cunin (116) de un “posicionamiento más ideológico, que vincula inmigración y definición de la sociedad nacional”. Es justamente en estos años cuando “el prohibicionismo alcanzó uno de sus momentos cumbres, al quedar fundada la indeseabilidad en las razones más diversas: el color de piel, las nacionalidades, las ocupaciones, las profesiones, las costumbres, los hábitos y la religión de los extranjeros” (Yankelevich 2011, 44). Sin embargo, advierte Cunin, los términos de la selección no quedaron del todo definidos, además de que no remitían a grupos específicos, lo que le daba a la ley un carácter muy abstracto, pues a los elementos raciales se le asociaban otros factores “(económicos, sanitarios, morales) que intervienen en la selección de inmigración, en una superposición compleja, potencialmente contradictoria o inoperante, de reglas migratorias” (Cunin 2014, 116-117).

Como complemento de estas dos leyes aparecieron igualmente una serie de circulares confidenciales que resultaron ser mucho más radicales y explícitas, como la circular secreta núm. 250, de 1933, que especificaba las razas y los individuos cuya inmigración quedaba prohibida, o la núm. 157, de 1934, en la que las clasificaciones raciales se complejizaban de acuerdo a una guía etnográfica intitulada *Los rudimentos etnográficos de Europa, Asia, África y Oceanía* (119-121). La política migratoria continuaría diseñándose a mediados de la década de los años treinta, pero ahora como parte de una política mucho más amplia, de corte demográfico, lo que daría lugar a la Ley General de Población de 1936.<sup>1</sup> La entrada de extranjeros al país quedaría condicionada a las tablas diferenciales que se daban a conocer anualmente donde se establecían los límites de la inmigración y se definían las características que debían cumplir los extranjeros que deseaban establecerse en el país.

La implementación de esta política migratoria restrictiva y controladora provocó que la llegada de nuevos inmigrantes de origen libanés se detuviera casi por completo.<sup>2</sup> A partir de entonces, el arribo habría de ser más bien esporádico, y los viajes correspondieron a factores como el reagrupamiento familiar o la búsqueda de cónyuges de origen libanés. En cuanto a los migrantes de origen coreano, recordemos que después del barco de 1905 ya no se registran más entradas a México, sino hasta décadas muy posteriores.

Esta nueva política migratoria posrevolucionaria no sólo ponía restricciones en la entrada, sino que al mismo tiempo implemen-

<sup>1</sup> Esta nueva ley planteaba en su primer artículo la necesidad de aumentar la población para alcanzar el desarrollo, estableciendo tres vías. La primera era el crecimiento natural, la segunda la repatriación de mexicanos que trabajaban en el extranjero, en especial en los Estados Unidos, y la tercera era a través de la inmigración, que sería controlada por el Estado con el fin de procurar al país la mano de obra calificada y evitar, al mismo tiempo, la entrada de elementos no deseados (Echánove 1970, 3).

<sup>2</sup> El periodo más importante de llegada de migrantes libaneses se ubica en la década que corre entre 1919 y 1929, justo después de la Primera Guerra Mundial y poco antes de la Gran Depresión.

taba medidas de control de aquellos que habían ingresado con anterioridad. La creación del Registro Nacional de Extranjeros y la promoción de una política a favor de la naturalización fueron algunas de las medidas tomadas hacia los extranjeros residentes en el país que, como veremos, impactaron en forma diferente a los dos grupos de migrantes que nos ocupan.

### *El Registro Nacional de Extranjeros*

Inserto en la dinámica nacional en la que la inmigración extranjera se caracterizaba por ser libre, el gobierno no ponía especial interés en sus residentes de origen extranjero. Hasta antes de la década de 1920 no encontramos en nuestra búsqueda documental ninguna intención gubernamental por conocerlos detalladamente. Son pocos los documentos que encontramos en el Archivo General de Yucatán en los que se hace hincapié de la nacionalidad de estos personajes. De ahí que muchas veces nos fue difícil —y a veces hasta imposible— determinar si eran extranjeros, y, cuando lo eran, saber qué nacionalidad tenían. Esto se reveló sobre todo para la búsqueda de coreanos quienes, como ya dijimos, fueron poco a poco castellanizando sus nombres de pila y a veces hasta sus apellidos, complicando su localización en los documentos, pues incluso muchos de los que conservaron sus apellidos se confunden con los chinos.

Como respuesta a lo establecido en la Ley de Migración de 1926, las autoridades federales, estatales y municipales comenzaron a tomar las medidas necesarias para conocer y tener un control de la identidad y de las actividades de los extranjeros en el país. Esta Ley establecía que todos los extranjeros y mexicanos estaban obligados a tener una Tarjeta Individual de Identificación para entrar o salir del país a fin de poder generar estadísticas migratorias.<sup>3</sup> Se creaba así el Registro de Extranjeros y Nacionales, por lo que los extranjeros que ya residían en el país debían

<sup>3</sup> Esta Ley tomaba en cuenta los dos afluentes de la migración: la entrada de extranjeros al país y la salida de mexicanos para trabajar principalmente en el país vecino del norte. La idea era controlar a los primeros y proteger a los

inscribirse en un Padrón Censal. Rodríguez Chávez explica que este “censo inicial e inscripción gradual de extranjeros en un registro único” se realizó bajo la supervisión del recién creado Departamento de Migración, de la Secretaría de Gobernación. Para este fin se habían establecido por todo el país unas 50 oficinas del Servicio de Migración, y en los lugares donde no había oficinas serían los propios ayuntamientos y delegaciones de los gobiernos locales quienes realizarían este trabajo, cuyos criterios se fueron estableciendo a través de diversas circulares ejecutivas, leyes y reglamentos de migración (Rodríguez Chávez 2010, 24).

La Ley de Migración de 1930 instituía formalmente lo que se denominaría Registro Nacional de Extranjeros, haciendo distinción de los nacionales. Se establecía que “todos los extranjeros radicados o que en el futuro radiquen en el país, quedan obligados a manifestar ante las autoridades correspondientes todas las circunstancias de su identificación personal” (Ota Mishima 1997, 12-13). Quedaban obligados a registrarse los varones, las mujeres (incluso las esposas de origen mexicano) y los hijos mayores de 15 años. Los menores debían ser manifestados por sus padres al reverso del documento.

Las autoridades de todos los niveles en el país comenzaron a recibir orientación a fin de dar a conocer el procedimiento a seguir para generar dicho Registro. A través de estos mecanismos el gobierno federal pretendía un mayor control de los extranjeros residentes en el territorio mexicano para evitar que aquellos que no tenían permiso de realizar actividades lucrativas las ejercieran y para impedir la competencia desfavorable con los nacionales. Es por esa razón que las autoridades federales solicitaban información sobre los extranjeros que se encontraban en cada localidad del territorio mexicano.<sup>4</sup>

El gobierno federal se planteó el objetivo de vigilar casi todos los aspectos relacionados con la vida de los extranjeros residen-

---

segundos, sobre todo en un momento de repatriaciones masivas de braceros mexicanos (Yankelevich 2009, 194)

<sup>4</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 29, vol. 59, exp. 6, Oficio núm. 2 del Oficial Mayor al Presidente Municipal.

tes en el país. Incluso se trató de controlar desde las oficinas de la Secretaría de Gobernación cuestiones como las multas, pues desde esta dependencia se informaba a los presidentes municipales de las sanciones a las que los extranjeros podían incurrir. Las autoridades locales debían informar a las oficinas centrales de la falta cometida, así como datos personales del extranjero que incluían la situación económica, a fin de que las autoridades federales determinaran la pena que correspondía, según la falta y según la posición económica del individuo.<sup>5</sup> Otra obligación de los extranjeros era la de avisar cualquier cambio de domicilio. Es decir continuaban teniendo la libertad de establecerse en el lugar de su preferencia, pero debían seguir un trámite ante las autoridades locales a fin de que estas pudieran tener el control de los extranjeros que vivían en su jurisdicción o bien dar de baja a aquellos que se mudaran a otro municipio, de acuerdo con los Artículos 249, 250 y 251 de la Ley de Migración de 1930.<sup>6</sup>

Así, por ejemplo, encontramos información como la de Jorge Badías que nació en Monte Libano en 1883 y llegó a Motul en 1901 a la edad de 18 años. En 1928 informaba a las autoridades locales que tenía un establecimiento mercantil en sociedad ubicado en la casa número 316 de la calle 29, con un capital propio de más de 10 000 pesos y que, para atestiguar la información, proponía a los señores Manuel Estéfano, Elías Siqueff, Juan Alonzo y Gonzalo Aguilar. Jorge solicitaba en ese año permiso para ir de viaje a su tierra natal y visitar a sus familiares.<sup>7</sup> Pero al parecer el viaje se alargó pues en 1931 cuando la Secretaría de Hacienda lo buscaba para cobrarle impuestos atrasados, las autoridades motuleñas informaban que Jorge Badías radicaba en ese momento en Turquía por lo que ignoraban su domicilio particular.

<sup>5</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 24, vol. 60, exp. 9, Circular núm. 281 del 13 de septiembre de 1932 del Jefe del Departamento de Migración.

<sup>6</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 37, vol. 82, exp. 8, Circular núm. 36, del 6 de febrero de 1940 del Departamento de Migración.

<sup>7</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 21, vol. 52, exp. 7, escrito del 18 de septiembre de 1928.

Para junio de 1934 las autoridades migratorias de la Secretaría de Gobernación instaladas en el puerto de Progreso consideraban que los presidentes municipales del interior del estado no habían dado el debido cumplimiento con el registro de los extranjeros que ahí radicaban, “cosa que no preocupaba en nada a las citadas autoridades”.<sup>8</sup> Efectivamente, encontramos que para el caso de Motul, las autoridades locales reconocían que existían algunos problemas logísticos para llevar a cabo dicha tarea. Informaban que una de las causas por las que los extranjeros no se inscribían en el Registro era la falta de documentos probatorios, pues durante la época de la inmigración libre no había aún oficinas migratorias y, por lo tanto, como lo vimos en el capítulo anterior para los coreanos, no existía un control administrativo tan detallado de aquellos que entraban al país. Esto se hacía necesario, pues la Ley establecía que los extranjeros que habían entrado antes de 1929 “tenían que comprobar su calidad migratoria, residencia y estancia legal, con documentos oficiales que aseguraran la ejecución de un acto civil o mercantil, además de los pasaportes sellados por las oficinas de migración” (Hernández Juárez 2012, 63).

Las autoridades motuleñas justificaban igualmente estas complicaciones aludiendo a los trabajos que hasta entonces habían desempeñado algunos de los migrantes que ahí residían. Se argumentaba que los extranjeros (en especial los de origen chino y coreano) trabajaban en esa localidad en el cultivo de hortalizas, lo que los ponía en la imposibilidad de poseer documentos, pues habido sido siempre peones, han estado constantemente subordinados al propietario de la parcela que cultivan.<sup>9</sup> Otra explicación de las autoridades se fundamentaba en las malas condiciones económicas de los migrantes, lo que les imposibilitaba erogar cantidad alguna para conseguir dichos documentos.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 27, vol. 65, exp. 6, Circular núm. 11, 22 junio 1934, del Oficial Mayor.

<sup>9</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 26, vol. 64, exp. 4, Oficio núm. 566 del 3 de diciembre de 1934 del Presidente Municipal a la Secretaría de Gobernación.

<sup>10</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 26, vol. 63, exp. 1, Oficio S/N del 18 de julio de 1934 del secretario del H. Consejo Municipal.

A estas razones oficiales habría que añadir que, sobre todo para los coreanos, la vida rural no les planteaba exigencias administrativas como la posesión de papeles ni la regularización de su situación como extranjeros residentes en el país.

Para poderse registrar era necesario presentar comprobantes anuales de la estancia de los extranjeros desde 1929, así por ejemplo encontramos que Antonio Sosa Yu, de nacionalidad coreana, acreditaba su estancia gracias a los documentos presentados por dos comerciantes de la plaza de Motul y dos de sus vecinos.<sup>11</sup> Manuel Ancona Chan, también coreano, demostraba igualmente su residencia desde 1929 hasta 1934 con los recibos de renta de su casa. Los libaneses, por su parte, se apoyaban entre ellos mismos para demostrar una residencia continua; encontramos así el caso de Jorge Siqueff, quien como ciudadano naturalizado certificaba la residencia en el país de su paisana de origen libanés María Borge y Borge.<sup>12</sup>

El registro de los extranjeros dio la oportunidad de obtener un documento oficial a muchos de los inmigrantes que habían entrado con anterioridad y que no poseían papeles; la tarjeta F-14 se convertiría en el único documento legal firmado por las autoridades mexicanas que les serviría para demostrar su identidad, estancia, nacionalidad, fecha de entrada, etc. Así encontramos por ejemplo que, en Motul, Manuel Ancona Chan solicitaba a la Secretaría de Gobernación que se le expidiera la tarjeta F-14 pues argumentaba que carecía de otra clase de comprobantes.<sup>13</sup> La inmigrante Issa Daguer solicitaba igualmente la expedición de la tarjeta.<sup>14</sup> Xama

<sup>11</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 26, vol. 64, exp. 4, Oficio núm. 608 del 9 de diciembre de 1934, del secretario del H. Concejo Municipal a la Secretaría de Gobernación.

<sup>12</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 28, vol. 67, exp. 4, Oficio núm. 129, del 13 de febrero de 1935, del Presidente Municipal a la Secretaría de Gobernación.

<sup>13</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 28, vol. 67, exp. 4, Oficio núm. 149 del 19 de febrero de 1935, del Presidente Municipal a la Secretaría de Gobernación.

<sup>14</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 27, vol. 66, exp. 6, Oficio núm. 214 del Presidente Municipal al Jefe del Departamento de Migración.

Abraham Siqueff, quien declaró tener nacionalidad siria, también hacía sus trámites para recibir la F-14 en febrero de 1935; tras comprobar su estancia continua en el país durante los últimos cinco años,<sup>15</sup> la recibió dos meses más tarde. De veinte tarjetas F-14 que fueron entregadas a extranjeros residentes en Motul en el mes de febrero de 1935, ocho correspondían a libaneses (tres eran mujeres), once presentan apellido del Extremo Oriente, de los cuales nos atreveremos a presumir que todos de origen chino, y otro más se apellidaba Rodríguez Martínez.<sup>16</sup>

A pesar de las dificultades para realizar el trámite, no consideramos que, por ejemplo, para el caso del municipio de Motul, el registro de extranjeros haya sido demasiado deficiente. La relación que encontramos de 1939 presentada por las autoridades motuleñas relaciona 54 extranjeros registrados desde 1934.<sup>17</sup> Aunque en dicha relación no se especifica la nacionalidad, intuimos que 22 son de origen libanés (de los cuales siete eran mujeres) cuyos apellidos son de fácil reconocimiento. Se pueden contar igualmente 27 que presentan apellido de Asia oriental, de los cuales nos atreveríamos a decir que sólo tres son coreanos (Samuel Pérez Lías, Manuel Chan Ancona y Antonio Gu Sosa). De los cinco restantes no es posible saber su procedencia. Si hacemos el cotejo entre la información que arroja el censo de 1930 y esta relación tenemos lo siguiente: de los que aparecen en el censo, 83 deberían haberse registrado, sin embargo, sólo encontramos 14 en la relación de 1939. Es decir que en dicha relación podemos observar el nombre de otros 40 extranjeros que no fueron censados. De los 83 del censo de 1930, ocho eran esposas mexicanas (ninguna registrada) y 18 habían nacido en territorio mexicano, de los cuales sólo uno realizó su trámite de

<sup>15</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 28, vol. 67, exp. 4, Oficio núm. 145 del 18 febrero de 1935 de la Presidencia Municipal al Departamento de Migración.

<sup>16</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 28, vol. 67, exp.4, Oficio núm. 118 del 11 de febrero de 1935 del Presidente Municipal al Departamento de Migración.

<sup>17</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 35, vol. 79, exp. 3, Oficio del 14 de febrero de 1939, del Presidente Municipal.

registro. Cabe mencionar que aquellos que tenían en sus manos cartas de naturalización eran eximidos del registro, no así los que se encontraban haciendo el trámite.<sup>18</sup>

En tiempos de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno nacional manifestaba a través de sus circulares la necesidad ejercer un control más estricto sobre los extranjeros radicados en el país y remarcaba las omisiones que todavía se detectaban del cumplimiento de la disposición reglamentaria, sobre todo lo que se refiere a los avisos de cambio de domicilio.<sup>19</sup> Solicitaban igualmente la actualización del Padrón de Extranjeros y hasta amenazaban con sancionar a los funcionarios o empleados que no cumplieran con los acuerdos de la Secretaría.<sup>20</sup> Igualmente, los extranjeros que no se registraran serían sancionados, como ocurrió con Abraham Pedro Iriete, a quien se le impuso una multa por 25 pesos.<sup>21</sup>

En el Archivo General de la Nación existen en total 123 registros de coreanos residentes en el país que datan de los primeros años de la década de 1940 (diez de ellos, nacidos en territorio mexicano). Suponemos que estos registros respondieron al llamado de la actualización del padrón, sobre todo porque los coreanos debieron ser considerados como japoneses debido a que Corea era en ese entonces un protectorado de Japón, país que se convirtió en enemigo luego de que México entrara en el conflicto mundial. De hecho pudimos observar que una buena parte de los coreanos registrados ya había realizado el trámite a principio de la década de 1930. Sin embargo no encontramos los documentos de ese primer trámite, pues en el archivo sólo

<sup>18</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 27, vol. 65, exp. 13, Circular núm. 4 del 9 de marzo de 1934, del Oficial Mayor a los presidentes municipales.

<sup>19</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 28, vol. 82, exp. 8, Circular núm. 36 del 6 de febrero de 1940, del Jefe del Departamento Demográfico a los gobernadores.

<sup>20</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 37, vol. 82, exp. 8, Circular núm. 14 de junio de 1940, del Oficial Mayor a los presidentes municipales.

<sup>21</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 37, vol. 82, exp. 3, Oficio núm. 355.315.1°40°/1 del 3 de marzo de 1940 de la Secretaría de Gobernación.

existen dos cajas con los documentos de extranjeros de origen coreano.<sup>22</sup> Los 123 registros se dividen de la siguiente manera:

Estado	Cantidad
Baja California	2
Campeche	2
Chiapas	1
Chihuahua	1
Distrito Federal	26
Nuevo León	1
Puebla	1
Chetumal	8
San Luis Potosí	1
Sonora	2
Tabasco	7
Tamaulipas	5
Veracruz	32
Yucatán	33

Con el fin de tener una idea de la representatividad de estos 123 registros, habríamos de tomar en cuenta que si en 1905 las autoridades yucatecas reportaron la presencia de 1 014, 1909 se contabilizaban, como dijimos en el capítulo anterior, 682 (más 54 que había muerto). Un año después, el censo de 1910 contabilizó 310 coreanos en México, es decir 372 menos. Esta desaparición gradual de coreanos en las cifras oficiales se acentuó en el censo de 1920, que registró solamente 254 coreanos, de los cuales 131 residían en Yucatán. Lo que sí sabemos con certeza, según las investigaciones de Kim y Ruiz (1971), es que en 1921 salió de México un grupo de más o menos 288 coreanos con destino a Cuba, de los cuales al menos 119 eran adultos, lo que

<sup>22</sup> Es importante no perder de vista que el origen de estos 123 migrantes se remonta a la llegada a Yucatán de aquel contingente de 1 014 coreanos en 1905.

indica que varios componentes de ese grupo eran ya miembros de la segunda generación nacida en territorio mexicano.

Finalmente contamos con la información del censo de 1930, el cual registró un total de 219 coreanos repartidos por todo el país (101 en Yucatán). El censo de 1940 no aporta información a este respecto, porque no toma en cuenta esta nacionalidad y aunque pensáramos que los coreanos están incluidos en el apartado “otras nacionalidades de Asia, África y Oceanía”, el número no se sostiene, pues para Yucatán sólo habla de 28.

Aunque creemos, debido a estas imprecisiones, que el número de 219 que nos arroja el censo de 1930 no representa al total de los coreanos residentes en México, lo tomaremos como referencia porque es la única evidencia con la que contamos. En este sentido podemos decir que los que se registraron fueron alrededor del 51 % para todo el país, pero la tendencia de registro para Yucatán es mucho menor, pues corresponde más o menos al 31 %, y sólo uno, Manuel Ancona Chan, marca como lugar de residencia Motul. Es importante mencionar aquí uno de los aspectos que nos llamó la atención en estos registros, nos referimos a la presencia de las mujeres coreanas. En total son 23: cinco de las mismas nacieron en México, sólo una vive en Yucatán y veinte se dedican a las labores domésticas.

En cuanto a los libaneses tenemos que en el Archivo General de la Nación se encuentran más de cinco mil registros para todo el país, de los cuales alrededor de 265 tarjetas corresponden a libaneses radicados en Yucatán (92 mujeres, 172 hombres y un total de 23 nacidos en territorio mexicano). La mayoría de estos registros se tramitaron entre 1934 y 1937. Si tomamos en cuenta el total de libaneses que reporta el censo de 1940 de 213 (naturalizados incluidos), podemos decir que durante la década de los años treinta un porcentaje bastante alto realizó su trámite para ingresar al Registro Nacional de Extranjeros. Sin embargo, al cotejar los datos obtenidos con respecto al municipio de Motul, ahí la información ya no resulta tan evidente. Encontramos para este municipio sólo nueve registros y si comparamos esta información con la antes mencionada relación que presentaron

las autoridades motuleñas en 1939, en la que se contabilizan 22 libaneses, podemos observar que ocho de los nueve registros aparecen en la lista. La pregunta es, ¿dónde están los registros de los demás libaneses de la relación?

Podemos concluir que, a pesar de la obligatoriedad los coreanos en general, y sobre todo en Yucatán, respondieron poco al llamado del Registro Nacional de Extranjeros, o por lo menos lo hicieron en menor medida que los libaneses pues aunque los números no coinciden, notamos que, en los documentos de los archivos que revisamos para el municipio de Motul, hubo una proporción mayor de libaneses que realizaron el trámite del registro que entre los coreanos.

#### *Las naturalizaciones*

Al mismo tiempo que el gobierno mexicano se planteaba el objetivo de elaborar un Registro Nacional de Extranjeros, se establecía una política para promover la naturalización, pues según Salazar “muchos de ellos habían apelado a su nacionalidad extranjera para obviar algunas obligaciones con el gobierno mexicano o para lograr el apoyo de sus legaciones de origen cuando se sentían afectados por alguna medida nacionalista” (Salazar 2010b, 78). De igual manera, los requisitos impuestos por la Ley General del Trabajo de 1931 orillaron a la naturalización de los extranjeros, y lo mismo había logrado, según Salazar, el miedo a perder sus propiedades “frente a las acciones nacionalistas de los gobiernos posrevolucionarios” (*ibid.*).

Con el fin de facilitar la naturalización, en 1927 llegaron a Motul las instrucciones giradas por la Secretaría de Gobernación en una circular de 1923, en la que se solicitaba recabar información de los extranjeros que desearan naturalizarse mexicanos ante la Secretaría de Relaciones Exteriores, apelando al Artículo 12 de la Ley de Extranjería y Naturalización.<sup>23</sup> Para realizar el trámite a finales de esa década era necesario presentar dos cartas de

<sup>23</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 21, vol. 53, exp. 5, Circular núm. 15 del 29 de diciembre de 1927 del Oficial Mayor al Presidente Municipal.

buena conducta firmadas por vecinos, dos fotografías y un certificado de buena salud, así como documentos probatorios sobre la nacionalidad y la fecha de entrada al país. Las autoridades locales estaban obligadas a llenar los formatos donde se informaba el nombre, la edad, la ocupación, el sexo, el estado civil, el lugar y la fecha de nacimiento, el lugar y la fecha de entrada al país, las motivaciones para realizar la naturalización, referencias y el capital con el que se disponía, además de que siempre se aclaraba si el solicitante había radicado de forma continua en el país desde su llegada o si había sido objeto de alguna expulsión.

Como ya mencionamos, una de las principales dificultades administrativas de estos extranjeros era la presentación de documentos para avalar tanto la nacionalidad como la fecha de entrada al país. Encontramos que en general los coreanos que solicitaron su naturalización declaraban no poseer documentos que ampararan su entrada y haber extraviado los que comprobaban su nacionalidad. Por su parte, los libaneses que habían entrado al país antes de 1920 tampoco tenían documentos migratorios. La diferencia con respecto a los coreanos es que a principios de esa década, debido a la situación política del Líbano, que se había convertido en un protectorado francés, los libaneses gozaron de una representación consular que les facilitaría sus trámites administrativos. Así, encontramos que el cónsul francés extendía certificados y pasaportes amparando la nacionalidad de aquellos que hacían uso de este derecho. Ahora bien, los que llegaron a finales de los años veinte no sólo ya poseían pasaporte sino que también presentaban un visado de las oficinas migratorias mexicanas, lo cual sin duda representaba menos contratiempos para realizar el trámite.

Quizás uno de los aspectos más destacados en la vida de un inmigrante extranjero a principios del siglo xx era la decisión de adquirir la nacionalidad mexicana, que implicaba una renuncia expresa a su nacionalidad de origen, pues en ese entonces no había acuerdos de ciudadanía múltiple. En este contexto, las estrategias gubernamentales para fomentar la naturalización de los extranjeros surtieron efecto, y a finales de los años veinte y

durante la década siguiente, fueron varios los libaneses y unos cuantos coreanos residentes en el país quienes tramitaron su naturalización. Para el caso de Motul, encontramos que, de los extranjeros que registra el censo de 1930, once —todos libaneses— estaban naturalizados. Esta tendencia se extiende para todo Yucatán, pues encontramos que en el censo de 1950, de los 218 (134 hombres y 84 mujeres) que se contabilizaban para ese entonces, sólo 88 conservaban su nacionalidad extranjera (62 hombres y 26 mujeres). Lo que resalta aún más es que esta tendencia también involucró al sector femenino de esta inmigración. Cabe aclarar aquí que en la revisión documental no notamos ningún tipo de restricciones o trabas impuestas por las autoridades locales, estatales ni federales en las solicitudes de libaneses y coreanos para realizar el trámite de naturalización. Lo que sí observamos es que el proceso resultaba complicado y por lo mismo tomaba mucho tiempo, en la mayoría de los casos que encontramos, más de dos años.

Quizás uno de los primeros libaneses radicado en la ciudad de Motul en adquirir la nacionalidad mexicana fue Elías A. Siqueff, quien comenzó sus trámites desde 1927. Un antecedente importante de este extranjero es que en 1925 realizó una compra de un bien inmueble en el municipio de Motul. En el documento se puede leer que Elías se declaraba como mexicano por naturalización sin haber realizado todavía el trámite.<sup>24</sup> En la solicitud de naturalización de Elías se observa que en esa época era soltero, comerciante, tenía 35 años y vivía en la casa 301 de la calle 26, era natural de Monte Líbano y especificaba su nacionalidad sirio-libanesa, aunque no tenía manera de comprobarla por falta de documentos, argumentando que se le habían extraviado. También expresaba su deseo de ser ciudadano mexicano y de renunciar a su nacionalidad de origen, y que había entrado a Yucatán por Progreso, en 1902.<sup>25</sup> Para responder a la solici-

<sup>24</sup> AGEY, Registro Público de la Propiedad, Motul, Fincas Urbanas, 1917, libro núm. 1255, núm. 284.

<sup>25</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 21, vol. 53, exp. 1, Oficio núm. 689, del Presidente Municipal a la Secretaría de Relaciones Exteriores.

tud de la Secretaría de Relaciones sobre la conducta, los antecedentes y las costumbres de Elías Siqueff, las autoridades motuleñas informaban que mantenía buenas relaciones con Vicente Álvarez, Manuel Eljure y José Mena Essef —todos comerciantes establecidos en Mérida—, que tenía un capital aproximado de 20 000 pesos y que estaba dedicado a atender su establecimiento de lencería. Desde que llegó al país, Elías radicaba en Motul y manifestaba su deseo de “quedarse definitivamente en México, formar hogar y adquirir propiedades”.<sup>26</sup>

De la misma familia y pionero también en el trámite de naturalización encontramos a Jorge Siqueff, a cuyo trámite le antecede la compra en 1918 de una casa ubicada en la calle 27 número 315 en la ciudad de Motul por 8 000 pesos. En el documento de compra se hacía constar que “conforme a las leyes actuales, el señor Jorge E. Siqueff renuncia a su nacionalidad por lo que se refiere al predio comprado”.<sup>27</sup> Pero Jorge no sólo era pionero de este tipo de trámite, sino también de la propia inmigración libanesa en Motul, pues había llegado en 1887. Para 1929 cuando comienza sus trámites de naturalización, a los 63 años de edad, se le describe como comerciante y propietario de fincas. El mismo presidente municipal se pone como una de sus referencias y afirma que es un “prestigioso hombre cumplido y honrado”.<sup>28</sup>

Sin duda alguna el deseo de adquirir propiedades fue uno de los motivos que influyó en algunos de los inmigrantes para naturalizarse mexicanos. Javier Corona cuenta con respecto a la adquisición de la casa sede de la Asociación Coreana que

tenían que naturalizarse, tenían que poner las cosas legales. Entonces... logran poco a poco juntar dinero y, bueno, querían comprar una casa... no se las podían vender porque no eran mexicanos. Entonces se tuvieron que naturalizar algunos... para comprar la casa.<sup>29</sup>

<sup>26</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 21, vol. 52, exp. 3, Oficio núm. 777, del 7 de marzo de 1928 del Presidente Municipal al Oficial Mayor.

<sup>27</sup> AGEY, Registro Público de la Propiedad, Motul, Fincas Urbanas, 1917, libro núm. 1255, núm. 597.

<sup>28</sup> AGN, Naturalizaciones, 2/361.2868, caja 32, exp. 9.

<sup>29</sup> Entrevista realizada a Javier Corona en la ciudad de Mérida, el 10 de abril de 2010

Cabe señalar, sin embargo, que entre los coreanos no fue frecuente la naturalización, lo que llama aún más la atención si pensamos que tampoco tenían en territorio mexicano una protección consular.<sup>30</sup> En la revisión que hicimos en el Archivo General de la Nación encontramos información sobre trámites de naturalización de 24 coreanos, todos hombres, de los cuales 12 vivían en Yucatán (nueve en Mérida, dos en Progreso y uno en Motul). Un aspecto importante de estos 24 coreanos, es que sólo dos seguían siendo jornaleros. La mayoría se declaraba comerciante, aunque también había un zapatero, tres mecánicos y un contratista de cortadores henequeneros. Para el caso de los libaneses obtuvimos información de 124 expedientes de solicitud, todos residentes en Yucatán, de los cuales sólo cinco son de Motul. Aunque no fue posible saber la ocupación de los 124 solicitantes, notamos que la gran mayoría declaró ser comerciante, cinco eran empleados de comercio, dos sastres, dos agricultores y un propagandista del partido socialista, cuyas actividades lo pusieron fuera de la ley por inmiscuirse en asuntos de política nacional, algo que estaba estrictamente prohibido e incluso podía ser considerado motivo de expulsión, según el artículo 33 de la Constitución Política de 1917.

Los trámites de solicitud que encontramos, datan desde 1926 hasta 1941, localizándose la mayoría en los primeros tres años de la década de 1930. Si tomamos en cuenta los datos del censo de 1940, que indican que en Yucatán había para entonces 121 libaneses naturalizados, podemos concluir que un alto porcentaje de las solicitudes que se encuentran en el Archivo General de la Nación llegaron hasta el final. Sin embargo, si tomamos en cuenta lo que ese mismo censo indica para la naturalización de las mujeres (50 en total), los datos ya no coinciden, pues nosotros encontramos solamente cinco expedientes de solicitud hechos por mujeres. Por esta razón insistimos en tomar con precaución los datos de los

<sup>30</sup> A pesar de que Corea se había convertido en un protectorado de Japón, los coreanos radicados en México no se acercaron a la legación de ese país debido a que el protectorado era resultado de una invasión con la que no estaban de acuerdo.

censos de aquella época. En lo que se refiere a las solicitudes de los coreanos, no encontramos ninguna mujer, ni dentro ni fuera de Yucatán.

Otro factor a tomar en consideración es que, de las 134 solicitudes de libaneses, 20 registran su lugar de nacimiento en Yucatán. De los 12 coreanos residentes en el estado, dos habían nacido en el país, uno de los cuales era el único que radicaba en la ciudad de Mótul y era comerciante. Esta situación cambiaría a partir de 1934, cuando la Ley de Naturalización y Nacionalidad estableció que serían mexicanos por nacimiento los que nacieran en territorio de la República, sea cual fuere la nacionalidad de sus padres. Así, por ejemplo, Manuel Jure —nacido en la ciudad de Motul— al cumplir 18 años solicitó información a las autoridades locales con el fin de recabar la documentación que comprobara su nacionalidad mexicana.<sup>31</sup> Asimismo Álvaro Chaljub recibía un oficio en el que se le informaba que, según la ley, “podría considerársele mexicano por nacimiento y por tanto sin la obligación que a los extranjeros impone la disposición del Registro”.<sup>32</sup>

En resumen, podemos decir que, al igual que con el Registro Nacional de Extranjeros, los libaneses respondieron mucho más a las políticas de promoción de la naturalización. El desarrollo de la vida urbana de estos inmigrantes —en la que el comercio, la posesión de fuertes capitales y la adquisición de bienes inmuebles fueron factores importantes— los impulsó a apegarse a las normas migratorias que poco a poco se establecieron durante el siglo xx. Los coreanos, por su parte, que en general realizaban actividades más de tipo rural y se encontraban dispersos en el campo yucateco, respondieron menos a las presiones nacionalistas del gobierno mexicano a pesar de su carácter obligatorio y los que lo hicieron se caracterizan por tener una vida más urbana.

<sup>31</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 26, vol. 63, exp. 3. Escrito de Manuel Jure del 13 de agosto de 1934.

<sup>32</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 26, vol. 63, exp. 4. Oficio del 18 de agosto de 1934 del secretario del H. Concejo Municipal.

ESTRATEGIAS DE ORGANIZACIÓN.  
COMUNIDAD O DISPERSIÓN

Una vez revisadas las respuestas de los migrantes libaneses y coreanos hacia las disposiciones nacionalistas establecidas por el gobierno mexicano, llegó el momento de hacer un análisis de sus estrategias de organización y asociación en tanto que grupos migratorios. Estas dos perspectivas, la de los migrantes de cara al Estado-nación y la de los migrantes de cara a sus propias redes sociales y asociaciones, nos ayudarán a tener más elementos para comprender por qué los procesos de integración que experimentaron ambas migraciones fueron tan diferenciados.

Consideramos que para el análisis de la integración de libaneses y coreanos en Yucatán que trataremos de desmenuzar aquí, y en los dos capítulos siguientes, es necesario hacer una breve explicación de las teorías que utilizaremos y que han sido desarrolladas por Alejandro Portes, uno de los principales exponentes de la sociología económica de las migraciones internacionales, y que se refieren a las redes sociales y al capital social. Esta explicación teórica se hace pertinente sobre todo cuando observamos que en la actualidad existe una gran variedad de teorías para estudiar un fenómeno que resulta ser demasiado diverso y multifacético como para que una sola pueda explicarlo. Los dos grupos de extranjeros que aquí nos ocupan, como vemos, resultan el más claro ejemplo de lo diferenciadas que pueden ser estos movimientos.

Para Portes, las redes sociales no se dan de manera natural sino que se van construyendo mediante estrategias orientadas hacia la institucionalización de relaciones grupales que tienen la intención de aportar otros beneficios tales como recursos económicos o bien aumentar el capital cultural (Portes 2012, 84). En lo que se refiere al concepto de capital social aplicado al fenómeno migratorio, este autor se basa en la definición que hace Bourdieu y la entiende como un “agregado de los recursos reales o potenciales que se vinculan con la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento o

reconocimiento mutuo” (84). Aquí la atención se centra en los beneficios que obtienen los migrantes en virtud de su participación en un grupo cuya base la constituyen, sobre todo, la solidaridad y el apoyo recíproco. Entonces, el capital social es generado por el cumplimiento disciplinado de los miembros individuales con las expectativas del grupo. La conducta del actor no está orientada en términos individuales sino que se apega al tejido de las relaciones sociales de la comunidad entera (Portes y Sensenbrenner 1993, 1325).

Portes y Sensenbrenner (1323-1327) enumeran las cuatro fuentes del capital social: la primera la denominan introyección de valores, la cual “hace hincapié en el carácter moral de las transacciones económicas, que se rigen por imperativos de valores aprendidos durante el proceso de socialización”, y que “mueve a individuos a comportarse de maneras que no se corresponden con la mera codicia”. La segunda fuente tiene que ver con los intercambios de reciprocidad, se centra en las dinámicas de afiliación al grupo, donde una serie de favores, información, aprobación y otros ítems valorados se dan y se reciben. Las transacciones no involucran dinero o bienes materiales sino “intangibles sociales”, es decir, relaciones. La tercera es la solidaridad circunscrita que surge por “la reacción situacional de una clase de personas frente a adversidades comunes”, lo que dará lugar, si el sentimiento es fuerte, al cumplimiento de normas de apoyo mutuo. Por último está la confianza exigible que se refiere a la “capacidad sancionadora interna de la propia comunidad”.

El primer contraste que debemos destacar aquí es que la migración coreana no pudo desarrollar en territorio yucateco, a pesar de los intentos, estas estrategias de organización y hasta de supervivencia de largo plazo que en otros casos migratorios, como el de los libaneses, facilitaron los procesos de integración social, civil y –sobre todo– económica.

El objetivo es, entonces, desvelar cuáles fueron los aspectos que volvieron difícil para los coreanos la consolidación de estas estrategias de integración. Ribas Mateos afirma que “el análisis

de las redes en las migraciones implica reforzar el papel de las familias como agentes migratorios” (Ribas Mateos 2004, 85) y la de los coreanos no fue una migración familiar. Paeck (1968, 27) identifica 802 hombres y 231 mujeres y niños. Por su parte Nam (2006, 49) dice que fueron 702 hombres, 135 mujeres y 196 niños y niñas. Entonces, la mayoría de los que llegaron fueron hombres solos que hicieron o rehicieron sus vidas familiares con mujeres yucatecas, sobre todo mayas, como lo veremos en el siguiente capítulo cuando tratemos más específicamente a estos migrantes en el municipio de Motul.

Sin bien es cierto que las niñas coreanas fueron mucho más sometidas a matrimonios arreglados entre los padres, los varones tuvieron mayor libertad a la hora de construir una familia. Este rápido mestizaje por parte de los coreanos, aunado a la dispersión geográfica, de la que hablamos en el capítulo anterior, complicó el establecimiento de redes sociales estrechas entre estos migrantes. Al mestizaje y a la dispersión habría que añadir también el hecho de que la colonia no fue alimentada con la llegada de nuevos inmigrantes, por lo que no se pudo establecer una migración en cadena que facilitara la consolidación de redes sociales. Como ya lo hemos dicho, después de aquel barco de 1905 no se registran más entradas de coreanos a México sino hasta años muy posteriores, lo que dio lugar a una comunidad con características completamente diferentes a las de aquellos que entraron en 1905. La perspectiva teórica que decidimos utilizar aquí nos ayudará entonces a entender las causas de la lenta movilidad social que experimentaron los coreanos en Yucatán a través de las generaciones.

Para el caso de la migración libanesa, ya Ramírez (2012) ha explicado cómo la estructura familiar resultó clave para la organización y conservación de la vida comunitaria,<sup>33</sup> sobre todo ahí donde se pudo establecer la endogamia y la solidaridad económica. Con

<sup>33</sup> De los 511 hogares de inmigrantes siro-libaneses que identificó Ramírez en Yucatán para el periodo de 1878-1972, 262 estaban compuestos por ambos padres inmigrantes, 71 corresponden a hogares de padre inmigrante y madre mexicana. Los solteros eran 121 hombres y 17 mujeres. Por último, se registran 40 viudos (Ramírez 2012, 113-115).

una trayectoria migratoria completamente diferente observamos que los libaneses lograron construir un fuerte capital social que se vio igualmente favorecido con la migración en cadena y la concentración geográfica en los principales centros urbanos de la región durante las primeras décadas del siglo xx. En la ciudad de Mérida, por ejemplo, lograron conformar un espacio propio concentrándose en el suburbio de La Mejorada, donde se crearon relaciones de dependencia económica y social. La solidaridad y la cooperación entre los *paisanos*, también se traducía en hospitalidad, pues en ocasiones varias familias compartían una misma casa, lo que se tradujo en una fuerte endogamia.

Las dinámicas de las redes construidas en Yucatán por los inmigrantes libaneses crearon, a diferencia de lo ocurrido con los coreanos, oportunidades económicas y sociales que llegaron, como lo vamos a ver en el último capítulo, hasta sus descendientes, hijos y también nietos. Por supuesto, se trata de una red que se tejió no sólo dentro de una localidad, sino que se extendió a lo largo de los municipios yucatecos. Incluso aquellos de origen no libanés que se integraron a dichas familias se insertaron y fusionaron dentro de este esquema. Cuevas Seba (2009, 155), descendiente de libaneses, nos cuenta en su libro que las mujeres mexicanas casadas con inmigrantes libaneses fueron recibidas en las casas de los parientes del marido y las de las vecinas para que aprendieran todo lo relacionado con la cocina. Entre nuestros entrevistados encontramos que el marido yucateco de Amira Simón<sup>34</sup> terminó trabajando con ella en su tienda en Baca encargándose de los abarrotes, y el marido de Sahara Pedro, también yucateco, vendía como ambulante en los pueblos aledaños de Motul.<sup>35</sup>

La antropóloga resalta, también, la gran solidaridad y cooperación entre las familias de *paisanos* y dice: “los mayoristas libaneses y sirios surtían a sus ‘paisanos’ con créditos a la palabra

<sup>34</sup> Entrevista realizada a Amira Simón en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.

<sup>35</sup> Entrevista realizada a Sahara Pedro en la ciudad de Motul, el 22 de agosto de 2013.

o al honor, ya que sus ojos no veían un cliente sin capital ni historial crediticio, sino a un compatriota en desgracia” (Cuevas Seba 2009, 194). Los archivos judiciales nos permitieron en el capítulo anterior ofrecer algunos ejemplos que terminaron todos en querrelas legales, pero que también exhiben el ejercicio de una de las fuentes del capital social: la confianza exigible, pues se ejercía la capacidad sancionadora ante aquellos que no cumplían con sus compromisos. Es así que encontramos diferentes demandas entre los miembros de la misma comunidad ante las autoridades por abuso de confianza al no pagar las deudas.

Tenemos que mencionar sin embargo que no todas las experiencias terminaron mal. Así, por ejemplo, tenemos el caso de nuestra entrevistada Amira Simón, quien gracias a don Antonio pudo poner su establecimiento en Baca, pues le dijo: “vete a la tienda al puerto de Progreso, escoge lo que quieras llevar; cuando lo vendas, me lo pagas”.<sup>36</sup> De esta manera, Amira salió de problemas económicos y se hizo de un capital que en su momento le permitió establecerse con sus seis hijas en la ciudad de Mérida. Su marido la alcanzaría años más tarde. La relación de Amira con la familia de don Antonio llegaría hasta la actualidad: una de sus hijas se casaría con un nieto de aquel.

Ciertamente sería larga la lista de ejemplos en los que se puede observar el deber moral de los migrantes libaneses de ayudar a sus *paisanos* frente a las adversidades, sobre todo a los recién llegados. No olvidemos, como ya lo hemos mencionado, que a diferencia de los coreanos que llegaron enganchados y en un solo barco, la llegada de libaneses respondió más al esquema de migración libre y espontánea que dio lugar a una llegada de tipo comunitaria —con altibajos, pero continua— hasta mediados del siglo xx.<sup>37</sup> Ramírez (2012) explica cómo los libaneses lograron formar y consolidar una comunidad en Yucatán, un *endogrupo*, y dentro de su funcionamiento se puede observar la introyección

<sup>36</sup> Entrevista realizada a Amira Simón en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.

<sup>37</sup> Según el cuadro que presenta Ramírez (2012, 118), llegaron a Yucatán entre 1878 y 1972 algo así como 777 migrantes de primera generación.

de valores, la solidaridad circunscrita al igual que los intercambios de reciprocidad.

Sin embargo, como lo veremos más adelante, para la segunda mitad del siglo xx la comunidad libanesa en Yucatán sufriría algunas transformaciones, dando lugar a una dispersión geográfica y a un proceso de capitalización no sólo social sino también económica y cultural. Sin embargo, este proceso no es homogéneo, pues si bien a la gran mayoría se le ubica dentro de las clases medias, también es posible localizarlos dentro de las élites económicas y a algunos otros, los menos, dentro de las clases populares.

#### ASOCIACIONISMO DE LIBANESES Y COREANOS EN YUCATÁN

Los libaneses en Yucatán crearon varias asociaciones cuyos objetivos principales se orientaron sobre todo a la solidaridad y la construcción de redes sociales, con la característica de estar todas circunscritas en la ciudad de Mérida. Este *asociacionismo inmigrante* de libaneses en Yucatán ha tendido una larga y casi ininterrumpida vida, y en el análisis podemos observar claramente el vínculo entre los temas que cada asociación libanesa reivindicaba, y la fase del proceso migratorio en el que se encontraba este grupo, pues “si lo que hacen las asociaciones son tareas de asistencia mayoritariamente, la fase en la que nos encontramos en el proceso es inicial y de primera ayuda, y así sucesivamente” (Zapata-Barrero 2009, 149).

Así en nuestro recuento histórico encontramos primero a la Sociedad de Beneficencia Maronita, fundada en 1897, cuyo objetivo era “proveer ayuda y dotar de redes sociales a los que iban llegando”, y la Asociación Jóvenes Sirios de 1902, que intentaba igualmente estimular la ayuda mutua. La Asociación Patriótica Sirio-Libanesa de 1907 ya reivindicaba una “identidad política abiertamente libanesa”, que fortalecía la comunidad en Yucatán. En 1919 se creó la Liga Libanesa, que seguía siendo una organización de apoyo de los que llegaban en gran número como consecuencia de la Primera Guerra Mundial. En 1927 desapareció

la Liga y se crea el Club México, “que se dedicó a actividades fundamentalmente sociales con un claro afán integracionista” (Ramírez 2012, 185-186), y en el que participaban los hijos de inmigrantes, quienes ya compartían dos referentes identitarios: el mexicano y el libanés. En 1930, el Club México se convierte en el Club Social Libanés y posteriormente en el Centro Deportivo Libanés Mexicano, que ya no tiene entre sus objetivos la reivindicación étnica ni el apoyo mutuo, tampoco la vinculación con la nación de origen y que, en definitiva, ya no representa a la comunidad libanesa, pues no están todos los que son, y para 2010 se estimaba que alrededor del 50% de los miembros de este club ya no tenía origen libanés. Al contrario, como argumenta Ramírez (2012, 186), en la actualidad pertenecer al Centro Deportivo Libanés constituye más bien un símbolo de estatus y de pertenencia a uno de los grupos económicamente más poderosos de la región.

En lo que se refiere a los descendientes que tuvimos oportunidad de entrevistar, sólo Herbé Rodríguez, nacido en Motul, pertenece al Centro Deportivo Libanés. Nos cuenta que sus relaciones con otros miembros de la comunidad libanesa se ampliaron desde que llegó a vivir a la ciudad de Mérida. Al respecto dice tener un profundo agradecimiento, pues mucho de lo que ha hecho en su vida profesional ha sido “al amparo y a la sombra de los libaneses”.<sup>38</sup> El contacto de los otros entrevistados es bastante heterogéneo. Así, para Elías Montañez y su esposa, que no pertenecen al Centro Deportivo, se trata más de una relación social y ocasional, es decir de fiestas y reuniones, derivada sobre todo de su parentesco.<sup>39</sup> Por su parte, Amira Simón, al referirse a sus *paisanos* de Motul, dice: “me corté de ellos y me dediqué a mis hijas”.<sup>40</sup> No obstante, en la ciudad de Mérida tuvo la oportunidad de estrechar lazos y obtener apoyo del empresario Asis

<sup>38</sup> Entrevista realizada a Herbé Rodríguez Abraham en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.

<sup>39</sup> Entrevista realizada a Elías Montañez Jure en la ciudad de Mérida, el 8 de octubre de 2013.

<sup>40</sup> Entrevista realizada a Amira Simón en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.

Abraham, incluso dos de sus seis hijas desposaron a descendientes de libaneses.

Como vemos, el asociacionismo de esta comunidad en Yucatán se trató más de la consolidación de una vida comunitaria cuyos fines principales eran, primero, la supervivencia del grupo y, luego, la movilidad económica y no tanto la preservación de las características culturales, aunque algunas de ellas hayan permanecido, como lo que se refiere a la comida. Tal vez el deseo de esta rápida asimilación económica dentro de las clases medias y altas locales explique por qué en el estado la comunidad libanesa no se preocupó por fundar escuelas donde se trasmitiesen, resguardaran y preservaran algunos aspectos de la vida cultural como la historia o la lengua.<sup>41</sup> Este aspecto sí preocupó a algunos de los migrantes coreanos, por lo menos durante los primeros años posteriores al final del contrato con el que llegaron. Recordemos que, en épocas del contrato, el control ejercido sobre estos migrantes contribuyó al hecho de que no pudieran congregarse para formar un grupo cohesionado y bien organizado, pues se desconocían entre sí. Tampoco ayudó en este proceso la dispersión en las distintas haciendas separadas por kilómetros, que dificultaba el contacto entre los mismos.

En 1909 surgió la escuela militar coreana, conformada por 118 alumnos —en protesta de la anexión de Corea a Japón— en la que recibían entrenamiento de tipo militar. En su tesis Gutiérrez May argumenta que esta escuela “logró consagrarse como uno de los bastiones más fuertes de la comunidad coreana en Yucatán” (2011, 125), sin embargo sólo funcionó cuatro años pues fue clausurada en época de la Revolución.

Gutiérrez May (120-122) nos habla también de la apertura de cinco escuelas en Yucatán que permanecieron abiertas poco tiempo. Así, en 1910 se creó un aula de clase en la ciudad de Mérida para forjar en la segunda generación el interés por la

<sup>41</sup> En la actualidad existe el Colegio Libanés Peninsular, fue fundado en 1999 por un descendiente Enrique Saiden Isaac y su esposa yucateca Francisca Ojeda, pero entre sus objetivos no se cuenta el rescate de aspectos culturales, aun cuando en su logo se presente el cedro, símbolo nacional libanés.

historia y la cultura coreana, pero fue hasta 1917 que se estableció como escuela —la cual duraría poco más de 10 años—. Paralelamente se abrieron otras escuelas, pero llama la atención que muchas de estas se establecieron en el interior del estado: la mayoría dentro de las haciendas, como la de Itzincab, en 1916, que fue la más representativa. En sus memorias, Sánchez Pac (2006, 50) comenta que en algunas haciendas fue posible continuar durante algún tiempo con las enseñanzas coreanas, pues había maestros dispuestos a dar clases después de sus arduas labores en el campo henequenero, pero que en otras no era posible por el limitado número de niños coreanos o simplemente por la falta de un maestro. Quizás este interés por la preservación de aspectos culturales coreanos responde al perfil socioeconómico que tenían algunos de los migrantes que llegaron en 1905, pues —como habíamos mencionado en el primer capítulo— había entre ellos funcionarios imperiales, oficiales militares, médicos, instructores militares e inspectores.

Entonces, a pesar de los intentos, los coreanos no pudieron establecer en Yucatán una comunidad de inmigrantes como tal. Insistimos en decir “a pesar de los intentos”, porque, además de las escuelas, se creó en 1914 la Agencia de Jornaleros Coreanos entre los que se quedaron en Yucatán al finalizar el primer contrato. Contaba con un reglamento de 14 artículos en los que se establecía que el objetivo principal era vigilar y garantizar el servicio de los jornaleros coreanos cuya inscripción dependía de su “notoria moralidad y buena conducta”. Como habíamos mencionado en el capítulo anterior, la Agencia se encargaba de la contratación colectiva de los coreanos para que siguieran trabajando en las haciendas henequeneras por periodos determinados, lo que provocaba mucha movilidad de una hacienda a la otra. Sin embargo la Agencia no parece haber sido de larga duración pues son pocos los rastros históricos que se pueden encontrar de la misma.

La Agencia dependía directamente de la que sería la organización más importante creada en 1909, la Asociación Coreana de Yucatán, cuyos ideales eran la preservación de la cultura, la

contribución a la independencia de Corea de Japón, y el apoyo para los coreanos en cuestiones de trabajo, salud, educación y vivienda. Las funciones de la asociación presentaron serios altibajos debido justamente a la dispersión de los propios coreanos dentro del mismo territorio yucateco. Genny Chans nos explica que siempre eran los mismos quienes participaban en este tipo de iniciativas. Ella los describe como los más fuertes económicamente hablando y los más inteligentes, “porque a los demás no les importaba” su prioridad, dice, era trabajar para poder comer.<sup>42</sup>

Será, sin embargo, hasta 1950 que se forma la primera Asociación con reconocimiento de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y con un reglamento establecido. Pero su vida no fue más allá de la década de los cincuenta porque, según Genny Chans, “los coreanos emigraron casi en masa, en los años 58 y 59 se fueron en masa a Tijuana y a México”, alentados por los que ya estaban allá.<sup>43</sup>

En entrevista, Ulises Park nos cuenta que en sus últimos años de actividad, entre las ausencias, las muertes y los que se fueron, “la asociación ya prácticamente se acabó”.<sup>44</sup> Que sus actividades se confinaran a la ciudad de Mérida, también afectó a este grupo, pues esta limitación dejó fuera a los coreanos que se establecieron en el interior del estado, quienes al parecer eran la mayoría. Así pasaron alrededor de 40 años en los que no hubo una Asociación formal. Fue el padre de Genny Chans, Ángel, el que quedó como lo que ella llama “presidente honorario”, pues desde que Corea establece relaciones diplomáticas con México en 1975, él se convirtió en el punto de contacto con los sucesivos embajadores coreanos. Igualmente brindaba apoyo desde su tienda de abarrotes a los coreanos en Yucatán para encontrar a sus familiares. El problema fue, según su hija, que lo dejaron solo.<sup>45</sup>

<sup>42</sup> Entrevista realizada a Genny Chans en la ciudad de Mérida, el 19 de junio de 2016.

<sup>43</sup> *Ibid.*

<sup>44</sup> Entrevista realizada a Ulises Park en la ciudad de Mérida, el 10 de octubre de 2013.

<sup>45</sup> Entrevista realizada a Genny Chans en la ciudad de Mérida, el 19 de junio de 2016.

La asociación de coreanos que existe hoy en día se creó en 1996 gracias a que el misionero Hwan Jo Nam que había llegado a Yucatán en esos años descubrió que en el interior del estado había algunos descendientes que aún conservaban el apellido. Ulises Park, quien se convertiría en el presidente de la asociación, nos comentó que en ese entonces estaba seguro de que en Yucatán cuando mucho había cinco familias de origen coreano, por lo que nos cuenta su sorpresa al enterarse de cuántos vivían en los pueblos, pues pensaba que todos se habían marchado o ya habían muerto.

En la actualidad, además de la Asociación, también existe en la ciudad de Mérida el Museo de la Inmigración Coreana y una escuela de coreano. Los tres funcionan gracias al dinero que reciben anualmente del gobierno de aquel país, pues ese es el único ingreso que tienen ya que no es necesario pagar cuota alguna para ser miembro de la Asociación. Ulises comenta al respecto: “Nos dio trabajo afiliarlos para que estén. Y si les dices que tienen que dar una cuota, no van a querer”.<sup>46</sup> Se puede afirmar entonces que el principal promotor de este asociacionismo es el gobierno coreano, el cual, como dice Ulises Park, los tiene “ya muy en cuenta”. Así por ejemplo, al momento de la entrevista, cada año se mandaba a 30 muchachos descendientes a estudiar a Corea por seis meses. A través del patrocinio de empresas, el gobierno les garantizaba sus pasajes y su estancia, además de una ayuda de 400 dólares cada mes para sus gastos. Era un proyecto que la Asociación firmó con el gobierno de Corea por 10 años. Esta modalidad cambió un año después de la entrevista, pues desde finales del 2014 ya no se envían descendientes a estudiar a Corea, sino que se les ofrecen cursos de capacitación en las áreas de informática, mecánica y refrigeración en el Instituto Tecnológico de Mérida, según el convenio que esta institución firmó con el gobierno de Corea. El problema, asegura Ulises Park, es que hay “muy poco aprovechamiento” por parte de los descendientes.<sup>47</sup>

<sup>46</sup> *Ibid.*

<sup>47</sup> En una segunda entrevista Ulises Park nos explicó que salvo algunas excepciones, en general los descendientes que eran enviados a Corea no aprovechaban la oportunidad y ahora son muy pocos y casi siempre los mismos los que se inscriben en los cursos que se imparten en el Tecnológico.

Pudimos observar que el alcance de las actividades de la Asociación Coreana de hoy en día resulta todavía bastante limitado, pues es muy difícil que la gente que vive fuera de la ciudad de Mérida participe en ellas, incluso aquellos que viven en los municipios cercanos como Motul. Nuestros entrevistados nunca formaron parte de ella, además de que no tienen interés por asistir a los eventos. Sólo la hija de Dalia Sim Kim, que vive en Cholul, en la zona conurbada de la ciudad de Mérida, estudió el idioma y viajó al país.<sup>48</sup> Por su parte la familia Chion, que vive en el pueblo de Sacapuc, comenta que ha ido a pedir ayuda económica a la Asociación en Mérida, sin mucho éxito, pues dadas sus características financieras, este tipo de asistencia no es su prioridad.<sup>49</sup> El objetivo principal, según comenta su presidente Ulises Park es mantener y dar a conocer la cultura coreana en el medio yucateco, “tenemos la escuela con cien alumnos, ochenta son yucatecos y veinte son descendientes; o sea, le interesa más a la gente yucateca aprender el idioma”.<sup>50</sup>

Quizás uno de los principales problemas con el que se topan los promotores de este asociacionismo es la falta de disposición de los descendientes, lo que complica el reemplazo generacional. Ulises Park ha sido presidente de la Asociación por más de 18 años y aunque considera saludable que alguien lo reemplace dice que “nadie quiere”, pues sus funciones implican tener tiempo y disposición, pero sobre todo hacer algunos gastos que corren por cuenta propia. Lo mismo pasa con la directiva que, salvo algunos que salieron o fallecieron, sigue estando formada por las mismas personas que en su fundación, en 1995.<sup>51</sup> Es decir, no se ha podido llevar a cabo lo establecido de que cada dos años

---

Segunda entrevista realizada a Ulises Park en la ciudad de Mérida, el 17 de junio de 2016.

<sup>48</sup> Entrevista realizada a Dalia Sim Kim en Cholul, el 19 de agosto de 2011.

<sup>49</sup> Entrevista realizada a la familia Chion en Sacapuc, el 10 de junio de 2011.

<sup>50</sup> Entrevista realizada a Ulises Park en la ciudad de Mérida, el 10 de octubre de 2013.

<sup>51</sup> Entrevista realizada a Ulises Park en la ciudad de Mérida, el 17 de junio de 2016.

la directiva tendría que renovarse. Por su parte, la encargada del museo Genny Chans comenta “yo necesito otra gente de la comunidad coreana que ya vaya ocupando mi lugar porque yo ya tengo 65 años, ya necesito quien me apoye”.<sup>52</sup> El problema es que no encuentra entre los descendiente a nadie que esté dispuesto.

Como pudimos observar en este capítulo, los coreanos presentaron poca respuesta a las medidas de control impuestas por el Estado, en el entendido que la mayoría, conformada por agricultores, no tenía ningún apremio por regularizar su situación. Asimismo se observa, debido a sus características migratorias, una falta de capacidad estructural para organizarse como una verdadera comunidad que les facilitara en el corto y mediano plazo una movilidad social. Los libaneses, por el contrario — mucho más visibles en los archivos que revisamos no sólo por sus actividades comerciales, sino también por ser propietarios—, fueron más propensos tanto a la inscripción en el Registro Nacional de Extranjeros como a la realización del trámite de naturalización. Pudieron igualmente organizarse en territorio yucateco para obtener los beneficios que trajeran consigo la solidaridad y el apoyo mutuo que su comunidad pudo brindarles y que, como veremos más adelante, impactó a varias generaciones.

<sup>52</sup> Entrevista realizada a Genny Chans en la ciudad de Mérida, el 19 de junio de 2016.

## Capítulo 4. La vida en provincia. El caso de Motul

Si bien ya hemos hecho algunas referencias sobre los libaneses y coreanos en Motul en los capítulos anteriores, en este apartado, y en el siguiente, proponemos un acercamiento mucho más detallado a la vida de estos migrantes en ese municipio. El objetivo es tener una idea más clara de su experiencia en una localidad fuera de la ciudad capital. Por esta razón, después de presentar algunas de las características más generales de Motul y sus extranjeros, proponemos un análisis de cuestiones como la localización de los libaneses y coreanos al interior del municipio. También revisamos sus prácticas matrimoniales y algunos de los aspectos cotidianos de su vida. Cabe señalar que en este capítulo nos concentraremos sobre todo, aunque no exclusivamente, en los migrantes de la primera generación, es decir aquellos que llegaron a finales del siglo XIX y principios del XX, por lo que dejamos el análisis de la vida de sus descendientes para el último capítulo de este libro.

### MOTUL Y SUS EXTRANJEROS

Como veremos, no fue la importancia numérica la que nos llevó a escoger el municipio de Motul como unidad de análisis, nuestra elección proviene sobre todo de la cercanía con la ciudad de Mérida, la capital del estado, pues Motul se encuentra a unos treinta kilómetros al oriente, así como por su ubicación en el corazón de lo que fuera la zona henequenera. A finales del siglo

xix y principios del siglo xx, el municipio y, en especial, la cabecera municipal (del mismo nombre) experimentaban los beneficios del auge henequenero. La región era una de las “más florecientes del estado, por las ventajas de su situación geográfica, por sus feraces tierras y por la laboriosidad de sus habitantes” (*Memoria* 1880, 197).

En este periodo se pueden ubicar, por ejemplo, transformaciones de tipo social, que favorecieron la consolidación económica de algunas familias. Acrelio Carrillo Puerto menciona en su libro varias de estas, así como sus contribuciones en el proceso de urbanización y modernización de Motul. Por ejemplo, los Campos Contreras eran dueños de haciendas henequeneras y algunos ranchos ganaderos; al jefe de esta familia se le debe la construcción del parque público “José María Campos”. Los Campos Palma, también propietarios de haciendas henequeneras, fueron los que donaron el edificio en el que se encuentra la escuela “Roque Jacinto Campos”. De la familia Palma y Palma destaca Eulogio, quien fuera hacendado, además de comerciante y funcionario público (Carrillo Puerto 1959, 145-180). El desarrollo propició que la cabecera municipal se convirtiera, en 1872, en la ciudad de Motul, pero la modernización del medio urbano se consolidó aún más con la construcción del palacio municipal, el teatro Motul y el cine Ideal. Por su parte, el mercado público Guillermo Palomino contribuyó a apuntalar la fuerte dinámica comercial que caracterizó a la ciudad por algunos años y en la que un grupo de “abastecedores” controlaría las cuestiones mercantiles.

Según Ramírez (2012, 90), Motul era “un punto neurálgico para el abastecimiento de las haciendas henequeneras, fortalecido por la presencia del ferrocarril, así como por el trasiego del henequén hacia Mérida y Progreso”.<sup>1</sup> Esta es la razón por la que la ciudad presentó, durante esta época, una fuerte actividad económica, social y cultural, de suerte que los fines de semana la vida se agitaba cuando varias personas llegaban en ferroca-

<sup>1</sup> El municipio llegó a tener varias desfibradoras, como Santa Cruz Pachón, San José, Santa Teresa, Ticopó, Timul, Dzinah, Sacolá, Hilí, Kambul, Dzununkán, Ucí, San Pedro Chacabal y Komchén Martínez, entre otras.

rril para abastecerse, además de que aprovechaban para asistir a las distintas actividades que se realizaban como obras de teatro, corridas de toros o partidos de béisbol (Buenfil 2008, 2).

La población motuleña —como la del resto de la península— era pluriétnica, aunque con una mayoría de origen maya. También, aunque de manera incipiente, Motul era el destino de algunos de los migrantes que en esa época entraron al país. El censo de 1910 registra que 135 extranjeros residían en el municipio, de los cuales 39 eran chinos, 32 españoles, 20 cubanos, dos franceses, un colombiano y dos árabes, además de los 19 *turcos* y 20 coreanos que nos ocupan en esta investigación. En el censo de 1930 se registra, sin embargo, un descenso importante de la población extranjera, para quedar con un total de 52, de los cuales 14 eran chinos, cinco cubanos, dos de Costa Rica, un español y un portugués, así como 18 coreanos y 21 libaneses.

Según el cuadro de Ramírez (2012, 121), que abarca el periodo de 1878 a 1972, Motul fue para los libaneses el tercer destino en importancia, con 22 familias, luego de la ciudad de Mérida, que registra 355, y el puerto de Progreso, con 33. Es difícil establecer con exactitud el año en el que los primeros extranjeros de ese origen se asentaron en el municipio, pero los datos que hemos encontrado nos permiten decir que Motul figura entre los primeros destinos de estos migrantes, pues se puede observar que para fines del siglo XIX ya había algunos instalados en esa ciudad. Se tiene por ejemplo el registro de Jorge Mena, nacido en Motul en 1899, cuya madre era también originaria de esa ciudad<sup>2</sup> y cuyo padre era de Trípoli. Según el censo presentado por Cuevas (2009, 338), los residentes más antiguos fueron Antonio Jairala y María Moisés, quienes llegaron en 1891. Hay que hacer, sin embargo, dos precisiones con respecto a este censo: la primera es que no encontramos en él ningún libanés instalado en Motul de apellido Mena, y la segunda es que Jorge E. Siqueff tampoco aparece en el censo, cuando este libanés llegó en 1887, de acuerdo con la información que encontramos.

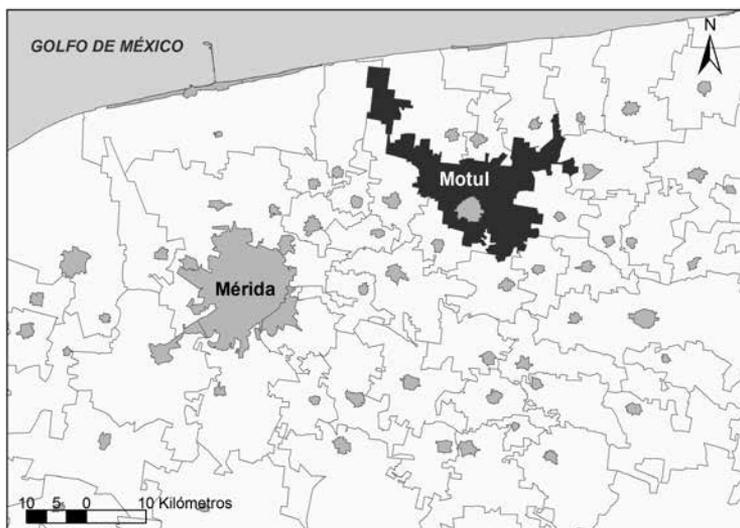
<sup>2</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, sec. Gobernación, caja 489, Carta del 13 de diciembre de 1915 de Jorge Mena al Gobernador del Estado.

Antes de comenzar esta investigación teníamos la impresión de que muchos de los coreanos que llegaron a Yucatán para trabajar como “enganchados” pudieron haberse instalado en esa región. Esta idea fue de hecho impulsada por las referencias que encontramos en la tesis de Javier Corona (2007, 49), quien afirma, por ejemplo, que “las colonias de coreanos que se formaron en las haciendas de Lepán, Timul, Yaxcopoil, Motul y Kitincabchén fueron numerosas y bien constituidas”. En el apartado del testimonio de Amado Corona Kim que se encuentra en la misma tesis, también se lee: “en la hacienda de Timul, municipio de Motul, vivía una cuadrilla de 25 ‘paisanos’ todos mayores de edad” (*ibid.*). A pesar de ser Motul calificado como el “corazón de la zona henequenera”, resulta interesante sin embargo que el número de los migrantes coreanos que radicaron de manera más o menos permanente en ese municipio no fue tan elevado como se hubiera esperado, pues fueron realmente pocos los que ahí se instalaron.

Del informe presentado por el hacendado Rafael Peón al gobernador del estado en marzo de 1906, se observa que los coreanos fueron repartidos en 32 haciendas, de las cuales ninguna pertenece al municipio.<sup>3</sup> Los pocos que se instalaron en Motul lo hicieron en su mayoría en fechas posteriores a 1909, es decir, después de que se diera por terminado el contrato con el que llegaron al país. Quizás los primeros que decidieron vivir en Motul fueron los coreanos Laureano Lías y Marta Pérez, en 1908.<sup>4</sup> Según el censo de 1910, Motul ocupa el lugar número cinco entre las localidades con más coreanos, pues se registraron 20, luego de Mérida con 129, Ticul con 54, Temax con 37 y Acanceh con 34. Sin embargo, no debemos perder de vista que durante las primeras décadas del siglo xx esta población no fue permanente, pues —como ya lo hemos dicho y seguiremos mostrando en los siguientes apartados— los coreanos presentaron una fuerte movilidad geográfica.

<sup>3</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, Sec. Gobernación, caja 519, Carta del 9 de marzo de 1906 de Rafael Peón a Olegario Molina.

<sup>4</sup> SER, 23-23-86, Trámite de reconocimiento de la nacionalidad mexicana por nacimiento de José María Lías Pérez de 1942.



Municipios de Motul y Mérida.

#### LOCALIZACIÓN

A diferencia de los libaneses, cuya gran mayoría se estableció en la ciudad de Motul, los pocos coreanos que viven o vivieron en el municipio no se encontraron agrupados en una sola población. Existen familias de coreanos en Sacapuc, donde radica la familia Chion; en Timul vivieron los Kim y —durante unos cuantos años— los Corona; en Kiní radica Agustín Pech; en Suma están los Ham, y en la ciudad de Motul también están los Ham, los Lías y los Kim y Ek. La búsqueda de los coreanos y sus descendientes a través de la población local nos resultó un tanto difícil, pues notamos que estos no son identificados como originarios de Corea sino que desde que llegaron fueron catalogados como chinos, pues, como ya dijimos, en Motul se asentaron también varios migrantes de ese origen. “Son coreanos, son chinos, quién sabe de dónde sean” cuenta Celestino Buenfil,<sup>5</sup> mientras su hijo explica “habría primero que establecer con claridad si fueron

<sup>5</sup> Entrevista realizada a Celestino Buenfil en la ciudad de Motul, el 21 de junio de 2011.

coreanos como parece ser y no chinos, sin embargo en lo que es la percepción comunitaria, para la percepción, eran los chinos, como los libaneses eran los turcos”.<sup>6</sup>

La localización y, sobre todo, el seguimiento de estos inmigrantes en los documentos también nos resultaron un tanto complicados, pues se observa que los nombres se asentaban a partir de la fonética coreana, sin que esto implicara que estuvieran escritos correctamente o que en cada instancia se escribieran de la misma manera, pues por la ortografía se percibe que los escribían tal y como lo oían. En los libros de entradas y salidas del hospital O’Horán encontramos, por ejemplo, nombres como Chan Güen Neni, Gofi Cui o Ando Yot. Por su parte, en el Fondo Ejecutivo del Archivo General del Estado de Yucatán encontramos documentos con nombres de coreanos como Paczeba,<sup>7</sup> Papacil<sup>8</sup> o Cuyum Sic.<sup>9</sup>

A estas complicaciones hay que sumarle al menos otras dos, la primera se relaciona con la castellanización de sus nombres al paso de los años y la segunda tiene que ver con la existencia de algunos apellidos que resultan ser bastante comunes como los Kim, Kin y King; incluso hay nombres castellanizados que también son muy recurrentes. Entonces, ¿cómo garantizar o afirmar que el Pedro Kim Kim que encontramos en el Registro Nacional de Extranjeros que vivía en 1942 en Coatzacoalcos, y que nació en 1879 es la misma persona que entró con 35 años de edad en 1914 al Hospital O’Horán por una herida contusa y que fue registrado como Pedro Kim? Los datos que realmente coinciden

<sup>6</sup> Entrevista realizada a Velerio Buenfil en la ciudad de Motul, el 10 de junio de 2011.

<sup>7</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, sec. Milicia, caja 593. Oficio del 15 de octubre de 1908 dirigido al Gobernador. Se reporta a un coreano que fue enviado al hospital O’Horán y falleció.

<sup>8</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, sec. Milicia, caja 593. Oficio del 28 de octubre de 1908 dirigido al Gobernador. Se reporta que el coreano Papacil queda libre por haber cumplido su reclusión.

<sup>9</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, sec. Milicia, caja 593. Oficio del 31 de enero de 1908 dirigido al Gobernador del Estado. Se reporta que el coreano Cuyum Sic queda detenido.

son el nombre de Pedro y el año de nacimiento, pero nada más. Tenemos también el caso del multiencontrado Antonio Kim. Entre 1914 y 1915 entraron al hospital O'Horán tres coreanos con el mismo nombre uno de 23 años, el otro de 11 y el último de 45. En las tarjetas del Registro Nacional existe uno que nació en 1885 de nombre Antonio Kim Li y en las solicitudes de naturalización del Archivo General de la Nación encontramos sin mucho más información un Antonio Kin y otro Antonio Kin Le.

Fue igualmente difícil el seguimiento de las familias coreanas que se pudieron localizar en el Archivo del Registro Civil del municipio de Motul, debido sobre todo a la rápida dispersión de los migrantes coreanos y sus descendientes.<sup>10</sup> Entre 1900 y 1950 se encontraron en ese archivo un total de 27 actas de nacimiento de descendientes coreanos. 16 marcan su residencia en la ciudad de Motul:

- Cuatro que corresponden a la familia Lías Pérez, de los que sabemos que José María vivía en Mérida, estaba casado, era chofer y en 1942 solicitó que se le acreditara la nacionalidad mexicana por nacimiento.<sup>11</sup> De su hermano Samuel sabemos que también vivía en Mérida en 1945 y era chofer.<sup>12</sup>
- Siete actas pertenecen a la familia Kim y Ek, los únicos que siguen viviendo en la ciudad de Motul y de quienes hablaremos más adelante.
- Tres corresponden a la familia Kim Pool, de los cuales dos murieron siendo niños.
- Por último, las actas de un King Ham y de un Kim, a secas, que nació muerto.

<sup>10</sup> La búsqueda tanto de los coreanos como de los libaneses que encontramos en el Archivo del Registro Civil de Motul fue a través de nuestras incursiones en el municipio, en los directorios telefónicos tanto de Motul como de Mérida, en el Fondo Población del Archivo Histórico Municipal de Mérida y en internet a través del buscador Google.

<sup>11</sup> SRE, 23-23-83. Trámite de reconocimiento de la nacionalidad mexicana por nacimiento de José María Lías Pérez de 1942.

<sup>12</sup> AHMM, Fondo Población, 1945-1946. Libro Primero. Sec. Electoral 2, Cartel 1º.

De la hacienda de Timul encontramos ocho actas de nacimiento, de las cuales:

- Tres son de la familia Son y Llanes que datan de 1936, aunque habían nacido con anterioridad; ellos justifican la demora del trámite ante el Registro Civil por el desconocimiento de sus obligaciones.
- Dos actas corresponden a Lea Yolanda y Ma. Teresa que son hermanas pero que llevan apellido diferente (King y King una y Kim y Kim la otra).
- Las últimas tres corresponden a Juana Corona Kim, Ofelia Dzul King y José Aaron Han.

De estas ocho actas de coreanos radicados en la hacienda de Timul sólo sabemos de la familia de Juana Corona Kim, misma que murió siendo niña, pero cuyos hermanos mayores nacieron en otros lugares debido a la gran movilidad de sus padres (Tecoh, Oaxaqueña, Coatzacoalcos, Mérida, Izamal, Timul, etc.), algunos vivieron en la ciudad de Mérida y otros en la ciudad de México. Encontramos también dos actas de la hacienda San Nicolás, donde nacieron Anastasio Hon y Alvaro Om, ambos huérfanos de madre y registrados por sus respectivos padres, uno viudo y el otro soltero. Finalmente tenemos el acta de Margarita Kong, sin datos de la madre, y cuyo padre también se declara soltero, además de que no especifica el lugar de residencia.

Entre las cinco actas de defunción encontramos asimismo otras dos familias, Kim Lei y King Teljan, de las cuales tampoco fue posible localizar a sus parientes. Cabe destacar aquí que las cinco actas de defunción corresponden todas a niños menores de tres años. Por último, de las cinco actas de matrimonio que encontramos, identificamos también a la familia de Crisanto Chion, quien se casó en Sacapuc con la yucateca Florinda Pech, cuya descendencia sigue viviendo en dicha localidad. En resumen, de todas estas familias de las que obtuvimos información en los archivos, en la actualidad solo conocemos el destino de los Kim y Ek, en Motul; de los Corona Kim, en Mérida, y de los Chion Pech, en Sacapuc.

En cuanto a los libaneses, podemos decir que su localización fue mucho más rápida, vistosa y numerosa. En el archivo del Registro Civil de Motul localizamos 56 actas de nacimiento correspondientes al medio siglo que abarcó nuestra revisión. Cabe destacar que, a diferencia de los coreanos, todas marcan como lugar de residencia la ciudad de Motul:

- 22 actas corresponden a la familia Siqueff, sin duda la más numerosa. En la actualidad, sin embargo, sólo quedan unos cuantos descendientes en la ciudad de Motul con el apellido Siqueff, de quienes hablaremos más adelante.
- Seis actas corresponden a la familia Simón Labastida, quienes se mudaron a la ciudad de México y quienes, a pesar de poseer un fuerte capital económico invertido sobre todo en la compraventa de bienes inmuebles, dejaron poca huella en la memoria, incluso en la de sus propios paisanos. Volveremos a tratar este asunto en el último apartado de este capítulo.
- Cuatro actas corresponden a las hermanas Pedro Simón, mismas que siguen viviendo en la ciudad de Motul.
- Sus parientes, los Simón Simón, con cuatro actas, se mudaron a vivir a la ciudad de Mérida.
- Un acta corresponde a los Barquet Herrera, quienes se mudaron a Mocochoá.
- Cuatro actas son de los hijos de Jorge Daguer, que los registró en 1937, pero que habían nacido en los años veinte en Motul. Jorge era viudo, comerciante y vivía en casa de su paisano Antonio Simón. El libro de Cuevas (2009, 235) marca la ciudad de Mérida como el asentamiento de esta familia.
- Cuatro actas corresponden a los Abraham Rodríguez y a los Arroyo Abraham, quienes también terminaron por mudarse a la ciudad de Mérida.
- Dos actas son de los hermanos Mena Abud. Uno de ellos, Rafael, fue presidente municipal de Sinanché a mediados de los noventa.

- Dos actas corresponden a los Jairala Spat. Sabemos que Antonio tuvo una gasolinera y se casó con Rafaela Rebeca Abraham.
- Un acta que corresponde a Carlos Saiden, que nació en Mérida y se registró en Motul con 24 años de edad. Se casó con Mercedes Siqueff Febles.
- Por último tenemos dos actas de los Elías Raful, un acta de los Raful Alcocer y un acta de los Badiás Campos. Estas son familias de las que no pudimos conseguir dato alguno y cuyas genealogías resultaron ser bastante simples. Son familias que tuvieron hijos durante los primeros años del siglo XX y pronto se mudaron a otros lugares.

Asimismo, tenemos que de las 15 actas defunción que se localizaron en el archivo, se encuentra una de Antonio Farah, quien murió joven y sin descendencia.

Una de las principales características del asentamiento de los libaneses en la ciudad de Motul es que aun cuando la mayoría de las familias que se localizan en los archivos ya no viven ahí, la población local todavía los tiene bastante bien identificados (sus nombres, sus casas, sus actividades). Manuel Pinto dice:

Ellos vinieron con su comercio, ellos son inteligentes. Los libaneses vienen ya saben asentarse, y se asentaban, venían remodelaban, traían su producto... y ellos ya sabían que la venta estaba garantizada. Sí, los *turcos* llegaron... así les dicen acá, no les decían *libaneses*, porque eran *turcos*... están grandotes. Tenían otras características. Muy diferentes, naturalmente. La forma de conversar... De todo, eran muy diferentes, acá vinieron muy desenvueltos.<sup>13</sup>

El hecho de que los libaneses fueran catalogados junto con los sirios y los palestinos como *turcos* tampoco presentó complicaciones para su localización, pues por los datos presentados en el libro de Cuevas (2009, 234-388), la mayoría de los que se instalaron en Motul venían de Líbano, en especial de un pueblo llamado

<sup>13</sup> Entrevista realizada a Manuel Pinto en la ciudad de Motul, el 3 de junio de 2011.

A'Abá.<sup>14</sup> Las referencias de esta migración en los documentos son también mucho más vastas, por lo que se pueden identificar más fácilmente sus actividades y su participación en la vida local que las de los coreanos, de lo que hablaremos más adelante.

Cierto es que algunos de los apellidos de los libaneses también cambiaron a su llegada y que es posible encontrar variaciones en los apellidos de una misma familia como es el caso de los descendientes de José Jure, cuyos hijos fueron registrados como Juri, Jure, Cura y Cure. Sin embargo, en general los apellidos de los descendientes de libaneses siguen siendo de fácil localización. No obstante, la castellanización de los nombres provocó que a un mismo personaje se le conociera con diferentes apelativos. La motuleña Juanita Méndez habla de este tipo de confusiones:

Doña Faride, le decían Farida, no sé por qué le decían Doña Farida. No sé si había un error de pronunciación pero así oía que decían, Doña Farida, y hoy le dicen Faride. Entonces yo no sé si es otro nombre o nomás no se decía bien, no lo sé.<sup>15</sup>

Estas situaciones también ocasionaron diferentes trámites administrativos ante las autoridades locales —y hasta federales— para hacer aclaraciones como aquel en el que se explica que *Saada* es el nombre real y que *Sara* es sólo la traducción.<sup>16</sup> O los Chion, quienes tuvieron que hacer trámites para corregir sus actas de nacimiento en las que su apellido había sido asentado como Chon o Chiom.<sup>17</sup> Cuestiones que vinieron a tomar importancia, primero, a partir de los años treinta cuando el gobierno

<sup>14</sup> Según Ramírez “la inmigración procedente de A'aba no solo es la más numerosa y una de las más antiguas de las migraciones comunitarias libanesas que llegaron a Yucatán; es también de una gran uniformidad étnica” (2012, 89).

<sup>15</sup> Entrevista realizada a Juanita Méndez en la ciudad de Motul, el 21 de junio de 2011.

<sup>16</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 27, vol. 65, exp. 5, Oficio núm. 504, del 2 de noviembre de 1934 de la Presidencia Municipal al Departamento de Migración.

<sup>17</sup> Entrevista realizada a la familia Chion en Sacapuc, el 10 de junio de 2011.

federal se planteó el objetivo de mantener el Registro Nacional de Extranjeros residentes en el país y, luego, con la modernización administrativa en la que documentos como el acta de nacimiento se volvieron esenciales para la realización de trámites burocráticos. Sin embargo, las complicaciones derivadas de estos cambios se observan incluso hoy en día, como en el caso de María Luisa Kim, quien no pudo legalizar la propiedad del terreno que dejó su padre pues él estaba registrado como King y nos relató: “Me dijeron que no se puede hacer nada porque como tiene su apellido King, tiene la g. Entonces yo soy Kim y no tengo la g. Soy con m y él es con n y con g...”<sup>18</sup>

Para resumir, tenemos que según el censo de población de 1910 en Motul había 19 personas procedentes de Turquía, doce hombres y siete mujeres, mientras que los coreanos eran 20 y todos hombres. Estas cifras no se modificarían de manera radical dos décadas después cuando el censo de 1930 contabilizaba 21 personas de origen árabe y 18 coreanos; los primeros concentrados todos en la ciudad de Motul y los otros distribuidos en el interior del municipio (uno en Timul, uno en Santa Teresa, dos en Sacapuc, tres en Motul y once en Covenché).<sup>19</sup> Pero, como vemos, estos números no se pueden tomar como absolutos ni fijos, sobre todo los que se relacionan con los coreanos, debido a la fuerte movilidad geográfica que tuvieron después de 1909. Así se explica que la versión de Amado Corona —de que en la hacienda de Timul había una cuadrilla de 25 paisanos (Corona 2007, 58)— no concuerde ni con la información encontrada en el archivo del registro civil del municipio, ni con lo que señala el censo de 1930, que sólo ubica a Ignacio Com con su familia mestizada. Tampoco concuerda con los relatos de la Dalia Kim que vivió en Timul, ni con los de la familia Chion radicada en el pueblo contiguo de Sacapuc.<sup>20</sup> Seguramente se trata de una cuadrilla de coreanos que trabajaron en dicha hacienda durante

<sup>18</sup> Entrevista realizada a María Luisa Kim en la ciudad de Motul, el 20 de agosto de 2013.

<sup>19</sup> Censo Poblacional de 1930.

<sup>20</sup> Entrevistas realizadas a Dalia Kim en Cholul, el 19 de agosto de 2011, y a la familia Chion en Sacapuc, el 10 de junio de 2011.

unos cuantos años sin dejar registro ni documental ni en la memoria de sus propios paisanos.

## MATRIMONIOS

Cáceres y Fortuny (1977, 259) argumentan que los libaneses tuvieron una dinámica socializadora diferente en el mundo rural de la de aquellos que se quedaron en el medio urbano —es decir, en la ciudad de Mérida—, donde hubo un alto grado de discriminación. En los pueblos, sostienen estas autoras, “fueron aceptados y hasta se realizaron enlaces mixtos desde el principio de su estancia allí”. Podríamos decir entonces que los migrantes libaneses que se iban a los pueblos del interior del estado experimentaron una dinámica socializadora parecida a la de los coreanos, pues muchos de quienes se establecieron en el medio rural terminaron por adaptarse al mundo maya. Ciertamente, se observa que en el proceso de integración de los libaneses radicados en el interior del estado fueron los que optaron con mayor frecuencia por los matrimonios mixtos. Normalmente eran los hombres los que se casaban con mujeres mexicanas y, rara vez, a la inversa. Montejo Baqueiro (1981, 495) sitúa el primer matrimonio mixto en la villa de Peto, en 1894.

Con el fin de enfatizar la tendencia de los matrimonios mixtos, resulta pertinente destacar que en Motul encontramos un número importante de libaneses que se casaron con mujeres mexicanas desde tiempos muy tempranos. Tenemos por ejemplo el caso del ya citado Jorge Mena, que nació en Motul en 1899: hijo de una unión mixta entre un originario de Trípoli y su madre motuleña.<sup>21</sup> Tenemos igualmente los matrimonios de Jorge E. Siqueff y Mercedes Febles o el de Elías Simón y Beatriz Labastida. En el Registro Civil de Motul identificamos veinte enlaces de personas con apellido libanés y 16 matrimonios mixtos; hay que subrayar, sin embargo, que la mayor parte de estos últimos ocurrieron después de la década de los años treinta.

<sup>21</sup> AGEY, Fondo Poder Ejecutivo, sec. Gobernación, caja 489, Carta del 13 de diciembre de 1915, de Jorge Mena al Gobernador del Estado.

Con la información obtenida en los diferentes archivos y en nuestras incursiones en el municipio, nos fue posible armar 18<sup>22</sup> árboles genealógicos de familias libanesas y 16 de familias coreanas que vivieron en el municipio de Motul. Aquellos que corresponden a los libaneses son mucho más complejos que los de los coreanos, lo que se puede explicar por el hecho de que las familias libanesas se concentraron en su gran mayoría en la ciudad de Motul, de modo que establecieron una vida comunitaria con lazos sociales mucho más estrechos que los de los coreanos, sobre todo durante las primeras décadas del siglo xx. Juanita Méndez trata de explicar el parentesco entre algunos de ellos

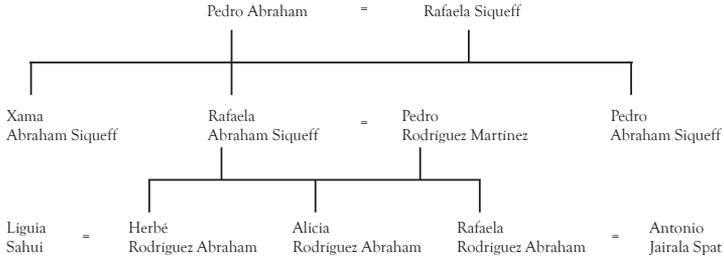
La familia de don Dito Abraham, Abraham Siqueff, Pedro Simón, ese don Elías que estaba por el parque era don Elías Siqueff, también parece que era Simón. Entonces como que se entrelazaban los apellidos, como que se cruzaban con otros. Y ese del restaurant, ese don Jorge también es Siqueff, entonces es familia de Don Elías, que le digo que uno vendía telas y el otro tenía su restaurante y panadería.<sup>23</sup>

Esto se explica por el hecho de que una parte importante de estas familias, incluidas aquellas que se mestizaron, se relacionaron muchas veces a través de sus hijos y hasta de sus nietos con otras familias del mismo origen, radicadas ya sea en el mismo municipio o en municipios aledaños, sobre todo en el de Mérida. Por citar sólo algunos ejemplos en los que se relacionan personas de origen libanés en varias generaciones, tenemos que la hija de Jorge E. Siqueff y Mercedes Febles se casó con Carlos Saiden; y que el hijo de Antonio Jairala y María Moisés, de nombre José, se casó con María Spat, de origen libanés, y el hijo de estos últimos, con Rafaela Abraham. Por su parte, la otra hija de Antonio Jairala, Mariana, se casó con Antonio Abud y la hija de estos, Juana Abud Jairala, se casó con Rafael Mena, entrelazando así tres generaciones.

<sup>22</sup> Cuatro familias menos con respecto al cuadro de Ramírez, que marca 22 (Ramírez 2012, 121).

<sup>23</sup> Entrevista realizada a Juanita Méndez en la ciudad de Motul, el 21 de junio de 2011.

Familia mestizada libanesa de Herbé Rodríguez



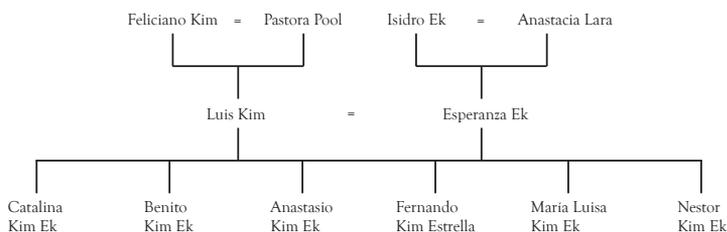
Por lo que se refiere a los coreanos que encontramos en Motul, la norma fue que las familias no se relacionaron entre sí, por lo que sus árboles resultaron ser mucho más sencillos. Si bien es cierto que existieron matrimonios endogámicos, notamos que difícilmente esta tendencia va más allá de la segunda generación. De todas las familias que localizamos, sólo en la de Dalia Sim Kim pudimos observar matrimonios endogámicos que llegaron hasta la segunda generación. La mamá de Dalia es hija de dos coreanos, y su papá es hijo de un matrimonio mixto entre coreano y yucateca. De los 26 matrimonios que pudimos detectar, constatamos que 10 fueron endogámicos y 16 mixtos. De estos últimos, notamos que tres fueron matrimonios de coreanos que llegaron a México siendo niños. Los demás presentan la característica de haber nacido ya en territorio mexicano. La diferencia más importante de estos matrimonios mixtos con respecto a los de los libaneses es que los coreanos se casaron sobre todo con personas de apellido maya.

Entre las prácticas matrimoniales de estos migrantes se puede observar que la mayoría de las coreanas que llegaron siendo niñas, en compañía de sus padres, fueron obligadas a casarse con alguno de los miembros de la misma migración. Tal fue el caso de la abuela de Dalia Sim King, quien arribó a Yucatán con algunos meses de edad. Dalia cuenta que, cuando su abuela cumplió diez años, se la “dieron” a su abuelo —diez años mayor

que ella—: “mis bisabuelos crecieron a mi abuelita y, cuando ya tenía... no sé si quince, se casaron”.<sup>24</sup> Quizá sea esta la razón por la que hasta ahora no hemos encontrado ninguna mujer llegada de Corea que se haya casado con un yucateco. Las tres mujeres coreanas que localizamos se casaron con coreanos. Incluso de las 18 mujeres de origen coreano que se encuentran en el Registro Nacional de Extranjeros ninguna presenta matrimonio mixto, la mayoría está casada con coreano o en su defecto es viuda. González Rodríguez (2005, 46) menciona que el primer caso de una boda entre una mujer coreana y un hombre no coreano fue la de Rosa María King, quien contrajo matrimonio con Alfonso Contán, un comerciante chino que vivía en la ciudad de Mérida.

Los hombres, por el contrario, tuvieron más libertad a la hora de escoger a sus cónyuges, sobre todo aquellos que llegaron solteros, jóvenes y solos.<sup>25</sup> Podemos decir entonces que, para el caso de los coreanos, la falta de la presencia femenina y su dispersión fueron las razones de una mayor mestización en los matrimonios, y de que las nuevas generaciones se fueran *yucatequizando* mucho más rápidamente que las de los libaneses.

Familia mestizada coreana de María Luisa Kim y Ek



<sup>24</sup> Entrevista realizada a Dalia Sim King en Cholul, el 19 agosto de 2011.

<sup>25</sup> Se habla de que, en 1905, llegaron alrededor de 257 familias y 196 hombres solteros (Park 2006, 146). Así, por ejemplo, Genny Chans nos cuenta que si su abuelito paterno se casó con una mujer maya fue porque cuando regresó de su fuga a Guatemala ya no había mujeres coreanas disponibles (entrevista realizada a Genny Chans en la ciudad de Mérida, el 19 de junio de 2016).

Se sabe que la presencia de la mujer libanesa dentro de la familia de los migrantes en Yucatán fue uno de los factores que garantizó la preservación de diversos aspectos culturales a través de las siguientes generaciones, además de que favoreció fuertemente la endogamia, como bien lo demuestra Ramírez (1994, 191) para la ciudad de Mérida, sobre todo en la primera y segunda generaciones. Se observa, en efecto, que en el municipio de Motul hubo, desde el arribo de los libaneses, una importante presencia de matrimonios mixtos que no impidió la creación y consolidación del fuerte capital social que lograron establecer estas familias en aquel municipio. Podemos afirmar que la concentración de migrantes en las principales calles de una misma población, y el tejido social extendido hacia otras localidades fueron determinantes en la existencia de la comunidad libanesa caracterizada por una fuerte interacción social y económica entre sus integrantes.

#### VIDA COTIDIANA

La vida de los coreanos en el interior del estado se caracterizó durante los primeros cuatro años por la imposibilidad de moverse geográficamente, y en los siguientes años por las dificultades económicas. Por el contrario, la movilidad geográfica de los libaneses de la ciudad de Mérida en dirección a los pueblos, que estuvo estrechamente ligada a la distribución de mercancías y a la necesidad de encontrar nuevos mercados, les permitió más oportunidades de ascenso socioeconómico. Cáceres y Fortuny (1997, 55) explican que el libanés “que en la ciudad formaba parte de las clases media o baja, al llegar a los poblados automáticamente elevaba su rango social”, debido a que ahí las posibilidades eran mucho más vastas.

En efecto, constatamos que aquellos que se establecieron en la ciudad de Motul pudieron insertarse de manera exitosa dentro de las clases medias pues, durante las primeras décadas del siglo xx —como lo veremos—, tuvieron un comportamiento de élite en el que se distingue una actividad económica bastante notoria, de suerte que se puede afirmar que dentro de la fuerte dinámica

comercial de la región pudieron consolidarse nuevas fortunas que no necesariamente fueron yucatecas y que tampoco se relacionaron directamente con la producción y comercialización del henequén. Elías Montañez comenta en su entrevista: “no eran pobres... se puede decir de clase media alta. Aparte de mi abuela y sus hermanos, todos tenían buenos recursos y sus hijos también porque, como le digo, trabajaban”.<sup>26</sup> Y así lo reconocían incluso los propios motuleños, como Faulo Sánchez, quien nos los describe como “clasemedios auténticamente, aunque dentro del pueblo, pues eran de los ricos, por así decirlo”.<sup>27</sup>

Veamos entonces cómo se desarrolló la vida cotidiana de estos dos grupos de extranjeros en el municipio de Motul. Comenzaremos con uno de los aspectos primordiales con los que se enfrentan normalmente los migrantes desde el momento de su llegada, y que se relaciona con el idioma. La cuestión del lenguaje seguramente no fue algo fácil para los libaneses, pero al verse concentrados en una misma localidad, la ciudad de Motul, pudieron beneficiarse del apoyo mutuo que se brindaban unos a otros. Se dice que varios de los que se establecieron en los pueblos aprendieron maya como idioma principal antes que el español (Cuevas, 146).

Para el caso de los coreanos, tenemos el señalamiento de Romero Castilla (1997, 149), según el cual el proceso de adaptación de estos migrantes fue inmediato, como el aprendizaje de la lengua española y algunas expresiones mayas; sin embargo, al parecer, la cuestión del idioma para los coreanos tampoco fue algo tan sencillo. Por el contrario notamos que les tomó varios años dominarlo y quizás algunos nunca lo hicieron. De hecho, en 1909, al finalizar el contrato y salir de su encierro en las haciendas, muchos se encontraron en Mérida con el problema del idioma, lo que según Genny Chans constituyó una de las principales barreras de sus antepasados.<sup>28</sup> Este sería uno de los factores

<sup>26</sup> Entrevista realizada a Elías Montañez en la ciudad de Mérida, el 8 octubre de 2013.

<sup>27</sup> Entrevista realizada a Faulo Sánchez en la ciudad de Mérida, el 19 de septiembre de 2012.

<sup>28</sup> Entrevista realizada a Genny Chans en la ciudad de Mérida, el 19 de junio de 2016.

que los impulsaría a regresar de nuevo al mundo henquenero, pues de alguna manera era un medio ya conocido por ellos. Por lo que cuentan la hija y el nieto de Pedro Pablo Ham, él hablaba mal el español y nunca aprendió a leerlo ni a escribirlo; tampoco aprendió a hablar maya, aunque entendía ambos idiomas a la perfección. La comunicación con su esposa debió ser un tanto complicada pues ella, mayahablante, dominaba poco el español.<sup>29</sup>

Para el libanés Jorge E. Siqueff, haberse casado con una yucateca tal vez le ayudó a aprender el idioma más rápidamente. De hecho Jorge se convirtió en uno de los personajes clave dentro de la colonia libanesa en la ciudad de Motul; su participación en diferentes actividades relacionadas con sus *paisanos* fue bastante requerida y notoria. En las inscripciones relacionadas con libaneses del archivo del Registro Civil de Motul, por ejemplo, se puede observar que hasta 1930 fue testigo de diez nacimientos de hijos de libaneses de un total de 26 actas, además de que en tres aparece como el padre. De las siete actas de matrimonio, fue testigo en tres de ellas y otra más fue de un hijo suyo. Aparece también en tres de las cinco actas de defunción que encontramos hasta 1930 de gente con apellido libanés. Tomamos como referencia ese año porque pensamos que seguramente debido a su edad, 64 años, ya no participó mucho más en este tipo de eventos. Murió en 1940.

Sin embargo, en lo que se refiere a su participación en el ámbito religioso la situación es otra, con menos importancia, ya que solo fue el padrino de bautizo de dos hijos de sus *paisanos*, de un total de trece registros que hay hasta 1930. Queda clara su falta de interés por participar en cuestiones religiosas, aunque intervino en seis confirmaciones como padrino, en las que habría que destacar que todos sus ahijados tienen apellido yucateco. Esto seguramente responde a una estrategia de integración social que no fue exclusiva de este personaje, pues son varios los *paisanos* que apadrinaban en este tipo de celebraciones como base de una interacción entre libaneses y yucatecos. Así,

<sup>29</sup> Entrevistas realizadas a Esperanza Ham y al nieto de Pedro Pablo Ham en Suma, el 17 de junio de 2011.

por ejemplo, Faulo Sánchez nos cuenta que el libanés Dito Abraham “era padrino de medio Motul”.<sup>30</sup>

Si bien es cierto que es difícil precisar el año en el que los inmigrantes de origen libanés se establecieron en el municipio, sí se puede argumentar que ya para los años veinte del siglo pasado su presencia en la vida cotidiana de la ciudad de Motul es bastante notoria; no así la de los coreanos, pues en el archivo sólo existen algunas referencias aisladas de estos migrantes que no nos permiten conocer prácticamente nada de su vida. Así, por ejemplo, entre lo poco que encontramos, está el documento en el que el comerciante Felipe Kim y Yun renuncia a la nacionalidad coreana que habría podido recibir de sus padres, y aquellos en los que se remiten los comprobantes de residencia continua en la ciudad de Motul del coreano Antonio Sosa Yu.<sup>31</sup> Pero no es posible seguir el rastro de estos personajes porque, aparte de ser los únicos documentos que se refieren a ellos en el archivo del municipio, tampoco se pueden cruzar las fuentes porque no encontramos referencias de estos ni en el archivo del Registro Civil de Motul, ni en el censo de 1930, ni en los demás archivos revisados.

Manuel Kim era jornalero, pero vivía en la ciudad de Motul y al parecer también se dedicaba a la compraventa de productos agrícolas; estaba casado con Juana Lei, con quien tuvo una hija que murió a los ocho meses en 1925. En el acta de defunción se puede observar que su hermano Pedro Kim también vivía en Motul con su esposa y se decía médico, pero de este no existe ninguna otra referencia.<sup>32</sup> La familia Lías Pérez, por su parte, se

<sup>30</sup> Entrevista realizada a Faulo Sánchez en la ciudad de Mérida, el 19 de septiembre de 2012.

<sup>31</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 24, vol. 60, exp. 12, Renuncia a la nacionalidad coreana de Felipe Kim y Yun del 20 de noviembre de 1932; caja 26, vol. 64, exp. 4, Oficio núm. 608 del 9 de diciembre de 1934 al Departamento de Migración, y caja 28, vol. 67, exp. 4, Oficio núm. 149 del Presidente Municipal al Departamento de Migración.

<sup>32</sup> AGEY, Fondo Municipios, Sección Motul, caja 24, vol. 60, exp. 6, Oficio núm. 434 del 28 de octubre de 1932 del Presidente Municipal al Jefe del Departamento de Irrigación. ARCM, Defunciones, Acta núm. 280, del 26 de noviembre de 1925, de Felicitas Kim Lei.

dedicaba al comercio. Cabe mencionar que a ninguno de estos migrantes se les ubica como propietarios de bienes inmuebles. Destacamos igualmente que aquellos a los que se les puede ubicar más en los documentos, se caracterizan por tener otras actividades diferentes a la de jornalero; la mayoría de estos se declaran comerciantes, aunque también los hay dedicados a otros oficios, como el hojalatero Manuel Ancona Chan, el único coreano de los que encontramos en el Registro Nacional de Extranjeros que vivía en Motul.

Situación diferente se planteó con los libaneses. En el archivo del municipio de Motul encontramos que desde 1905 hubo varios quienes, además de ser dueños de establecimientos comerciales, se hicieron propietarios de bienes inmuebles. Este es el caso del ya mencionado Jorge E. Siqueff, quien solicitó permiso a las autoridades locales para poner una puerta de madera contigua al zaguán de su establecimiento comercial, llamado “La puerta sublime”.<sup>33</sup> Posteriormente, en 1911, pedía autorización para reconstruir su casa.<sup>34</sup> En marzo de ese mismo año, otro libanés, Elías Simón solicitó una prórroga para hacer las remodelaciones que le habían sido requeridas por las autoridades locales, las que consistían en sustituir la portada contigua a su establecimiento con muro o una puerta en forma. Elías hacía alusión a la “situación aflictiva por la que atraviesa el país”, y argumentaba: “el producto de mis ventas ha disminuido notablemente, al grado de que sólo puedo cubrir mis más urgentes necesidades”.<sup>35</sup> No obstante, las dificultades económicas a las que aludía no parecieron durar mucho, pues siete meses más tarde tramitó un permiso para construir una casa de mampostería.<sup>36</sup> Esta estrategia de hacerse el desafortunado parece haber sido un argumento utilizado entre los inmi-

<sup>33</sup> AGEY, Fondo Municipios, Sección Motul, caja 3, vol. 10, exp. 5, año 1905, Solicitud de Jorge Siqueff al H. Ayuntamiento.

<sup>34</sup> AGEY, Fondo Municipios, Sección Motul, caja 6, vol. 19, exp. 2, año 1911, Solicitud de Jorge Siqueff al H. Ayuntamiento.

<sup>35</sup> AGEY, Fondo Municipios, Sección Motul, caja 6, vol. 19, exp. 2, año 1911, Solicitud de Elías Simón al H. Ayuntamiento.

<sup>36</sup> AGEY, Fondo Municipios, Sección Motul, caja 6, vol. 18, exp. 3, año 1911, Solicitud de Elías Simón al H. Ayuntamiento.

grantes libaneses con el fin de conseguir algunos beneficios del Estado. De hecho Elías Simón va a ser, como lo vamos a ver, uno de los libaneses de Motul que más destacaría económicamente.

En la revisión de los documentos, notamos que los libaneses naturalizados, y algunos de sus hijos, como Elías Siqueff, Jorge Cure, Jorge Siequeff, Pedro Abraham Jorge Badías, Elías Badías, Ayub Barquet y Manuel Estéfano eran además tomados en cuenta por las autoridades municipales para prestar servicios de jurado ante el Poder Judicial de la Federación.<sup>37</sup> También destacaban por ser propietarios de algunos de los pocos vehículos que circulaban en ese entonces en el municipio, como José Jairala que tenía un camión con el que hacía servicio de transporte de carga,<sup>38</sup> y Aniceto Pedro, dueño de un automóvil que llegó a facilitar para las giras del gobernador del estado por el municipio de Motul.<sup>39</sup> Shara Abraham y Julieta Jure participaron en el concurso para ser la Madrina por Motul ante la Exposición Industrial Agrícola y la Feria Comercial del Estado, en 1932.<sup>40</sup> En esta misma década, el hijo de Jorge E. Siqueff, del mismo nombre, fue miembro representante de la Cámara Nacional de Comercio e Industria de Motul, y al finalizar esa década era comisario de la Manzana Tercera, donde se encontraba su casa. En 1940 fue agente de la Lotería Nacional en su ciudad de residencia.<sup>41</sup>

<sup>37</sup> AGEY, Fondo Municipios, Sección Motul, caja 20, vol. 49, exp. 8, año 1927, Relación de ciudadanos mexicanos formada por la presidencia municipal para prestar servicios de jurado.

<sup>38</sup> AGEY, Fondo Municipios, Sección Motul, caja 38, vol. 84, exp. 2, año 1941, Informe del 17 de mayo de 1941 del Presidente Municipal al Procurador General de Justicia.

<sup>39</sup> AGEY, Fondo Municipios, Sección Motul, caja 24, vol. 60, exp. 3, año 1932, Relación de pagos por hacerse dirigido al Tesorero Municipal.

<sup>40</sup> AGEY, Fondo Municipios, Sección Motul, caja 24, vol. 60, exp. 3, año 1932, Conteo de votos por el H. Concejo Municipal.

<sup>41</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 27, vol. 66, exp. 6, Carta del 5 de febrero de 1935 de la Cámara Nacional al Presidente Municipal firmada por el presidente y por el secretario Jorge E. Siqueff; caja 36, vol. 80, exp. 4, relación de los comisarios del cuartel 3º enero 14 de 1939, caja 36, vol. 81, exp. 3 Oficio núm. 1085 del 15 mayo de 1940 del Presidente Municipal a Jorge E. Siqueff agente la Lotería Nacional.

La gran mayoría de los extranjeros de origen libanés que se instaló en Motul se dedicó al comercio, principalmente de lencería. Por la información obtenida en los archivos, sus establecimientos comerciales estuvieron ubicados sobre todo en el Mercado Público Guillermo Palomino, como los de Rafaela Siqueff, Ayub Barquet, María Moisés, Farida Simón y Malke Cure, aunque hubo algunos cuyas tiendas se ubicaban en otros puntos, como las de Antonio Simón, María Barquet y Jorge E. Siqueff. Este último, junto con su familia fue, al parecer, el único que tuvo, entre otras cosas, un restaurante. De hecho se dice que los famosos huevos motuleños fueron una de sus creaciones.

Para 1933 se tiene registro de nueve comerciantes libaneses; en 1935 eran siete; en 1936, ocho, y en 1939, seis.<sup>42</sup> Posteriormente, tras la desaparición del mercado público Guillermo Palomino, fueron varios quienes mantuvieron sus estanquillos en el nuevo mercado 20 de Noviembre, como el puesto de Faride Simón, donde la mamá de la motuleña Juanita Méndez compraba las telas para la fabricación de su ropa: “los turcos —cuenta— aquí sólo hacían vender telas”.<sup>43</sup> Pero no se limitaban a vender en sus puestos o establecimientos, sino que también hacían giras comerciales por los alrededores, como Ayub Barquet,<sup>44</sup> manteniendo viva durante algunas décadas la tradición de buhoneros. La actividad comercial les dio entonces una mayor visibilidad y contacto con las autoridades locales y estatales debido a los trámites que debían hacer para mantener vigente la concesión de sus estanquillos y para pagar los impuestos correspondien-

<sup>42</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 28, vol. 68, exp. 3, relación de señores comerciantes de 1935; caja 30, vol. 71, exp. 7, relación de señores comerciantes de 1936; caja 37, vol. 28, exp. 5. Relación de señores comerciantes de 1939.

<sup>43</sup> Entrevista realizada a Juanita Méndez en la ciudad de Motul, el 21 de junio 2011.

<sup>44</sup> Debido a una gira comercial por el oriente del estado, Ayub Barquet no pudo seguir la denuncia que hizo contra José Jairala, quien le debía nueve meses de renta del local donde tenía establecido su negocio de lencería. El desaguisado llegó incluso hasta los golpes entre ambos libaneses. AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 38, vol. 84, exp. 2, Oficio núm. 196, del 27 junio de 1941 del presidente Municipal al Procurador de Justicia del Estado.

tes, porque incluso los ambulantes estaban obligados a hacerlo, según la Ley General de Hacienda.

También están quienes durante un tiempo realizaron varios movimientos de deudas, hipotecas y compraventa de bienes inmuebles que no sólo se localizaban en su lugar de residencia. El más destacado en este tipo de actividades fue Elías Simón,<sup>45</sup> quien compró un solar a Antonio Sabido, en el puerto de Telchac. Unos años más tarde promovió un juicio mercantil por dos fincas ubicadas en el mismo puerto para garantizar el cobro de 3 500 dólares que Eulogio Palma y Palma le debía. También están los documentos con los que adquirió, en Motul, la propiedad de seis predios ubicados todos en la calle 26, cinco de los cuales fueron en cobro de los 19 000 pesos que le debía Anastasio Euan, y para el otro adquirió la hipoteca que tenía Ricardo Palma. Elías Simón también contraía fuertes deudas que respaldaba con las hipotecas de algunas de las fincas que poseía. En 1910 se endeudó con Candelaria de Peón y de Regil por 7 500 pesos, posteriormente sus deudas las contraería con su paisana Saada Siqueff, residente de Motul. En 1923 fueron 6 000 pesos, y luego, en 1929, fueron 9 500; habría que añadir que todas sus deudas fueron puntualmente pagadas. En 1925 vende a Elías Siqueff por 2 000 pesos la casa de mampostería núm. 301 de la calle 26a, la cual había comprado en 1908 a Ricardo Palma, por la cantidad de 4 000 pesos. La pregunta es: ¿Por qué le vende la casa a un precio tan bajo siendo que ya pasaron 17 años? Al parecer esto fue resultado de otra transacción que hicieron ambos libaneses en la que Elías Siqueff le cede a Elías Simón la hipo-

<sup>45</sup> AGEY, Fondo Municipios, sec. Motul, caja 19, vol. 47, exp. 1, Documento del 1º de octubre de 1922; Archivo notarial, protocolo, Motul, 1908, núm. 872; Fondo Registro de la Propiedad Privada, Índice de documentos privados, Motul, 1915, núm. 1625; Fincas urbanas, 1903, núm. 1394, hipoteca núm. 1423 de la casa núm. 301 de la calle 26a; Hipotecas y fincas urbanas, 1919, núm. 1581 Hipoteca núm. 1423 de la casa núm. 301 de la calle 26a 1917, núm. 1255, Hipoteca núm. 2350, Venta en remate por 19 000 pesos; Hipotecas y fincas rústicas, 1919, núm. 1581 Hipoteca núm. 1634 de la casa núm. 302 de la calle 26; Hipotecas y fincas rústicas, 1919, núm. 1581 Hipoteca núm. 1635 de la casa núm. 304 de la calle 26, Fincas urbanas, 1920, libro 1289, núm. 1728.

teca que tenía con el Sr. Aguilar Sostenes de su casa ubicada en Telchac en la calle 18, núm. 100, por la cantidad mencionada.

Fueron varios los libaneses que estuvieron en la posibilidad de comprar algún bien inmueble, que en general era su casa habitación. Todas las propiedades se ubican en las principales calles en el centro de la ciudad de Motul. En la calle 27 pertenecían a libaneses los predios marcados con los números 296, 307, 309, 311, 313 y 315. En la calle 26 los libaneses eran propietarios de las casas con los números 240, 296, 297, 297a, 301, 302, 304 y 306. En la calle 26a tenían la propiedad del núm. 301 y en la calle 25, del número 276. El motuleño Valerio Buenfil lo describe así: “El centro se lo disputaban. Primero españoles tuvieron las casas, cuando llegan los libaneses entran en pugna y de hecho ahorita, todavía la parte este de la plaza, tienes allá a los Arroyo que son cubanos, pero emparentados con libaneses, los Montañez que también tienen su lado emparentado con libaneses. Todo ese tramo ligado a los libaneses. Y aquí tienes a las Pedro. Aquí en frente era de libaneses, o sea la mayor parte era de libaneses”.<sup>46</sup>

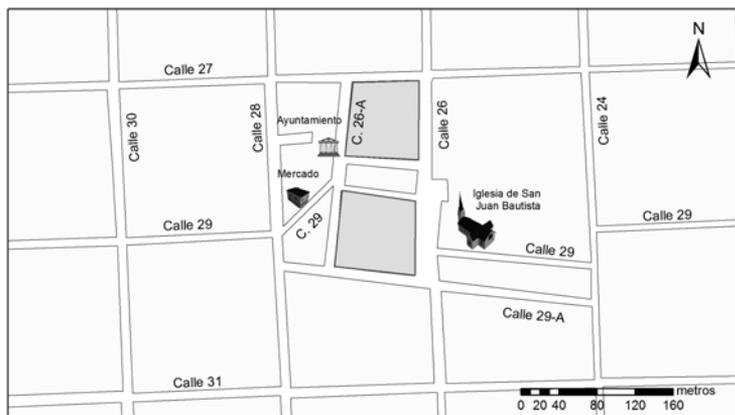
Sin embargo la colonia de libaneses establecida en Motul —y que llevaba ya algunas décadas— no tuvo una larga vida pues estos migrantes se insertaron en los movimientos poblacionales en el interior del estado a mediados del siglo xx como consecuencia de la crisis henequenera.<sup>47</sup> Por esa razón varias de esas familias decidieron salir del pueblo para instalarse, en su mayoría, en la ciudad de Mérida, aunque ciertamente, hubo algunos que se fueron al Distrito Federal, como el famoso creador de la Ciudad de los Deportes, Neguib Simón Jalife, primo del ya mencionado Elías Simón.

<sup>46</sup> Entrevista realizada a Valerio Buenfil realizada en Motul, el 10 de junio de 2011.

<sup>47</sup> Como menciona Sandra Kuntz (2007, 396), el henequén aportó riqueza y prosperidad a Yucatán en el corto y mediano plazo, pero no transformó las características de la economía regional para crear condiciones de crecimiento perdurable. El problema se centró en la precariedad de la economía local, en el bajo nivel del punto de partida y en la rigidez de la estructura social tradicional.

Las reemigraciones de los libaneses quedaron grabadas en la memoria de los motuleños. Juanita Méndez cuenta, al hacer referencia de las familias de Elías Siqueff y de Pedro Abraham, que ellos ya se fueron a vivir a Mérida, “que yo sepa —dice— ninguno se quedó a vivir acá”.<sup>48</sup> Por su parte, Manuel Pinto explica que los libaneses migraron a la ciudad de Mérida debido a la debacle del henequén pues “todo giraba en torno al oro verde. Ya se había acabado lo del henequén, no había y ¿quién compraba? Era muy sencillo: ¿quién compraba?”<sup>49</sup>

Terminamos este capítulo resumiendo que, en lo que respecta a los coreanos, salvo dos o tres excepciones, los que estuvieron ya no están, y los que están, llegaron después. Su seguimiento resultó difícil, sin embargo pudimos acceder a algunas generalidades de sus prácticas matrimoniales y su vida cotidiana. En cuanto a los libaneses, durante las décadas que permanecieron en el municipio, lograron capitalizarse de distintas formas. Su presencia se destacó además en distintos aspectos de la vida en Motul. En el siguiente capítulo hablaremos con mucho más detalle de las siguientes generaciones y veremos exactamente qué es lo que queda de los libaneses y de los coreanos en aquel municipio.



Mapa de las principales calles de la ciudad de Motul

<sup>48</sup> Entrevista realizada a Juanita Méndez en Motul, el 21 de junio de 2011.

<sup>49</sup> Entrevista realizada a Manuel Pinto en Motul, el 3 de junio de 2011.

## Capítulo 5. Libaneses y coreanos. Una mirada transgeneracional a Motul

Para dar continuidad a nuestro objetivo de destacar, analizar y comprender algunos de los diferentes factores que determinaron las trayectorias tanto de los libaneses como de los coreanos en territorio yucateco, decidimos hacer en este último capítulo un análisis de corte transgeneracional. La intención es la de visualizar los caminos que siguieron los descendientes de la migración de libaneses y coreanos en sus procesos de asimilación en un tiempo largo, pero en un espacio corto, que en este caso es sobre todo la experiencia de estos migrantes en el municipio de Motul. Hemos puesto, en primer lugar, especial interés en observar las ventajas de una adecuada capitalización social, cultural y económica para las generaciones siguientes de los dos grupos migratorios que nos ocupan. Incluimos igualmente un análisis sobre algunos de los aspectos de la cultura de origen que permanecieron o desaparecieron al paso de las segundas generaciones. Por último ofrecemos desde la perspectiva de las representaciones sociales algunas pinceladas de la imagen colectiva que se tiene en la actualidad sobre los libaneses y coreanos luego de más de cien años de su llegada a la península.

Como sustento de este último capítulo decidimos recurrir a la teoría de la asimilación segmentada, cuyos principales precursores son Alejandro Portes, Rubén Rumbaut y Min Zhou.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> La asimilación segmentada surge como crítica de la teoría de la asimilación lineal. Esta última fue utilizada a mediados del siglo xx para explicar el proceso de asimilación de los migrantes en Estados Unidos ofreciendo una visión eurocentrista del proceso con el fin de responder con un sí “categórico y

Siguiendo a estos autores asumimos que la sociedad en general se compone por segmentos segregados y desiguales, y que los migrantes, así como sus descendientes, pueden incorporarse a uno u otro de esos segmentos, por lo que ellos consideran que hay que preguntarse primero a qué sector de la sociedad se incorpora cada grupo migratorio y reconocer que existen formas distintas de adaptación (Portes y Zhou 1993, 82). En sus trabajos estos autores identifican tres tipos de trayectorias:

La primera es la incorporación a las clases medias o lo que llaman la incorporación al *mainstream*. La segunda es la incorporación a los segmentos precarizados de las clases populares llamadas *underclass*. Por último identifican la incorporación a las redes sociales constituidas por algunos segmentos de clases medias que combinan un cierto grado de bienestar económico con una alta densidad relacional y con el mantenimiento de valores culturales y pautas de conducta que son distintas de las mayoritarias en el país (García 2006, 28-29). Además de la construcción y consolidación de redes sociales, estos autores valoran en el desarrollo del proceso de asimilación de las segundas generaciones otros factores exógenos como el origen social, las relaciones entre padres e hijos, las condiciones de vida de los sujetos y, por supuesto, los contextos de incorporación. Lo importante, para estos autores son los factores que determinan las diversas trayectorias que pueden seguir los migrantes.

#### TRAYECTORIA SOCIOECONÓMICA Y MOVILIDAD GEOGRÁFICA DE LOS LIBANESES

Si bien es cierto que nuestra primera intención fue limitarnos al municipio de Motul, nos resultó imposible dejar de lado la historia de algunos de los descendientes de libaneses que vivie-

entusiasta” a la pregunta sobre si se habían asimilado los descendientes de los inmigrantes en aquel país. En su afán generalizador, la teoría de la asimilación lineal dejaba de lado, por ejemplo, a los descendientes de esclavos africanos, de suerte que como explica García “fue posible escribir una historia mítica con un fondo de marcha triunfal, como una conquista del sueño americano por parte de los inmigrantes y sus descendientes” (García 2006, 21).

ron en los municipios aledaños debido, primero, a lo complejo y extenso que son los lazos familiares de los libaneses en la región y, segundo, a la importancia económica de la ciudad de Motul. Una característica principal de esos libaneses instalados en estas localidades aledañas fue que se encontraron más bien aislados geográficamente, es decir que eran los únicos que ahí residían. En la galería iconográfica del libro de Cuevas Seba (2009, 227-388) podemos corroborar efectivamente que ese era el rasgo de la instalación de los migrantes libaneses en los pequeños poblados yucatecos. Tal es el caso de los dos o tres personajes que se instalaron en Teabo, Kinchil y Bolonchén.

Decidimos entonces incluir aquí la trayectoria de dos descendientes de libaneses que resultan bastante contrastantes. La primera es la de Amira Simón: ella nació en Dzinzantún y sus abuelos fueron pioneros de la migración libanesa a Yucatán, pues según los registros de Cuevas Seba (2009, 292) llegaron en 1890. Al casarse con un yucateco, Amira se fue a vivir a la localidad de Baca, donde tuvo una tienda gracias a la ayuda de un *paisano*. Amira pasó cerca de 20 años de su vida en esa localidad y cuenta que ella era la única libanesa del pueblo, pero eso no significó que rompiera sus lazos ni con su familia ni con el resto de la comunidad. Cabe señalar que Amira descendía de los Simón, una de las familias más extensas que vivieron en la región, con muchos de sus miembros arraigados en la ciudad de Motul.<sup>2</sup>

Muy distinta es la historia de la familia de Antonio Sodá. El padre —al enviudar— deja de ser vendedor ambulante, se muda de Motul a Telchac Pueblo y pone un almacén. Para entonces sus hijos ya habían crecido: Juan, uno de ellos, se queda en Motul, y el otro, Antonio, después de ir y venir entre Motul, Mérida y el Distrito Federal, termina por establecerse a sus 40 años en Telchac Pueblo, para encargarse de la tienda de su padre a su muerte. Ahí conoce a Antonia Quiñones Chan, quien sería su compañera durante 11 años, hasta su muerte, y con la que tuvo tres hijos. La situación económica de Antonio siempre fue

<sup>2</sup> Entrevista realizada a Amira Simón en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.

bastante complicada debido a una grave enfermedad que padecía. La tienda “se fue gastando”, dice Antonia, y “no hubo más remedio que cerrarla”.<sup>3</sup> En herencia, Friné Sodá la hija comenta que su mamá recibió puras deudas, que tuvo que pagar porque ella era la que firmaba a los acreedores y no Antonio, por su estado de salud.<sup>4</sup> Pero lo que llama la atención es que esta familia no pudo ingresar y beneficiarse de las redes sociales que, como vimos, implican entre otras cosas la solidaridad y el apoyo mutuo de la comunidad. Por el contrario, se encontró completamente aislada. Del hermano que vivía en Motul no pudieron obtener ayuda porque cuentan que “estaba más pobre”, y de los parientes que vivían en esa misma ciudad, Antonia dice que conoció a José Jairala “que era primo hermano de ellos, pero nada de ayuda. ‘Hola’, ‘hola que tal, mucho gusto’ y ya”.<sup>5</sup>

Cabe señalar que de todas las familias de origen libanés cuya historia pudimos indagar, esta fue la única que se quedó fuera de la comunidad. Son varios los factores que podrían explicar esta situación y que se suman al hecho de vivir en una localidad sin población de origen libanés, como el delicado estado de salud de Antonio que le imposibilitó la movilidad necesaria para tejer las redes con sus *paisanos* que le permitieran beneficios económicos y la oportunidad de integrar a su familia mestizada a los usos y costumbres de la comunidad. Antonio los dejó en una situación económica algo precaria, lo que sellaría para siempre su lejanía con lo libanés. Hoy en día Antonia y sus hijos viven en la ciudad de Mérida y, al preguntarle a la hija Friné si tenían algún tipo de relación con otros descendientes de libaneses, respondió que ya habían perdido todo contacto con ellos, pues asegura que “las familias libanesas sólo emparentan con gente rica”.<sup>6</sup>

<sup>3</sup> Entrevista realizada a Antonia Quiñones en la ciudad de Mérida, el 18 de octubre de 2013.

<sup>4</sup> Entrevista realizada a Friné Sodá en la ciudad de Mérida, el 18 de octubre de 2013.

<sup>5</sup> Entrevista realizada a Antonia Quiñones en la ciudad de Mérida, el 18 de octubre de 2013.

<sup>6</sup> Entrevista realizada a Friné Sodá en la ciudad de Mérida, el 18 de octubre de 2013.

Ya Luis Alfonso Ramírez (2012, 177) ha destacado el papel clave que tuvo la mujer libanesa en la perpetuación de la familia y por ende de la identidad y de la comunidad libanesa. En el caso de Motul encontramos verdaderos matriarcados en los que el papel de la mujer fue clave incluso para la consolidación de la prosperidad económica de algunas de las principales familias. Tal es el caso de la familia de Herbé, quien en entrevista afirma convenido “nosotros somos descendientes de matriarcado” y nos habla de tres mujeres. La primera es su abuela Rafaela Siqueff, nacida en el Líbano, y a quien describe como “la heroína” de su vida. Después de una breve estancia en Mérida, Rafaela y su familia se instalan en la ciudad de Motul. Ella se dedicó al comercio mientras que su esposo, Pedro Abraham, a la “bohemia”. La tía Xama, también nacida en el Líbano, fue un referente muy importante para Herbé, quien nos dice que terminó por agarrar el control de la familia, trabajando con la abuela en el puesto del mercado. Por último está la figura de su madre Sahara, nacida en Yucatán, cuyo matrimonio con un cubano duró poco tiempo. Sahara también pudo salir adelante con sus tres hijos con el apoyo de su madre y dedicándose a prestar dinero “al interés”. Herbé asegura “yo soy lo que soy gracias a estas tres mujeres libanesas” a quienes dice tenerles un profundo agradecimiento.<sup>7</sup>

Otra mujer que logró hacer un buen capital “dando dinero al interés” fue la libanesa Sada Siqueff Mattar, abuela de Elías Montañez, quien nos cuenta: “Ella era la que manejaba el... porque mi abuelo era más tranquilo... que había una casa, la compraba y la volvía a vender”. De hecho hoy en día la familia todavía conserva parte del patrimonio que les heredó la abuela Sada.<sup>8</sup> La última mujer de origen libanés de la que hablaremos aquí, y que se destaca por haber tomado las riendas de la familia, fue Amira Simón, que pertenece a la tercera generación. Ya en su momento su madre había tenido que sacar adelante a su

<sup>7</sup> Entrevista realizada a Herbé Rodríguez Abraham en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.

<sup>8</sup> Entrevista realizada a Elías Montañez en la ciudad de Mérida, el 18 de octubre de 2013.

familia al quedar viuda. Amira heredó el alma de comerciante, por lo que, como ya dijimos, durante 20 años tuvo una tienda en Baca: “empecé a crecer, hasta los de Motul me envidiaban. Venía la gente de Motul a comprar a mi casa. Ya tenía yo mis vidrieras grandes, me paré en un dos por tres, vendiendo telas, calzado, trajes de novia, de todo”.<sup>9</sup>

Los libaneses en Motul tuvieron durante la primera mitad del siglo xx un comportamiento de élite y generaron una fuerte dinámica comercial en la región. Pero esta situación no duraría mucho tiempo: si bien en su estudio Ramírez (1993, 28) afirma que su intensa acumulación de capital ha sido bastante visible bajo la forma de “supermercados, plazas comerciales y grandes tiendas departamentales, tanto en Mérida como en los principales centros urbanos de la península”, este no fue el caso de Motul, donde la crisis henequenera forzó a los libaneses a desplazarse a la ciudad de Mérida y a otros destinos desde mediados del siglo xx, lo que implicó en ocasiones el cierre de sus negocios. Tal es el caso del tío de las hermanas Pedro, Antonio Simón. Ellas cuentan en su entrevista que, para mudarse a la ciudad de Mérida, vendió el edificio donde tenía una tienda grande de perfumería, zapatería, lencería y otros artículos más.<sup>10</sup>

En este sentido se puede afirmar que fueron algunos libaneses los que en algún momento de su vida se establecieron en Motul y que posteriormente ellos o su descendencia se movieron a otros destinos, rompiendo sus lazos económicos con aquella ciudad. Uno de los ejemplos más notables por la cantidad de documentos que encontramos en el Archivo General del Estado de Yucatán —en el fondo del Registro Público de la Propiedad del municipio de Motul, que nos muestra sus transacciones económicas, sobre todo en área inmobiliaria— es el caso del ya mencionado Elías Simón, quien tuvo una propiedad en el puerto de Telchac y seis predios en la ciudad de Motul y quien, a finales de

<sup>9</sup> Entrevista realizada a Amira Simón en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.

<sup>10</sup> Entrevista realizada a las hermanas Pedro en la ciudad de Motul, el 22 de agosto de 2013.

los años veinte, saldría de aquella ciudad manteniendo durante algunos años sus propiedades y transacciones económicas en Motul. Resulta sorprendente que ninguno de los descendientes libaneses entrevistados supiera quién era este personaje. Parece que Elías fue uno de los pocos que no solo rompió sus lazos económicos en Motul sino que también rompió sus lazos sociales con la comunidad de esa ciudad. La fecha más reciente que encontramos en los documentos de los archivos data de 1934, cuando termina de saldar una deuda que había adquirido con su paisana Sada Siqueff. El nieto de esta comentó no saber nada de él<sup>11</sup> y es que su paso por la ciudad de Mérida parece no haber durado mucho, pues Elías Simón se mudó a la Ciudad de México, donde aún vive parte de su descendencia.

Con la información obtenida en los archivos nos dimos a la tarea de saber cuántos descendientes de libaneses vivían aún en la ciudad de Motul. Así encontramos a las hermanas Pedro, pertenecientes a la segunda generación —es decir que son hijos de libaneses que nacieron en dicho lugar— que se siguen dedicando al comercio, pues conservan el puesto del mercado que su madre abrió casi desde que llegó a Motul. De la tercera generación, es decir, nietos de migrantes libaneses, viven aún en la ciudad de Motul los hermanos Abraham Espadas: ella es la directora del Instituto de Estudios Superiores de Motul; también está una hija de las Pedro, que es maestra. A la cuarta generación pertenece uno de los hijos de Elías Montañez que tiene una tortillería, pero vive en Mérida, y otro que vive en Motul, pero trabaja en Mérida, y un Pavia Siqueff. Como se puede observar, solo las hermanas Pedro conservan la actividad típica que distinguió a los libaneses durante años, mientras que las nuevas generaciones se encuentran ya integradas a la clase media motuleña con actividades diferentes a las del comercio. Sin embargo hay que aclarar que de estas nuevas generaciones son varios los que tuvieron que salir durante un tiempo de Motul a la ciudad de Mérida para poder tener una preparación profesional.

<sup>11</sup> Entrevista realizada a Elías Montañez en la ciudad de Motul, el 8 de octubre de 2013.

Y es que uno de los principales argumentos que nos dieron los descendientes de origen libanés para salir de ahí fue sobre todo la educación de los hijos: “nosotros vivíamos en Motul —cuenta Elías Montañez—, pero crecieron los muchachos y no había secundaria para estudiar, y por eso vinimos nosotros para que estudiaran”.<sup>12</sup> Aunque el estudio parece no haber sido el único motivo. Las hermanas Pedro tienen la impresión de que su tío Antonio Simón decidió mudarse a la ciudad de Mérida “para que tengan futuro sus hijas, para que se casen bien”. A Amira no le gustó la idea de que su hija la más chica fuera pretendida por un joven del pueblo, además de que sus otras hijas ya iban y venían todos los días de Baca a Mérida para estudiar. Amira decidió vender su tienda en Baca, lo que le permitió comprar una casa y un coche en Mérida además de tener unos “ahorritos” en el banco para salir adelante en lo que encontraba una actividad en aquella ciudad. La de Elías, la de Antonio y la de Amira fueron emigraciones familiares, pero no todas tuvieron esa característica. Como es el caso de Herbé quien siendo un niño aún se mudó a la ciudad de Mérida para ingresar a la Secundaria Federal para Hijos de Trabajadores, recién abierta, que funcionaba como internado. Herbé, ingeniero de profesión jamás regresaría a vivir a Motul, aunque aún conserva en aquella ciudad las propiedades que su madre le dejó en herencia.

Como podemos observar, las familias de origen libanés que se instalaron en Motul a principios del siglo xx lograron despuntar económicamente a través del comercio, la usura y la compraventa de bienes inmuebles, convirtiéndose de alguna manera en los “ricos del pueblo”. En este sentido, podemos afirmar que durante los primeros 50 años de su residencia en la región se les puede ubicar en el tercer tipo de trayectoria que observan Portes y Zhou (1993) y que se refiere a la incorporación de los migrantes y sus descendientes a las redes sociales que se insertan a las clases medias con un cierto grado de bienestar económico y con una alta densidad relacional, y en el que se distingue el manteni-

<sup>12</sup> Entrevista realizada a Elías Montañez en la ciudad de Mérida, el 8 de octubre de 2013.

miento de valores culturales, una solidaridad estrecha y pautas de conducta que los distingue del resto de la sociedad.

Sin embargo ese despunte económico no iría mucho más allá, pues los descendientes —tanto los que permanecieron en Motul como los que se mudaron y encontramos en la ciudad de Mérida— se quedaron dentro de las clases medias yucatecas, con una diversificación de sus actividades económicas. Para la segunda mitad del siglo xx, estas actividades dejaron de estar ligadas al apoyo mutuo y a la solidaridad de una comunidad migratoria. Recordemos que para entonces los libaneses ya se encontraban en un proceso de integración total a la sociedad yucateca, pues el éxito económico, la socialización y la escolaridad de las nuevas generaciones, así como la pérdida del referente espacial —ya que muchas de las familias abandonaron el barrio para irse a vivir a las colonias del norte de la ciudad de Mérida— terminaron por disolver la identidad étnica y colectiva, lo que dio lugar a los matrimonios mixtos por parte de las nuevas generaciones y completó finalmente el proceso de mestizaje e integración cultural.

Este proceso dio paso a la construcción de una red social más extendida que ya no sólo se limitó a la consolidación de un capital social dentro de la comunidad migrante, sino que se extendió hacia otros sectores de la sociedad receptora. La trayectoria de los libaneses daría un giro ante la apertura de la comunidad hacia la sociedad yucateca, de suerte que en su integración social y económica incorporaron ciertos rasgos del *habitus* de las clases medias y altas locales, logrando algo impensable para los fuereños: enlaces matrimoniales con las élites peninsulares.

#### TRAYECTORIA SOCIOECONÓMICA Y MOVILIDAD GEOGRÁFICA DE LOS COREANOS

Como dijimos en los capítulos anteriores, durante algunos años los coreanos se contrataron de manera colectiva para trabajar en las haciendas henequeneras, por lo que en ocasiones se formaban pequeños grupos, aunque estos se mantenían vigentes sólo

durante los años de validez del contrato de trabajo, ya que enseguida los trabajadores debían desplazarse a otra hacienda, por otro periodo y otro contrato. Ya hemos dicho que la situación económica de estos trabajadores del campo fue bastante complicada, y que estas dificultades no se limitaron a la primera generación. De hecho, en el libro *Historia de la vida de los coreanos en México* se advierte sobre la persistencia de las malas condiciones de vida de estos migrantes, incluso luego de cuarenta años de haber llegado a Yucatán. Su vida se caracterizaba por los “sueldos bajos y en medio de pésimas condiciones” (Nam 2006, 195), y es que los coreanos se incorporaron desde su llegada a los segmentos precarizados de las clases populares, lo que Portes y Zhou (1993) llaman *underclass*.

Fueron realmente pocos los coreanos que se pudieron capitalizar, y esos pocos tuvieron que cambiar de actividad, es decir dejar las labores agrícolas y establecerse en los centros urbanos. Este cambio tuvo lugar para algunos coreanos como parte de la dinámica del campesinado yucateco, de la migración campo-ciudad producida por el proceso de urbanización que se ubica en el estado desde los años cincuenta del siglo xx.

Los que venimos a la ciudad pues es otra cosa ya. Nuestros hijos de casi todos procuramos que estudien, se preparen y ahí van, pero pues la gente del pueblo ya ve que llegas a cierta edad y a trabajar, a trabajar para salir adelante, entonces ellos siguen igual, muy pobres. Sí, hay algunos que pusieron su tiendita que han crecido, pero bueno, no para decir que son ricos ni nada, solo para sostenerse.<sup>13</sup>

Para conocer las trayectorias de los descendientes de coreanos que viven o vivieron en el municipio de Motul, hicimos una búsqueda en la que encontramos descendientes en Cholul, Sacapuc, Kiní, Suma y Motul. Así tenemos a la familia de Crisanto Chion, quien nació en Kantunil. Crisanto era hijo de padre coreano y madre yucateca y se instaló en Sacapuc, donde se casó con Florinda Pech, quien aún vive junto con su descendencia

<sup>13</sup> Segunda entrevista realizada a Ulises Park en la ciudad de Mérida, el 17 de junio de 2016.

en el mismo pueblo. En la entrevista pudimos observar que su situación económica resulta bastante complicada, incluso para la continuación de los estudios de los nietos.<sup>14</sup>

En Cholul conocimos a Dalia Sim Kim, quien vivió con su familia algún tiempo en Timul, localidad del municipio de Motul. Sus abuelos habían puesto una tienda donde se vendía de todo, pero se iban a mudar a Tijuana, de modo que su padre —quien como hojalatero ya había recorrido varios pueblos del estado— decidió instalarse en Timul para hacerse cargo de la tienda. Tras la interrupción de los dos años en que vivieron en Tijuana, el padre de Dalia moriría en Timul. Ella se mudó a Mérida tras casarse y nos cuenta: “cuando ya murió mi papá, mi mamá y mi hermana vinieron a vivir acá y de acá se fueron a Santa Ana California y allá se casó mi hermana y se fue mi hermana a Óregon y ahora vive en Óregon y allá murió mi mamá”.<sup>15</sup>

Conocimos igualmente a otra familia coreana con el apellido Ham y que en la actualidad se extiende por varias localidades aledañas a la ciudad de Motul. Encontramos en esa ciudad a la nieta Ramona; en Suma, a la hija Esperanza y al nieto Alberto, y en Kiní, al hijo Agustín. Todos descendientes de Pedro Pablo Ham Kim, quien llegó de Corea y fue enviado a la hacienda de Tixcuytún en el municipio de Mérida, donde vivió 10 años y se casó con Emilia Aké; juntos tuvieron doce hijos. Esperanza Ham nos dice que al salir de Tixcuytún su padre vivió en muchos lados “porque mi papá se molestaba donde no le gustaba y se iba en otro lugar”,<sup>16</sup> hasta que llegó a la hacienda de San Nicolás en el municipio de Motul. De ahí se fue a trabajar por otros lugares dentro del mismo municipio, pero dejando en una situación bastante difícil a su familia. Esperanza cuenta: “nos dejó, pero mis hermanos ya tenían esposas, no nos pueden mantener... Se separó de mi mamá, se fue, no se casó, na’más se juntó con una

<sup>14</sup> Entrevista realizada a la familia Chion Pech, en Sacapuc, el 10 de junio de 2011.

<sup>15</sup> Entrevista realizada a Dalia Sim Kim en Cholul, el 19 de agosto de 2011.

<sup>16</sup> Entrevista realizada a Esperanza Ham en Suma, el 17 de junio de 2011.

señora que es viuda”,<sup>17</sup> con la que tuvo a Agustín, quien vive en Kiní. Agustín no lleva el apellido de su padre y sólo convivió con él un par de años. Aunque Agustín conoció a sus hermanos, comenta que nunca tuvo un contacto cercano con ellos.<sup>18</sup>

Por su parte, el nieto Alberto cuenta que su papá trabajaba con su abuelo Pedro Pablo en la hacienda San Nicolás, cortando pencas y chapeando, incluso él mismo trabajó ahí como jornalero raspando pencas. Alberto no terminó la primaria, “si sé leer —dice—, pero mi papá no nos dejaba seguir estudiando pues porque yo era el mayor de mis hermanitos y yo tenía que ayudar”.<sup>19</sup> Así Alberto vivió hasta los 47 años en San Nicolás, cuando decidió mudarse a Suma para que sus seis hijos pudieran continuar con sus estudios primarios.

La nieta Ramona nos platica que su mamá se fue a alcanzar al abuelo Pedro Pablo que trabajaba siempre de mayoral y vivió con él de hacienda en hacienda de los siete hasta los catorce años, cuando se casó con un yucateco y se fue a vivir a Motul. Mientras el papá de Ramona trabajaba en su peluquería, la mamá “se quedó en casa porque ella no sabía leer nada. Ella no estudió nada. Ella trabajaba en labores domésticas, hacíamos tortilla, torteábamos tortilla, tortillas a mano, planchar ajeno. Era lo que hacíamos en casa”.<sup>20</sup> Ramona sólo estudió la primaria, pues cuenta que en esa época su papá decía “no, las mujeres no deben de estudiar porque, pues porque se casan y el hombre las tiene que mantener. Esa idea tenía mi pobre papá”. Ramona vivió su infancia en una casita de paja en el terreno de su padre, pero la comida nunca faltó. Tenía tres mudas de ropa y un par de zapatos. Se casó a los 16 años con un panadero yucateco que también trabajó un tiempo en Cordemex y que además sabía de albañilería, pues comenta que él construyó una buena parte de su casa, la cual tiene el día de hoy varias piezas, un porche y piso

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> Entrevista realizada a Agustín Pech en Kiní, el 20 de junio de 2011.

<sup>19</sup> Entrevista realizada al nieto de Pedro Pablo Ham Kim en Suma, el 16 de junio de 2011.

<sup>20</sup> Entrevista realizada a Ramona Ham en la ciudad de Motul, el 22 de agosto de 2013.

de cerámica. Ella, por su parte, se volvió estilista. Cuenta que lo que ganaba su marido era para la comida y lo que ella ganaba era para sus hijos, para que estudiaran y para sus cosas, “como le digo, lo que yo no tuve, traté de que mis hijos lo tengan”. Sus tres hijos terminaron la prepa, uno de ellos tiene un tricitaxi, pero trabajó un tiempo en la Maquiladora Monty. El otro lleva catorce años trabajando en la misma maquiladora y la hija vive en Cancún, donde es agente aduanal.

Como podemos observar, este recuento de las familias descendientes de coreanos que encontramos muestra una trayectoria completamente individualizada en la que el éxito o las dificultades económicas no se dieron dentro de una comunidad organizada, pues a diferencia de los libaneses, los vínculos de solidaridad y de apoyo mutuo que los coreanos lograron establecer no se tradujeron en estrategias comerciales, vínculos empresariales o negocios exitosos que les permitieran una movilidad social y económica ascendente desde las primeras generaciones. Así por ejemplo tenemos el caso de Emiliano Corona Kim, quien tuvo la ayuda de otros coreanos para encontrar trabajo en diferentes haciendas, aunque la precariedad de dichos trabajos lo orilló a estar siempre saltando de un lugar a otro con su familia. Cuenta Javier Corona que de Timul “la familia se trasladó a la ciudad de Mérida, donde trabajando como hojalatero apenas ganaban para la vida. El sufrimiento nuevamente se hizo presente ya que había días que no había trabajo”.<sup>21</sup> Javier nos explicó que las tres hijas se fueron a vivir al Distrito Federal mientras que los tres varones se quedaron en Mérida.

Para seguir ilustrando esta falta de comunidad en la trayectoria de los coreanos y sus descendientes, volvemos al ejemplo de Ramona, quien tiene de vecinos en la ciudad de Motul a la familia Kim y Ek. Dice que, aunque se conocen, no convive con ellos; los saluda y, si es necesario, ella atiende como estilista a las mujeres, “pero nada más”. Ramona argumenta que la distancia entre estas dos familias también radica en el hecho de que los

<sup>21</sup> Entrevista realizada a Javier Corona en la ciudad de Mérida, el 10 de abril de 2010.

Kim y Ek han tenido siempre una mejor situación económica que la suya. “Todos tienen buena casa”, y explica que todas las casas que están en la cuadra son de esa familia.<sup>22</sup>

Pero la situación desahogada de la familia Kim y Ek fue consecuencia directa del matrimonio de Luis Kim con Esperanza Ek, quien era hija de un ganadero en Motul. Luis Kim había nacido en Tekantó y era hijo del coreano Feliciano Kim y de la yucateca Pastora Pool. María Luisa Kim y Ek cuenta que su papá “era campesino, trabajaba en donde los henequenes, en el chapeo, en el campo. Siempre en el campo. Siempre fue jornalero”.<sup>23</sup> A pesar de que a su papá le gustaban los tragos y las mujeres, María Luisa asegura que ella en su infancia no pasó necesidades, pues vivía con su familia en una quinta con árboles frutales. Ella se dedicaba a vender las frutas. Esa quinta sería lo que la mamá de María Luisa les dejaría en herencia y donde los hijos construirían las casas en las viven hoy en día.

La situación socioeconómica de María Luisa Kim y Ek fue incluso mejor después de casada. Su esposo es un yucateco de Motul que trabajó para una empresa constructora del Distrito Federal. La familia pudo salir adelante gracias a que el marido trabajó durante muchos años fuera de Motul, incluso fuera del estado de Yucatán para esa empresa. María Luisa y su esposo afirman que había que salir de Motul para progresar “porque todos los demás de por acá pues son campesinos y pues nomás el salario mínimo”. Reconocen que eso les ayudó para crecer y educar a sus siete hijos,<sup>24</sup> los cuales pertenecen a la cuarta generación, y presentan en efecto una mayor escolaridad que sus padres y abuelos.

Waldinger y Perlmann consideran que uno de los aspectos que resulta realmente decisivo en el proceso de asimilación de los migrantes es el capital escolar mismo, que, según estos autores, permite movilidad social ascendente de las siguientes genera-

<sup>22</sup> Entrevista realizada a Ramona Ham en la ciudad de Motul, el 22 de agosto de 2011.

<sup>23</sup> Entrevista realizada a María Luisa en la ciudad de Motul, el 20 de agosto de 2011.

<sup>24</sup> *Ibid.*

ciones. “La tercera y cuarta generación continuarían a través de la universidad completando el movimiento de vendedor ambulante a plomero a profesionista” (Waldinger y Perlmann 1997, 894). Nosotros consideramos que, en efecto, la escolarización constituyó para estas migraciones un factor de suma importancia en lo que se refiere a la movilidad social. Sin embargo, insistimos en que lo que nos ayuda a explicar las diferentes trayectorias de libaneses y coreanos —en cuanto a la capitalización escolar— es sin duda el contexto de recepción, pues se observa que fueron los libaneses quienes alcanzaron más rápidamente la escolarización de sus descendientes, sobre todo a nivel superior, debido a su integración dentro de una economía más urbana. El proceso de los libaneses, en términos de Bourdieu, se puede describir como la reconversión del capital económico que lograron en el corto plazo, en capital escolar que, con el tiempo, les permitió también capitalizarse cultural y socialmente.

Para los coreanos, como se puede observar en el municipio de Motul, las cosas fueron un tanto diferentes, pues en su mayoría siguieron dedicándose a las labores agrícolas con poco acceso a la educación y esto se extendió por varias generaciones. Por ejemplo, el nieto de Pedro Pablo Ham no terminó sus estudios primarios en la hacienda de San Nicolás, sólo llegó hasta tercer año.<sup>25</sup> Las generaciones siguientes que pudieron tener acceso a la educación profesional, y por ende a trabajos mejor remunerados, tuvieron que instalarse en las ciudades, como los descendientes de Emiliano Corona Kim. Su bisnieto Javier Corona reside en la ciudad de Mérida y pertenece a la cuarta generación de coreanos en la que se puede observar que a la movilidad geográfica hacia un medio más urbano se une cierta movilidad social, pues nos explica que de los nueve nietos del hijo de Emiliano, ocho son profesionistas, incluidas dos de las tres mujeres.<sup>26</sup>

<sup>25</sup> Entrevista realizada al nieto de Pedro Pablo Ham Kim en Suma, el 16 de junio de 2011.

<sup>26</sup> Entrevista realizada a Javier Corona en la ciudad de Mérida, el 10 de abril de 2010.

## LAS NUEVAS GENERACIONES

La intención en este apartado fue la de hurgar en la memoria de nuestros entrevistados para tratar de reconstruir la experiencia migratoria de sus antepasados a partir de sus recuerdos y de la información que ellos mismos recibieron en su momento. Lo que nos interesa destacar aquí no es la historia misma, sino la reconstrucción personal que nos permite observar la trascendencia del fenómeno migratorio de sus parientes en su propia vida y en su propia identidad.

Resulta interesante que los descendientes de los inmigrantes coreanos en general no conozcan muy bien la historia de sus padres y abuelos que vinieron de Corea. Les resultó en ocasiones imposible hacer alguna referencia de la vida de su ancestro coreano antes de venir a México, incluso del viaje. Genny Chans asegura que hay muchos descendientes de coreanos que ni siquiera saben que son coreanos pues ya perdieron su identidad, “eso fue porque desde sus abuelos eso no les interesó” además de que las familias que se casaron con personas de otras nacionalidades perdieron hasta los rasgos coreanos.<sup>27</sup> Las hijas de Crisanto Chion sólo sabían que su padre tenía sangre coreana, que había llegado a Sacapuc cuando era un niño y que fue adoptado por un yucateco, quien le ayudó a salir adelante. Fue la revisión de los documentos la que reveló que Crisanto Chion nació en 1918, en Kantunil, que era hijo del coreano Miguel Chion y de la mexicana Carmela Canché. Otra descendiente, María Eloísa, cuenta que no conoció a su abuelo coreano, que casi no convivió con su padre porque este se separó de su madre —que era yucateca— y que, aunque sí convivió con su abuela coreana, sus conocimientos sobre la migración de sus abuelos a México son bastante limitados.<sup>28</sup>

Esperanza Ham sabe que hubo una guerra y que “habían mandado a todos los coreanos a otro lugar”. Fue así que su padre Pedro Pablo Ham Kim llegó a los catorce años a la hacienda de Tixcui-

<sup>27</sup> Entrevista realizada a Genny Chans en la ciudad de Mérida, el 19 de junio de 2016.

<sup>28</sup> Entrevista realizada a María Eloísa Kim en Muxupip, el 21 de junio de 2011.

tum, cerca de Cholul, donde permaneció diez años trabajando como mandadero del encargado de la hacienda y donde se casó con su madre que era yucateca. Como ya dijimos, Pedro Pablo fue hombre de mucha descendencia, pues Esperanza tuvo doce hermanos y algunos medios hermanos hijos de otras mujeres yucatecas, como Agustín Pech quien vive en Kiní, dentro del mismo municipio y quien supo muy poco de su padre, pues este se separó de su madre antes de que él naciera, por lo que lo conoció hasta que cumplió ocho años, y dos años después Pedro Ham murió.<sup>29</sup>

Bastante diferente se presentan los relatos de los descendientes de libaneses, llenos de detalles acerca de la historia de sus ancestros, desde la salida hasta sus actividades y trayectorias socioeconómicas. El interés de Herbé Rodríguez por la historia de sus abuelos, lo llevó incluso a visitar todos los puertos que pisaron antes de llegar a tierras yucatecas (Estambul, Nueva York, La Habana) “He estado en los muelles [...] he estado viendo todo eso y dejo volar mi imaginación”.<sup>30</sup> Por su parte Amira Simón nos habla del origen real de su abuelo: se casó con una campesina y decidió probar suerte en Yucatán, donde logró hacer mucho dinero. Un patrimonio que, dice ella, no duraría mucho tiempo debido a la afición del abuelo al juego y a las mujeres.<sup>31</sup>

A través de las generaciones, y al contrario de lo sucedido con los coreanos, las raíces libanesas no se quedaron en el olvido o como algo ajeno en sus descendientes. Herbé Rodríguez dice estar orgulloso de su 50% de sangre libanesa: “Me siento muy orgulloso, muy contento de haber tenido la vida que tuve al lado de esta raza, como quien dice, que fueron mi abuela, mi tía y mi mamá”, quienes, según él, se encargaron de inculcarle lo libanés a través, por ejemplo, de la comida y de ciertas costumbres.<sup>32</sup> Amira Simón se define “muy árabe” porque “esa fuerza

<sup>29</sup> Entrevista realizada a Agustín Pech en Kiní, el 20 de junio de 2011.

<sup>30</sup> Entrevista realizada a Herbé Rodríguez Abraham en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.

<sup>31</sup> Entrevista realizada a Amira Simón en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.

<sup>32</sup> Entrevista realizada a Herbé Rodríguez Abraham en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.

que tengo —dice— me la enseñaron ellos. Y los yucatecos, pues, no han sido malos conmigo, pero no termino de entender la forma de ellos”. Amira se casó con un yucateco, pero cuenta que su familia política no la trató muy bien: “Mi suegra me hizo el fuchi” por ser árabe.<sup>33</sup>

Por el contrario, la identificación de lo coreano en los descendientes que encontramos forma parte de algo ajeno y alejado; prácticamente como una característica propia del abuelo o del padre, pero no de ellos mismos, pues ni se identifican como coreanos ni conocen mucho de esa cultura. Al preguntarle al nieto de Pedro Ham qué sabía sobre Corea, él contestó: “Pues nada, mi mamá, como le digo, es de por acá y mi papá como es cruza de coreano...”. Con respecto a la comida, dijo que sí la había probado, pero que no le gustaba porque tenía demasiado ajo.<sup>34</sup> El mayor legado que le dejó a María Eloísa Kim su abuela coreana no se relaciona con su cultura de origen: por el contrario, le enseñó a fabricar dulces, pero dulces yucatecos, que es a lo que ella se sigue dedicando. Su contacto con la cocina coreana ha sido gracias a sus primas que viven Mérida: “A mí no me enseñaron, sino que cuando voy así con mis primas, dicen ellas vamos a cocinar esto para que veas, para que pruebes y lo hacen; y me invitan y veo”.<sup>35</sup>

La falta de conocimiento y de identificación de esa cultura en las últimas generaciones es producto, entre otras cosas, del escaso contacto que han tenido con otros coreanos. En Sacapuc las hijas de Crisanto insistieron que él había sido el único coreano que vivió y trabajó en esa hacienda. Ciertamente supieron de la existencia de dos familias que radicaban en Timul, el pueblo contiguo, los Kim y los Corona, pero no tuvieron relación con esas familias, sabían de ellas sólo de oídas. El contacto más cercano que tuvieron fue cuando se celebró el centenario de la

<sup>33</sup> Entrevista realizada a Amira Simón en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.

<sup>34</sup> Entrevista realizada al nieto de Pedro Pablo Ham Kim en Suma, el 16 de junio de 2011.

<sup>35</sup> Entrevista realizada a María Eloísa Kim en Muxupip, el 21 de junio de 2011.

llegada de la primera migración de coreanos, en 2005. En ese entonces la Asociación de Coreanos en Yucatán, ubicada en la ciudad de Mérida, se dio a la tarea de buscarlos y reunirlos para que asistieran a las festividades. En la entrevista las hijas de Crisanto insistieron mucho en que “dejaron de venir”, “nos dejaron de visitar”. Se referían a aquellos que un día se habían interesado en ellos por sus orígenes coreanos, que les habían dado regalos como abanicos y otras cosas, que les habían llevado a la ciudad de Mérida para asistir a los festejos y que les habían pedido fotos y documentos para armar la historia de la migración coreana a Yucatán. “Parece que hicieron un libro de todos los coreanos porque eso iban a hacer ellos”, cuenta esta familia.<sup>36</sup>

Al preguntarle a María Eloísa si conocía otros descendientes de coreanos, nos comentó que sólo a sus tíos y primos y que, aunque sabe que en la ciudad de Mérida se organizan eventos y exposiciones, ella no ha tenido la “oportunidad para ir y ver y conocerlos”. Esta experiencia contrasta con la de sus parientes que viven en la capital del estado, pues dice que ellos no se pierden ninguna exposición.<sup>37</sup>

Por su parte el nieto de Pedro Pablo Ham cuenta que sólo tuvo contacto con un descendiente de coreanos, un tal Álvaro Om, a quien conoció jugando a la pelota en Chacmay. Sabe que existe la asociación en Mérida, pero nunca ha asistido a ningún evento ni reunión. Su contacto más cercano con la cultura coreana, incluso con la comida, lo tuvo gracias a que en Suma se instaló, durante siete años, un presbiteriano que llegó de Corea a principios de la primera década de 2000.<sup>38</sup>

En cuanto a la socialización de los descendientes de libaneses que vivían en Motul y después en la ciudad de Mérida, notamos que en la actualidad ya no tiene las características de una comunidad organizada como la de las primeras décadas del siglo xx,

<sup>36</sup> Entrevista realizada a la familia Chion en Sacapuc, el 10 de junio de 2011.

<sup>37</sup> Entrevista realizada a María Eloísa Kim en Muxupip, el 21 de junio de 2011.

<sup>38</sup> Entrevista realizada al nieto de Pedro Pablo Ham Kim en Suma, el 16 de junio de 2011.

cuando las redes sociales se empapaban de solidaridad y apoyo mutuo debido a la presencia de un fuerte capital social.<sup>39</sup> Amira Simón cuenta que, desde que se mudó a la ciudad de Mérida, ya no pudo socializar mucho porque “mi condición era muy humilde y los paisanos no jalan con gente muy humilde”.<sup>40</sup> Esta fue como ya dijimos la misma impresión de la descendiente de tercera generación Friné Soda.<sup>41</sup> Sin embargo hay que decir que Amira no habría podido establecer su tienda en el pueblo de Baca sin la ayuda de sus paisanos, ni sacar adelante a sus seis hijas cuando se mudó a la ciudad de Mérida. Para Elías Montañez y su esposa —ambos descendientes de tercera generación y residentes desde hace ya muchos años de la ciudad de Mérida—, los encuentros con otros libaneses se dan en las fiestas y las reuniones derivadas de su parentesco, pues, como dice, “casi todos estamos *familiarizados*”.<sup>42</sup>

Quizás uno de los aspectos culturales que más rápidamente se perdió al paso de las siguientes generaciones en ambas migraciones fue el idioma. De nuestros entrevistados descendientes de coreanos solo Dalia Sim conoce unas cuantas palabras en coreano, pero esto fue gracias a que su hija lo estudió en Mérida.<sup>43</sup> Los demás no saben nada de ese idioma. De los descendientes de libaneses, Herbé Rodríguez comenta que su abuela le hablaba “una que otra palabrita” en árabe, que incluso su madre nunca lo habló, aunque sí lo entendía.<sup>44</sup> Amira Simón cuenta que nunca mencionaban para nada su idioma. “Puro en español nos hablaron. Hubo una que otra palabra suelta, fue lo que

<sup>39</sup> Ver las referencias que hace Ramírez (2012, 175-183) sobre la formación, el auge y la caída de lo que él llama *endogrupo* de la colonia libanesa en Yucatán.

<sup>40</sup> Entrevista realizada a Amira Simón en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.

<sup>41</sup> Entrevista realizada a Friné Soda en la ciudad de Mérida, el 18 de octubre de 2013.

<sup>42</sup> Entrevista realizada a Elías Montañez Jure en la ciudad de Mérida, el 8 de octubre de 2013.

<sup>43</sup> Entrevista realizada a Dalia Sim King en Cholul, el 19 agosto de 2011.

<sup>44</sup> Entrevista realizada a Herbé Rodríguez Abraham en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.

aprendimos; pero así de conversar con nosotros, nunca lo hicieron”.<sup>45</sup> Cáceres y Fortuny (1997, 259) aseguran que esta pérdida, en el caso del idioma árabe, se debe a la “falta de interés por aprenderlo... así como su disfuncionalidad en el medio receptor”, lo que sin duda se puede aplicar para el caso coreano.

#### PERCEPCIONES Y REPRESENTACIONES DE *LO LIBANÉS* Y *LO COREANO* EN LA ACTUALIDAD

Las dificultades de adaptación a una sociedad completamente diferente por las que atravesaron ambas migraciones durante los años que corresponden a la *Época Dorada*, quedaron registradas de diferente manera en la historiografía y en el imaginario colectivo. De ahí que decidiéramos incluir aquí una revisión sobre las percepciones y representaciones de *lo libanés* y *lo coreano* en la actualidad, a partir de dos perspectivas: la de los propios migrantes y la de la sociedad yucateca actual.

Para los coreanos, la explotación y el maltrato que sufrieron durante los primeros cuatro años marcaron la manera en la que se ha contado su historia, de ahí que la mayoría de los trabajos que tratan la migración coreana mencionados en la introducción abarcan sobre todo los primeros años de llegada. Dichas dificultades quedaron también grabadas en la memoria de los descendientes. Tomás Hong, quien fuera agricultor, recordaba, a sus 82 años, que muchos de los coreanos habían muerto en la hacienda de Ankanak, donde trabajaba su padre, debido a las condiciones del clima y del trabajo forzado (*apud* Casanova 2008, 123) Por su parte, Teresa Jung Kin, de 67 años, resaltaba el hecho de que el trabajo en las haciendas comenzaba muy de madrugada y que la paga no era suficiente (*apud* Casanova 2008, 128).

Por el contrario, el éxito social y sobre todo económico, que alcanzaron los libaneses en unas cuantas generaciones resulta ser incluso un denominador común en el recuento de su migración en todo el mundo, de suerte que el siguiente relato que

<sup>45</sup> Entrevista realizada a Amira Simón en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.

fue hecho para describir la inmigración libanesa en Argentina, Wadih lo generaliza para todas las “partes del mundo”, Yucatán incluido:

Un aldeano fuerte, industrioso y austero, tiene un comienzo humilde en la baja ocupación de buhonero, que requiere un capital muy modesto —generalmente prestado por un paisano acomodado—. Pronto cambia la caja que ha llevado consigo por kilómetros por un carro cargado de baratijas y artefactos, que van desde utensilios de cocina hasta piezas de ropa, cosméticos, juguetes, caramelos ¡y artículos religiosos de Tierra Santa! En otra etapa, adquiere una tienda, la famosa “Barata” o “Estrella”; en ella vive y trabaja la familia. Y mientras que el hombre sale en busca de nuevas oportunidades, la mujer recibe a los clientes, teje y cocina para los hijos, acurrucados al fondo del establecimiento, que es un hogar exiguo pero bien ordenado, donde en un rincón especial se recibe a las visitas. Después de algunos años, la tienda “de una sola puerta” se reemplaza por una tienda elegante en la que el lugarcito en que se vendía de todo se convierte en un comercio especializado, generalmente en ropas o ferretería (Wadih 1999, 279).

En el multicitado libro de Cuevas Seba encontramos uno de los ejemplos más claros de cómo se miran los propios descendientes de los libaneses en Yucatán y lo que se quiere rescatar de la historia de su migración, pues se hace hincapié de las virtudes, los valores, la dignidad, la honestidad y el arduo sentido del trabajo de los migrantes libaneses que llegaron a finales del siglo XIX y principios del XX. Para ellos, el haber sido vendedores ambulantes y haberse insertado a su llegada en la capa socioeconómica más baja de la sociedad yucateca resulta ser simplemente un detalle en su experiencia como migrantes, que sirve para resaltar su espíritu de lucha y de trabajo. Así, en el libro se pueden leer frases como esta: “El humilde inicio de las grandes empresas... demuestra que su sana ambición y ancestrales métodos de trabajo son fórmulas de éxito aún vigentes” (Cuevas 2009, 59).

En cuanto al contacto de estos migrantes con la sociedad yucateca, en el trabajo de Cáceres y Fortuny (1997, 92) se afirma

que, en un principio, en especial en la ciudad de Mérida, abundaron las fricciones, puesto que se trataba de inmigrantes no deseados que se articularon en las capas sociales más bajas, por lo que fueron marginados económica, social y políticamente. Sin embargo, a través del tiempo la inmigración de libaneses dejaría “una enorme huella” en los yucatecos, producto según Juan Francisco Peón Ancona de una fuerte personalidad, porque “donde el árabe estaba, se imponía”. Comenta incluso que hay comidas árabes que “los yucatecos casi decimos que son nuestras, como el kibi”,<sup>46</sup> también está el caso de las cremas, mismas que se han hasta *mestizado*, como la del chile xcatik.

Várguez Pasos reconoce que, por su irrupción en la economía y la sociedad, este grupo “influye en la identidad de ciertos sectores sociales de este estado. Al momento presente —según el autor— cualquier análisis sobre la composición de la ‘identidad del yucateco’ debe tomar en cuenta los elementos aportados por los sirio-libaneses” (2002, 831). En los trabajos de Ramírez (1994 y 2012) podemos ciertamente observar que no es posible hablar de élites yucatecas sin tomarlos en cuenta. Nos preguntamos entonces: ¿Cómo fue el proceso en el que la sociedad yucateca pasó del rechazo a la aceptación de los libaneses al grado de reconocerles importancia en la construcción de la identidad yucateca? Para este análisis partimos de la idea de que a través del estudio de las representaciones sociales podemos “identificar los juicios, las valoraciones y las acciones que emprenden los sujetos en la vida cotidiana”, aquello que ayuda a la construcción de un sentido común y de una identidad social (Cuevas 2012, 16). Para tales fines se realizaron tres entrevistas semiestructuradas a tres personajes yucatecos que resultaron ser bastante representativos en varios sentidos. Los tres pertenecen al campo cultural: el primero es el director de la Biblioteca Yucatanense, el segundo es el Jefe del Departamento Editorial de la Secretaría de Cultura del Estado y, el último, fue director de la Biblioteca Carlos R. Menéndez. Uno de ellos perteneciente a una de las familias de

<sup>46</sup> Entrevista realizada a Juan Francisco Peón Ancona en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.

abolengo yucatecas con tradición de hacendados, los otros dos con la experiencia de haber vivido durante su infancia en el interior del estado, uno en Motul y el otro en Tizimin.

Peón Ancona cuenta haber tenido durante su vida mucha convivencia con los libaneses y los describe como “gente buena”. Nos dice que a los viejos —que habían llegado a principios de siglo— “a veces no se les entendía a pesar de que ya tenían cuarenta años acá” y que esa manera tan peculiar de hablar el español era fuente de bromas y hasta tema en algunas de las representaciones del teatro regional yucateco.<sup>47</sup> Por lo que comenta Jorge Cortés, la sociedad yucateca habla mucho del mundo libanés. Dice que se les reconoce incluso fisionómicamente y se refiere a alguna compañera de origen libanés que tuvo en la escuela: “era muy llamativa, muy exuberante”.<sup>48</sup>

Efectivamente, al poco tiempo de su llegada, los libaneses comenzaron a distinguirse en el imaginario yucateco por ser gente muy trabajadora. “Mientras nosotros pasábamos el tiempo ahí jugando béisbol o fútbol —cuenta Faulo Sánchez—, ellos estaban en sus tiendas trabajando [...]; no tenían esa libertad que nosotros teníamos del ocio”.<sup>49</sup> Se dieron a conocer por haber llenado el centro de la capital, y de algunos pueblos del interior, con sus negocios comerciales porque, como le decía a Jorge Cortés su padre, “todo turco tiene que tener una tienda, aunque no venda nada, aunque tenga allá tres o cuatro cositas, pero tiene que tener una tienda”.<sup>50</sup> En este mismo sentido, Peón Ancona recuerda: “las principales tiendas de telas en mi infancia y en mi primera juventud eran de libaneses”.<sup>51</sup>

<sup>47</sup> Entrevista realizada a Juan Francisco Peón Ancona en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.

<sup>48</sup> Entrevista realizada a Jorge Cortés Ancona en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.

<sup>49</sup> Entrevista realizada a Faulo Sánchez Novelo en la ciudad de Mérida, el 19 de septiembre de 2012.

<sup>50</sup> Entrevista realizada a Jorge Cortés Ancona en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.

<sup>51</sup> Entrevista realizada a Juan Francisco Peón Ancona en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.

Observamos que la idea de los migrantes trabajadores que se capitalizaron económicamente también está presente en la sociedad yucateca. El papá de Jorge Cortés le contaba que al principio todos eran pobres, sin embargo “a base de trabajo” lograron un franco ascenso económico,<sup>52</sup> lo que con el tiempo les permitiría una inserción social con los yucatecos de las clases medias y altas. En los pueblos también se destacaron por ser de los ricos, Faulo Sánchez nos explica que en Motul eso les permitió tener cierto prestigio social, lo que les fue facilitando las relaciones interétnicas. Para el caso de la capital del estado, Peón Ancona nos dice que “poco a poco la sociedad de Mérida, que era una sociedad muy exclusiva, muy difícil de ingresar a ella, los comenzó a aceptar”.<sup>53</sup> En general se trató de un proceso que les tomaría varias décadas.

Nuestros entrevistados coinciden en decir que en la ciudad de Mérida la inserción social de los libaneses se consolidaría con la emblemática unión de la “casta divina” con la “casta beduina” de las familias Casares y Macari en los años cuarenta del siglo xx. La inserción se daría al grado que Peón Ancona reconoce que “las familias antiguas de Mérida, todas estamos llenas de sobrinos” libaneses.<sup>54</sup> Incluso notamos que a los entrevistados les resulta fácil y familiar referirse a las diferentes familias libanesas: hablaban de los Jorge, los Dajer, los Mansur, los Abraham, los Kuri, los Abud, etc.

Para Juan Francisco Peón Ancona un aspecto clave de la inserción y, por supuesto, del ascenso social libanés fue la educación de las siguientes generaciones. Nos explica que en general eran migrantes que venían del interior del Líbano, de una clase social baja, que fueron adquiriendo cierta educación en su nueva tierra y que se fueron “culturizando” en un sentido amplio, porque además de la preparación profesional también se preocupaban de tomar clases de piano, ballet, etc. Este proceso lo notaron incluso los yucatecos del interior del estado.<sup>55</sup> Faulo Sánchez

<sup>52</sup> Entrevista realizada a Jorge Cortés Ancona en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.

<sup>53</sup> Entrevista realizada a Juan Francisco Peón Ancona en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.

<sup>54</sup> *Ibid.*

<sup>55</sup> *Ibid.*

cuenta que, en Motul, los hijos de los libaneses fueron los primeros en irse a estudiar la preparatoria a Mérida.<sup>56</sup> Rescatamos aquí de nueva cuenta lo expuesto por Waldinger y Perlmann, quienes le dan un peso bastante importante a la educación de los hijos de migrantes en el proceso de movilidad social ascendente.

Aparte de trabajadores, los libaneses también se dieron a conocer entre los yucatecos por ser usureros y por la práctica del contrabando. Los de “confianza” podían ingresar en la trastienda para elegir entre telas, casimires, licores, laterías y productos que, según Jorge Cortés eran para clientes “de clase media para arriba”.<sup>57</sup> Los yucatecos también los relacionan con el juego clandestino llamado “la bolita”, por lo que este informante los describe como ludópatas, lo que para la sociedad regional constituyó “una contradicción, porque si son extremadamente cuidadosos de su dinero, ¿cómo era posible que también fueran derrochadores?”.<sup>58</sup> Faulo Sánchez cuenta que “perdían fortunas por esa afición que tenían al juego”.<sup>59</sup> Ramírez (2000, 146-147) argumenta que, si bien la mayor parte de los libaneses no se ha dedicado a actividades ilegales, una buena parte de ellos sí ha estado relacionada con ellas y es que, según este autor, “la corrupción es intrínseca al proceso de acumulación de capital”.

En contraste presentamos aquí lo que la migración coreana dejó en el imaginario de nuestros entrevistados. Peón Ancona nos dice que hay migrantes que no destacan, que no imponen tanto su cultura.<sup>60</sup> Y en efecto, observamos que en general en nuestros entrevistados no queda mucho de los coreanos, pues les resulta difícil reconocer algo de su cultura. Incluso les tomó años en saber que el nombre de la cantina Chemulpo, del barrio

<sup>56</sup> Entrevista realizada a Faulo Sánchez Novelo en la ciudad de Mérida, el 19 de septiembre de 2012.

<sup>57</sup> Entrevista realizada a Jorge Cortés Ancona en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.

<sup>58</sup> *Ibid.*

<sup>59</sup> Entrevista realizada a Faulo Sánchez Novelo en la ciudad de Mérida, el 19 de septiembre de 2012.

<sup>60</sup> Entrevista realizada a Juan Francisco Peón Ancona en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.

de Santiago en la ciudad de Mérida, fue tomado de un puerto de Corea, lo que de alguna manera lo relacionaba con esta inmigración. No saben con exactitud qué hacían ni el ámbito en el que se desarrollaron luego de que se terminó el contrato con el que llegaron a Yucatán. Además de que les resulta bastante difícil identificarlos pues, como ya lo habíamos dicho, en el imaginario regional el coreano es igual al chino. Incluso en algunas de nuestras entrevistas nos resultó difícil traer al interlocutor hacia el tema de la inmigración coreana, puesto que se desviaban hacia los relatos relacionados con los chinos.

El papá de Jorge Cortés le contaba que había conocido en su niñez a un coreano que tenía una tienda en el centro de la ciudad de Mérida, quien siempre aclaraba que no era chino, que era coreano, hasta que se resignó a que le dijeran “chino”. En este sentido, Jorge nos explica que los yucatecos no podían entender qué diferencia había entre un chino y un coreano. “Le decían chino al fin de cuentas por los rasgos, no por el origen, no por la nacionalidad. La gente no podía saber qué diferencia había, que son dos culturas distintas, que hablan idiomas distintos. Nada de eso podía ser relevante”.<sup>61</sup> Al respecto tenemos también el testimonio de Genny Chans que se acostumbró desde que era muy chiquita “a darles clase de geografía y decirles esto es China, esto es Corea y esto es Japón”.<sup>62</sup>

Por su parte, Peón Ancona tiene la idea de que “los coreanos se incorporaron enseguida con los naturales, con los mayas”, y que los pueblos de Yucatán están llenos de descendientes de coreanos —“que ahorita ya lo coreano les queda en su árbol genealógico por allá, lejitos”—, pero que descendientes de coreanos hay muchísimos.<sup>63</sup> Aunque Jorge Cortés no pudo ubicar ninguno en Tizimín, Faulo Sánchez sí nos habló de la familia Kim y Ek, que vivía en Motul, aunque dice que sus integrantes no se asumían como des-

<sup>61</sup> Entrevista realizada a Jorge Cortés Ancona en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.

<sup>62</sup> Entrevista realizada a Genny Chans en la ciudad de Mérida, el 19 de junio de 2016.

<sup>63</sup> Entrevista realizada a Juan Francisco Peón Ancona en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.

endientes de coreanos —“eran motuleños, eran yucatecos”—<sup>64</sup> quizás expresando un deseo de integración. Faulo los conoció en su paso por la primaria y la secundaria. Recuerda a una muchacha “de ojos rasgados, chaparrita”, características a las que asegura que él y sus compañeros no daban mucha importancia.<sup>65</sup>

Peón Ancona los cataloga en un nivel social bajo, “nunca un coreano se casó con alguien conocido de Mérida”. Para él, la diferencia principal con los libaneses es que estos últimos se preocuparon por sobresalir.<sup>66</sup> Jorge Cortés coincide al decir que los coreanos no son tan visibles, pues se mezclaron más con la población, y que “casi todos se han mantenido en un nivel de medio a bajo”. Los únicos coreanos que ubica son los que se destacaron en el béisbol como Crescencio Park y sus propios alumnos, como Javier Corona, quien es uno de los pocos que se ha preocupado por rescatar la historia de esta migración, y una muchacha de apellido Cervera Chans, pero no le es posible ubicar a aquellos de las primeras generaciones en ningún ámbito profesional. Asimismo, nos dice que la de los coreanos fue una inmigración que vino por engaños, prácticamente como esclavos, para trabajar con una planta que no conocían, el henequén. Jorge tiene la idea de que en general, eran apreciados por los hacendados por ser trabajadores y fuertes.<sup>67</sup>

Ninguno de nuestros tres entrevistados conoce platillo alguno de la cocina coreana. Jorge Cortés cuenta de la experiencia de alguna alumna yucateca que, cuando se la ofrecieron, no la pudo comer. Define la comida coreana como de sabores muy extraños y en combinaciones que no son usuales, por lo que “es algo que nunca pegó” en la sociedad yucateca.<sup>68</sup>

<sup>64</sup> Entrevista realizada a Faulo Sánchez Novelo en la ciudad de Mérida, el 19 de septiembre de 2012.

<sup>65</sup> *Ibid.*

<sup>66</sup> Entrevista realizada a Juan Francisco Peón Ancona en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.

<sup>67</sup> Entrevista realizada a Jorge Cortés Ancona en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.

<sup>68</sup> *Ibid.*

## Conclusiones

Aunque México nunca se ha caracterizado por ser un punto de atracción de la migración extranjera, durante las primeras décadas del siglo xx ingresaron al país ciertos grupos migratorios que vendrían a dinamizar de alguna manera la vida económica, social y cultural del país. En esta investigación decidimos trabajar con libaneses y coreanos porque, a nuestro juicio, junto con españoles, chinos y cubanos, son de las migraciones más representativas que tuvo Yucatán en aquella época, en la que se le caracterizaba por ser una de las regiones con mayor crecimiento económico debido a la producción y comercialización del henequén.

A lo largo de este texto analizamos la experiencia migratoria de libaneses y coreanos desde una perspectiva comparada y en un ámbito regional bastante bien delimitado: Yucatán y, más específicamente, el municipio de Motul. Como se puede observar, no quisimos dejar el esfuerzo comparativo para las conclusiones, por el contrario, desde el inicio de nuestro estudio aplicamos esta metodología a los diferentes temas que aquí fueron analizados, lo que nos ha permitido tener una visión panorámica de lo que constituye el fenómeno migratorio, sus implicaciones y sus complejidades, así como de lo variado y multifacético que puede ser.

Observamos así las principales características de los procesos de asimilación que presentaron dos grupos de migrantes que más o menos coincidieron en el tiempo y en el espacio. Se trata de dos migraciones que experimentaron trayectorias completamente diferentes, pero no como resultado de su nacionalidad, sino de

una serie de determinantes que se fueron estableciendo incluso desde antes de salir de su país de origen. Así, tenemos que la búsqueda de mejores condiciones de vida orilló a estos dos grupos a migrar, con la diferencia de que la mayoría de los libaneses fueron *atraídos* por la bonanza económica y por el éxito de sus paisanos ya establecidos en la región, mientras que los coreanos fueron *traídos* por los hacendados yucatecos para trabajar como jornaleros en las haciendas henequeneras.

Se trata de dos modalidades migratorias, en las que la llegada libre y espontánea de los libaneses contrastó fuertemente con la de los coreanos, que como vimos fue una migración que se organizó *ad hoc*, y cuyo planteamiento contemplaba únicamente cuatro años, el tiempo estipulado en el contrato con el que llegaron, tal como fue pensado tanto por los inmigrantes como por los empresarios henequeneros, y hasta por el propio gobierno de Yucatán. Pareciera que nadie se planteó qué ocurriría con los coreanos una vez que terminara el contrato; ni siquiera fueron tomadas en cuenta las propias perspectivas de los migrantes, de suerte que la migración diseñada para resolver un problema coyuntural, tanto para los coreanos como para los que los trajeron, terminó por convertirse en un éxodo permanente con una fuerte movilidad geográfica y una lenta movilidad social para la gran mayoría de los que llegaron y se quedaron en Yucatán.

Uno de los principales contrastes que se desprende de nuestra investigación es que aquella migración de 1 014 coreanos —quienes llegaron juntos en un barco a mediados de 1905 a Yucatán para trabajar como jornaleros— no pudo, a pesar de los intentos, establecer redes sociales ni consolidar un capital social como estrategias de organización y hasta de supervivencia de largo plazo; elementos que en otros casos migratorios, como el de los libaneses, facilitaron los procesos de integración social, civil y, sobre todo, económica. Identificamos con nuestras pesquisas por lo menos cinco factores que nos ayudaron a entender por qué para los coreanos fue tan difícil la consolidación de estas estrategias de integración, y por qué los libaneses, al contrario, tuvieron las condiciones para organizarse y obtener las ventajas

de la solidaridad y del apoyo mutuo. Observamos igualmente que se trata de cinco factores que no son del todo independientes, sino que se relacionan entre sí e incluso algunos son consecuencia directa de otros.

El primer factor tiene que ver con la dispersión geográfica, pues los coreanos desde que llegaron fueron repartidos en 32 haciendas henequeneras a lo largo del territorio yucateco, en las que estuvieron obligados a trabajar cuatro años, según lo establecido en el contrato que habían firmado antes de embarcarse con destino a México. Al finalizar el contrato se encontraron con la imposibilidad de regresar a su país de origen, primero por la falta de recursos económicos y luego por las dificultades políticas y económicas por las que atravesaba Corea en ese momento. A partir de 1909 los coreanos se dispersaron aún más, pues muchos salieron de Yucatán a los estados vecinos de Quintana Roo, Campeche y Veracruz; otros saldrían posteriormente, abandonando incluso el país. La dispersión geográfica de los coreanos complicó entonces las relaciones interétnicas que les permitieran tejer lazos para la conformación de una comunidad coreana consolidada en territorio Yucateco. Con la migración de libaneses los sucesos fueron distintos: desde su llegada, ellos pudieron conformar un espacio propio en el que se concentraron geográficamente. En la ciudad de Mérida se les ubicó durante las primeras décadas del siglo XX a lo largo de las céntricas calles que se encuentran entre el parque La Mejorada y el barrio de San Cristóbal. En los principales centros urbanos del estado, como en la ciudad de Motul, se instalaron en las calles que se encuentran alrededor de la plaza principal.

El segundo factor es la composición de las familias. En el caso de los coreanos, como pudimos observar, no se presentó una migración familiar, pues la mayoría de los que vinieron fueron hombres solos, muchos de los cuales hicieron o rehicieron sus vidas familiares con mujeres yucatecas. Por el contrario, la migración de libaneses llegó a tener al paso del tiempo un importante componente femenino que, como vimos, impactó fuertemente la consolidación y la conservación de la comunidad migratoria en la

entidad yucateca. La presencia de la mujer libanesa tuvo un papel clave en la perpetuación de la familia y de la identidad colectiva.

De la presencia de mujeres libanesas y de la ausencia de las mujeres coreanas se desprende el tercer factor, que tiene que ver con la endogamia para los primeros y el mestizaje para los segundos. Las genealogías que pudimos armar con la información obtenida en los archivos resultaron ser reveladoras en cuanto a las prácticas matrimoniales de estos dos grupos de migrantes. El tejido de las familias libanesas se presenta bastante más complejo que el de los coreanos. Al ser una migración muchas veces familiar e incluso comunitaria y al establecerse la mayoría de ellos concentrados en los principales centros urbanos del estado, tuvieron una mejor oportunidad de establecer una vida mucho más endogámica durante la primera mitad del siglo xx.

Observamos así que la estructura familiar de los libaneses resultó clave para la organización y la conservación de la vida comunitaria, sobre todo donde se pudo establecer la endogamia; de suerte que una parte importante de estas familias, incluidas aquellas que se mestizaron, se relacionaron muchas veces a través de sus hijos, y hasta de sus nietos, con otras familias del mismo origen, conectando así varias generaciones. En cambio, entre los coreanos, notamos que fue más frecuente que las niñas coreanas fuesen sometidas a matrimonios arreglados entre sus padres, pero que los varones en general tuvieron mayor libertad a la hora de construir una familia. Esta es la razón por la que sólo en algunos casos hubo matrimonios endogámicos entre los hijos de los coreanos, uniones que no abundaron y no se presentarían entre los nietos. La pronta mestización en los matrimonios de los migrantes coreanos provocó entonces que las nuevas generaciones se fueran yucatequizando mucho más rápidamente que las de los libaneses. Además esta integración tuvo lugar dentro de una de las capas sociales más bajas, la del mundo rural maya.

El cuarto factor tiene que ver con la inexistencia de una cadena migratoria que alimentara la colonia coreana con nuevos inmigrantes, ausencia que constituyó otro determinante para que los pocos coreanos que quedaron en territorio yucateco

se encontraran aislados. Después de aquel barco de 1905 no se registran más entradas de coreanos a México sino hasta varias décadas después, pero estos migrantes coreanos más recientes no llegaron a Yucatán, sino que se establecieron sobre todo en la Ciudad de México, como parte de una migración con características completamente diferentes a las de sus antecesores. La modalidad migratoria de los libaneses, por el contrario, les permitió consolidar poco a poco una migración en cadena con llegadas paulatinas y escalonadas, la cual, para el caso de Yucatán, se transformó en una migración de tipo comunitaria, que dotaría al estado de poco más de setecientos migrantes de primera generación. El periodo más importante de llegadas se ubica desde finales de la Primera Guerra Mundial, y hasta la Gran Depresión, de 1929. De esta manera, mientras que los coreanos salían poco a poco de Yucatán, los libaneses lograban tejer lazos de parentesco o comunitarios que les facilitaron el contacto entre migrantes, primeros migrantes y no migrantes en las áreas de origen y de destino.

El último factor abarca el contexto que los recibió, y concluimos que fue uno de los determinantes en la trayectoria de los libaneses y coreanos e incluso de sus descendientes, sobre todo si tomamos en cuenta el sector socioeconómico en el que se insertaron a su llegada. Así tenemos que, mientras que los migrantes coreanos se integraron como jornaleros henequeneros —como parte del sector más pobre de la sociedad yucateca, que tenía muy pocas posibilidades de movilidad social—, los libaneses llegaron a un medio mucho más urbano. Además, estos —aunque se dedicaron a una de las labores típicas de los inmigrantes pobres de las ciudades que fue sobre todo el comercio ambulante— pudieron, en el corto plazo, capitalizarse económicamente, y después social y culturalmente, para lograr ascender en la escala socioeconómica desde las primeras generaciones y que algunos de ellos llegaran incluso a convertirse en empresarios.

Estos cinco factores no se pueden disociar de otros dos elementos que también resultaron claves en la experiencia migratoria de ambos grupos. El primero tiene que ver con las dinámicas

asociativas que pudieron establecer o no desde su llegada. En el caso de los coreanos observamos que, a pesar de los intentos, no pudieron crear en Yucatán una asociación de inmigrantes que fuera estable y duradera. En 1909 se funda la Asociación Coreana de Yucatán con serios altibajos debido justamente a la dispersión de los propios coreanos dentro del mismo territorio yucateco. Sus actividades se limitaron a la ciudad de Mérida, de modo que quedó fuera una buena parte de los coreanos que se establecieron en el interior del estado, al parecer la mayoría de ellos. Actualmente el principal promotor y auspiciador del asociacionismo coreano es el gobierno de Corea, el cual mantiene activos el Museo de la Inmigración Coreana, la Asociación y una escuela de coreano. El gobierno de aquel país destina igualmente recursos económicos para la organización de eventos anuales en la ciudad de Mérida, como la celebración de la liberación de Corea en el mes de agosto y el aniversario de la llegada de la inmigración coreana a Yucatán en el mes de mayo. Aunque dichos festejos son bastante concurridos, observamos que el alcance de las actividades de la actual Asociación Coreana en Mérida resulta ser todavía bastante limitado, pues es muy difícil que la gente que vive fuera de la ciudad capital del estado, donde se encuentra la mayoría, participe en ellas. Ulises Park identifica entre 1500 y 2000 descendientes en Yucatán de los cuales dice que solamente entre setenta y ochenta familias viven en la ciudad de Mérida.<sup>1</sup>

El caso del asociacionismo de los libaneses en Yucatán que ha tenido una larga y casi ininterrumpida vida, se destaca más por el interés de consolidar una vida comunitaria donde el fin principal fue primero la supervivencia del grupo y luego la movilidad económica y no tanto la preservación de las características culturales. En el desarrollo histórico de este asociacionismo se observa el vínculo entre los temas que ha reivindicado cada asociación que ha existido y la fase del proceso migratorio en la que se encontraba este grupo. La evolución de la comunidad libanesa

<sup>1</sup> Segunda entrevista realizada a Ulises Park en la ciudad de Mérida, 17 de junio de 2016

en Yucatán ha sido tal que la asociación que existe hoy en día llamada Centro Deportivo Libanés Mexicano ya no tiene entre sus objetivos la reivindicación étnica ni el apoyo mutuo, como sus antecesoras; tampoco la vinculación con la nación de origen, sino que más bien se ha convertido en un símbolo de estatus y de pertenencia a uno de los grupos económicamente más poderosos de la región.

El segundo elemento tiene que ver con la política migratoria mexicana, y es que la decisión de mudarse a otro país enfrentó a estos extranjeros con todo el aparato burocrático del Estado al correr el siglo xx. Fue interesante observar la manera en la que estos extranjeros se enfrentaron y organizaron su vida ante las políticas estatales, en particular aquellas que de los años veinte y, sobre todo, treinta. Para entonces las puertas se cerraron y aunque no hubo más arribos de coreanos, los libaneses sí dejaron de llegar en gran número, de suerte que durante la segunda mitad del siglo pasado los ingresos fueron más bien esporádicos y correspondieron sobre todo a factores como el reagrupamiento familiar o la búsqueda de cónyuges de origen libanés.

En lo que se refiere particularmente a los mecanismos de control estatales como el Registro Nacional de Extranjeros y la política a favor de la naturalización, observamos que ambas migraciones respondieron en forma diferente. La de los libaneses fue mucho más participativa y vistosa: estos se apegaron más a lo estipulado por el gobierno a través de la inscripción en el Registro Nacional o de las naturalizaciones. Esta diferencia se puede explicar a través del contraste del entorno urbano del libanés —más cercano a las gestiones administrativas y cívicas— frente al entorno rural de los coreanos, quienes en general evitaron convertirse en mexicanos y de los cuales fueron pocos los que se inscribieron en el Registro.

Es importante exponer aquí algunas delimitaciones de nuestro estudio. Ciertamente en algunos casos se pueden observar un diferencial considerable en algunas tendencias estadísticas en la información que mostramos sobre los coreanos; esto responde sobre todo a dos razones, la primera es la falta de representatividad de la

información encontrada sobre los coreanos en los archivos locales, y la segunda tiene que ver con las dificultades para seguirle la pista a estos migrantes. Consideramos entonces que resultaba interesante y revelador incluir lo hallado en los acervos nacionales, como el Archivo General de la Nación y el de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Sin embargo no debemos perder de vista que la mayoría de las conclusiones aquí presentadas se ciñen solamente al estado de Yucatán y, en algunas ocasiones, sólo al municipio de Motul.

Esta última aclaración se hace aún más pertinente cuando consideramos que a lo largo del siglo, debido a la fuerte movilidad geográfica, migrantes coreanos de primera generación, así como sus descendientes, se han establecido en varias ciudades del país e incluso en Cuba. Lo que se puede observar es que esos coreanos, además de migrar de Yucatán, al parecer también migraron del mundo rural al urbano, experimentando una movilidad social que quizá resulta diferente a la de los que se quedaron en Yucatán. Hoy en día es posible encontrar diferentes asociaciones de coreanos repartidas por el país entre las que sobresalen las de Campeche, la de la ciudad de México y la de Tijuana, además de la que existe en Cuba. Observamos entonces que las dinámicas asociativas o comunitarias de estos migrantes y de sus descendientes fuera del estado yucateco todavía dejan un margen considerable para el estudio, sin menoscabo para el trabajo de Ruiz y Lim Kim (2000) acerca de Cuba, ni para algunas referencias de Suh (2004, 59) relacionadas con Tijuana, cuya asociación sostiene que fue la mejor organizada.

En cuanto a los libaneses decidimos no incluir información de índole nacional y sólo trabajar con lo que encontramos de Yucatán debido a la gran cantidad de expedientes que existen en los archivos y, sobre todo, al hecho de que la información encontrada para la región y, en especial, para el municipio que aquí trabajamos resultó ser suficiente. Pensamos que es poco probable que haya grandes diferencias entre las dinámicas de los libaneses establecidos en otros municipios yucatecos y las de los de Motul, aunque sí creemos que pueden encontrarse algunas

particularidades originadas por las características de cada lugar, esto como corolario de la idea de que el contexto resulta determinante. Una comparación entre municipios es una tarea que queda aún pendiente.

En esta historia comparada de dos migraciones pudimos observar de cerca la diversidad cultural con la que cuenta Yucatán, derivada de migraciones como la de los libaneses y la de los coreanos; también notamos que, aunque numéricamente esta presencia no resulta importante, sí lo es en términos cualitativos. Los migrantes libaneses y coreanos forman parte, aunque en forma diferente, del devenir histórico de la región durante el siglo xx. Para terminar simplemente diremos que las cosas han cambiado en Yucatán y que aquellos extranjeros que llegaban a principios del siglo pasado son muy distintos de los que llegan a principios de este. El fin de la economía productora y comercializadora de henequén y el paso a una economía dominada por el sector de servicios ha *atraído* nuevas pequeñas olas migratorias que presentan dinámicas y características totalmente distintas a las de los migrantes del siglo pasado.



## Fuentes

### BIBLIOGRAFÍA

ABIMERHI, Dita

2010 Testimonial presentado en el coloquio *Los árabes: Tres penínsulas, un universo cultural*, CEPHCIS-UNAM, Mérida, México, 6 de diciembre.

AKMIR, Abdeluahed (coord.)

2009 *Los árabes en América Latina. Historia de una emigración*. Madrid: Siglo XXI-Biblioteca de Casa Árabe.

ALONSO PALACIOS, Angelina

1983 *Los libaneses y la industria textil en Puebla*. México: CIESAS.

“Antropología y microhistoria: conversación con Giovanni Levi”

1993 *Manuscrits*, núm. 11 enero 15-28. Consultado el 23 de noviembre de 2017. <https://ddd.uab.cat/pub/manuscrits/02132397n11/02132397n11p15.pdf>.

ARANGO, Joaquín

2003 “La explicación teórica de las migraciones: luz y sombra”. *Migración y Desarrollo*, núm. 1 (octubre). Consultado el 8 de abril 2014. <http://estudiosterritoriales.org/articulo.oa?id=66000102>.

BADÍAS GANTUS, Fernando

1986 *Semblanza de Libano (entre los cedros de Salomón)*. 2ª ed. Mérida, México: Zamná.

- BARCELÓ QUINTAL, Raquel  
2014 “Estilo de vida de la élite henequenera en Mérida, 1876-1910”. En *Historia General de Yucatán. Yucatán en el México porfiriano 1876-1915*, coordinado por Sergio Quezada et al., 193-239. Mérida, México: UADY.
- BARRY, Jonh  
1997 “Immigration, Acculturation, and Adaptation”. En *Applied Psychology: an International Review* (46) 1: 5-68.
- BERTAUX, Daniel  
1997 *Lenquête et ses méthodes. Le récit de vie*. 2ª ed. París: Armand Colin.
- BLOCH, Marc  
1983 “Pour une histoire comparée des sociétés européennes”. En *Mélanges historiques*, vol. 1: 16-40. París: EHESS.
- BOJÓRQUEZ URZAIZ, Carlos  
2006 “Martí y la emigración cubana de Yucatán frente al nacimiento de la república (1902-1925)”. En *The Cuban Republic and José Martí. Reception and Use of a National Symbol*, edición de Mauricio A. Font y Alfonso W. Quiroz, 170-179. Oxford, USA: Lexington Books.
- CÁCERES MÉNDEZ, María y Patricia Fortuny Loret de Mola  
1977 “La migración libanesa a Yucatán”. Tesis de licenciatura en Antropología. Mérida: UADY.
- CANTÓN LÓPEZ, Antonio  
1946 “Historia de la imprenta y del periodismo”. En *Enciclopedia Yucatanense*. 5-107. Mérida: Editorial Cultura.
- CARRILLO PUERTO, Acrelio  
1959 *La familia Carrillo Puerto de Motul: Con la Revolución Mexicana*. Mérida: Edición del autor.
- CASANOVA, José A.  
2008 “Inmigración y vida cotidiana. Una reconstrucción histórica y cultural de los trabajadores coreanos en las haciendas henequeneras de Yucatán (1905-1908)”. Tesis de licenciatura en Etnohistoria. México: ENAH.

- CORONA, Javier  
 2007 “La inmigración coreana en Yucatán”. Tesis de licenciatura en Periodismo. Mérida: Instituto de Estudios de la Comunicación de Yucatán.
- CUEVAS SEBA, Teté  
 2009 *Del Líbano... lo que debemos recordar. Resembrando raíces*. Mérida, México: edición de la autora.
- CUEVAS SEBA, M. Teresa y Miguel Mañaná  
 1990 *Los libaneses de Yucatán*. Mérida: Impresiones Profesionales.
- CUEVAS, Yazmín  
 2011 “Representaciones sociales en la prensa: aportaciones teóricas y metodológicas”. *Sinéctica*, núm. 36 (enero-junio). Consultado el 19 de septiembre de 2012. [http://www.sinectica.iteso.mx/index.php?cur=36&art=36\\_08](http://www.sinectica.iteso.mx/index.php?cur=36&art=36_08).
- CUNIN, Elisabeth  
 2014 *Administrar los extranjeros: raza, mestizaje, nación. Migraciones afrobeliceñas en el territorio de Quintana Roo, 1902-1940*. México: CIESAS.
- Datos sobre Corea*  
 1981 Seúl, Corea: Servicio Informativo Coreano de Ultramar.
- DURAN MERK, Alma  
 2009 *Villa Carlota. Colonias alemanas en Yucatán*. Mérida: CEPESA-ICY-CONACULTA.
- ECHÁNOVE, Carlos  
 1970 *Manual del extranjero*. México: Porrúa. 1970.
- ELIOT, Jonh H.  
 1999 “La historia comparativa”. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. II (invierno): 229-247.
- GARCÍA BORREGO, Iñaki  
 2006 “Generaciones sociales y sociológicas. Un recorrido histórico por la literatura sociológica estadounidense sobre los hijos de inmigrantes”. *Migraciones Internacionales* (3), núm. 4 (julio-diciembre): 5-34.

GLEIZER, Daniela

2011 “Políticas inmigratorias en la construcción de la identidad nacional mexicana”. En *Identidades: explorando la diversidad*, coordinado por Aduavi Adonon et al. México: UAM-C/Anthropos. Consultado el 18 noviembre 2014. <http://www.cua.uam.mx/files/8.%20Gleizer.pdf>.

GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés

1994 *Sociedad y cultura en el Porfiriato*. México: CONACULTA.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis

1973 *Invitación a la microhistoria*. México: SEP.

GREEN, Nancy

2002 *Repenser les migrations*. París: Presses Universitaires de France.

GUTIÉRREZ MAY, José Luis

2011 “Sanos, fuertes y humildes. Los inmigrantes coreanos en Yucatán 1905-1910”. Tesis de licenciatura. Mérida: UADY.

HERNÁNDEZ JUÁREZ, Saúl Iván

2012 “Los extranjeros en San Luis Potosí, 1929-1932”. Tesis de maestría en Historia. México: El Colegio de San Luis. Consultado el 19 noviembre 2014. <http://biblio.colsan.edu.mx/tesis/HernandezJuarezSaulIvan.pdf>.

HERRERA CARASSOU, Roberto

2006 *La perspectiva teórica en el estudio de las migraciones*. Colección economía y demografía. México: Siglo XXI.

INCLÁN, Rebeca

1978 “Inmigración libanesa en la Ciudad de Puebla, 1890-1930. Proceso de aculturación”. Tesis de licenciatura en Historia. México: UNAM.

JOSEPH, Gilbert y Allen Wells

2014 “Rivalidad económica e inquietud rural a fines del Porfiriato”. En *Historia General de Yucatán. Yucatán en el México porfiriano 1876-1915*, coordinado por Sergio Quezada et al., 91-167. Mérida: UADY.

- KAHHAT, Farid y José Alberto Moreno  
2009 “La inmigración árabe hacia México (1880-1950)”. En *Los árabes en América Latina. Historia de una emigración*, coordinación de Abdeluahed Akmir, 316-358. Madrid, España: Siglo XXI-Biblioteca de Casa Árabe.
- KATZ, Friedrich  
1976 *Servidumbre agraria en México en la época porfiriana*. México: Era.
- KIM, Hahkyung  
2012 “Korean Immigrants’ Place in the Discourse of Mestizaje: A History of Race-Class Dynamics and Asian Immigration in Yucatán, Mexico”. *Revista Iberoamericana* 23 (3): 221-271.
- KIM, Hyong-Ju  
2003 *La experiencia migratoria de la nueva comunidad coreana en México*. Trabajos presentados en el segundo Encuentro de Estudios Coreanos en América Latina organizado por Korea Foundation. México: COLMEX-UBA.
- KUNTZ, Sandra  
2010 *Las exportaciones mexicanas durante la primera globalización 1870-1929*. México: COLMEX.
- MARCUS, Noland  
2003 “The Impact of Korean Immigration on the US Economy”. En *The Korean Diaspora in the World Economy*, edición de Fred Bergsten e Inbom Choi, 61-76. Washington, DC: Peterson Institute for International Economics. Consultado el 2 de julio de 2015. [http://www.piie.com/publications/chapters\\_preview/365/4tie3586.pdf](http://www.piie.com/publications/chapters_preview/365/4tie3586.pdf).
- MARÍN GUZMÁN, Roberto  
1996 “Las causas de la emigración libanesa durante el siglo XIX y principios del XX. Un estudio de historia económica y social”. En *Estudios de Asia y África* XXXI (3): 557-606. México: COLMEX.
- MARTÍNEZ ASSAD, Carlos  
2003 *Memoria de Líbano*. México: Océano.

MARTÍNEZ MONTIEL, Luz María

- 1981 “Lebanese immigration to Mexico”. En *Asiatic Migrations in Latin America*, edición de Luz María Martínez Montiel, 147-161. México: COLMEX.

*Memoria de la 2ª Exposición de Yucatán verificada del 5 al 15 de mayo de 1879*

- 1880 Mérida, México: Imprenta de la Librería Meridiana de Cantón.

MONTEJO BAQUEIRO, Francisco

- 1981 “La colonia Sirio-Libanesa en Mérida”. En *Enciclopedia yucatanense*, t. XII, edición de Carlos Echánove Trujillo, 463-516. Mérida, México: Gobierno del Estado de Yucatán.

NAM, Hwan Jo

- 2006 *Historia de la vida de los coreanos en México, 1905-2005*. Los Ángeles, USA: The Christian Herald.

NOVELO, Victoria

- 2009 *Yucatecos en Cuba. Etnografía de una migración*. México: CIESAS-Publicaciones de la Casa Chata-ICY-CONACULTA.

OTA MISHIMA, María Elena

- 1997 *Destino México. Un estudio de las migraciones asiáticas a México, siglos XIX y XX*. México: COLMEX.

PÁEZ OROPEZA, Carmen Mercedes

- 1984 *Los libaneses en México: asimilación de un grupo étnico*. México: INAH.

PARK, Hea-Jin

- 2006 “Dijeron que iba a levantar el dinero con la pala: A Brief Account of Early Korean Emigration to Mexico”. *Revista HMiC* (4): 137- 150.

PATTERSON, Wayne

- 1993 “The Early Years of Korean Immigration to Mexico: A View from Japanese and Korean Sources”. *Seoul Journal of Korean Studies* (6): 88-103.

PÉREZ VEJO, Tomás

- 2009 “La extranjería en la construcción nacional mexicana”. En *Nación y extranjería. La exclusión racial en las políticas migrato-*

*rias de Argentina, Brasil, Cuba y México*, coordinado por Pablo Yankelevich, 187-230. *La pluralidad cultural en México*, núm. 20. México: UNAM.

PAECK, Pong Hyon

1968 “The Koreans in Mexico: 1905-1911”. Tesis para el título de Master of Arts. Austin: The University of Texas.

PERLMANN, Joel y Roger Waldinger

1997 “Second Generation Decline? The Children of Immigrants Past and Present: A Reconsideration”, en *International Migration Review* 31, núm. 4 (invierno), Special Issue: “Immigrant Adaptation and Native-Born Responses in the Making of Americans”: 893-922.

PORTES, Alejandro

2012 “Capital social: sus orígenes y aplicaciones en la sociología moderna”. En *Sociología económica de las migraciones internacionales*, 83-100. Autores, textos y Temas, núm. 81. Barcelona: Anthropos-Centro de Estudios y Documentación Internacionales de Barcelona.

PORTES, Alejandro y Rubén G. Rumbaut

2011 *Legados. La historia de la segunda generación inmigrante*, México: Porrúa-INM.

PORTES, Alejandro y Julia Sensenbrenner

1993 “Embeddedness and Immigration: Notes on the Social Determinants of Economic Action”. *The American Journal of Sociology* 98, núm. 6 (mayo): 1320-1350.

PORTES, Alejandro y Min Zhou

1993 “The New Second Generation: Segmented Assimilation and its Variants”. *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 530, núm. 1 (noviembre): 74-96.

QUEZADA, Sergio.

2011 *Breve Historia de Yucatán. Serie breves historias de los estados de la República Mexicana*. México: FCE-COLMEX-Fideicomiso Historia de las Américas.

QUEZADA, Sergio *et al.*

2014 *Historia general de Yucatán. Yucatán en el México porfiriano 1876*. Mérida: UADY.

RAMÍREZ CARRILLO, Luis A.

1993 *Sociedad y población urbana en Yucatán. 1950-1989*. México: Cuadernos del CES-COLMEX.

1994a *Secretos de familia, Libaneses y élites empresariales en Yucatán*, México: CONACULTA.

1994b “De buhoneros a empresarios: la inmigración libanesa en el sureste de México”. *Historia Mexicana* 43, núm 3: 451-486.

2012 *...De cómo los libaneses conquistaron la península de Yucatán. Migración, identidad étnica y cultura empresarial*. Monografías, 14. Mérida: UNAM.

REYNA, Angélica

1991 “Políticas de población y redistribución de población en México. Efectos de la política migratoria en la ciudad de México”. Tesis de maestría en Demografía. México: COLMEX.

RODRÍGUEZ CHÁVEZ, Ernesto (coord.)

2010 *Extranjeros en México. Continuidades y aproximaciones*. México: Centro de Estudios Migratorios-INM.

ROMERO CASTILLA, Alfredo

1995a “Los coreanos en México”. *Eslabones* 9: 57-68.

1995b “La transformación histórica de Corea”. *Estudios de Asia y África*, vol. 30, núm. 3 (98) (sep.-dec.): 465-485. México: COLMEX. Consultado el 15 de noviembre de 2016. <http://www.jstor.org/stable/40312509>.

1997 “Huellas del paso de los inmigrantes coreanos en tierras de Yucatán y su dispersión por el territorio mexicano”. En *Destino México. Un estudio de las migraciones asiáticas a México siglos XIX y XX*, coordinación de María Elena Ota Mishima, 123-166. México: COLMEX.

1999 “Coreanos en la Ciudad de México”. En *Los asiáticos en la Ciudad de México*, 9-23. Serie Babel Ciudad de México, núm. 2. México: Instituto de Cultura de la Ciudad de México.

- 2009 “De Choson a Chosen: unión y fractura de la nación coreana”. En *Historia mínima de Corea*, coordinación de José Luis León Manríquez, 69-116. México: COLMEX-CEAA.
- ROMERO ESTRADA, FRANCISCO
- 2000 “Factores que provocaron las migraciones de chinos, japoneses y coreanos hacia México: siglos XIX y XX: estudio comparativo”. *Revista de Ciencias Sociales* (Costa Rica), núm. 4: 90-91.
- RUIZ, RAÚL R. Y MARTHA LIM KIM
- 2000 *Coreanos en Cuba*. Colección la Fuente Viva. La Habana: Fundación Fernando Ortiz.
- SALAZAR, DELIA
- 2010a “Tres momentos de la inmigración internacional en México, 1880-1946”. En *Extranjeros en México. Continuidades y aproximaciones*, coordinación de Ernesto Rodríguez Chávez, 51-87. México: Centro de Estudios Migratorios/INM.
- 2010b *Las cuentas de los sueños. La presencia extranjera en México a través de las estadísticas nacionales, 1880-1914*. México: SEGOB/INM /Centro de Estudios Migratorios/INAH/DGE.
- SÁNCHEZ PAC, JOSÉ
- 2006 *Memorias de la vida y obra de los coreanos en México desde Yucatán*. Escrito en 1973. Transcripción, comentarios y edición de Javier Corona Baeza. Mérida, México: edición particular de Javier Corona Baeza.
- SPECKMAN GUERRA, ELISA
- 2012 “El Porfiriato”. En *Nueva historia mínima de México*, de Pablo Escalante Gonzalbo et al., 192-224. México: COLMEX.
- TAYAH AKEL, WADHI BOUTROS
- 1999 *Los maronitas. Raíces e identidad*. México: Diana.
- UROW SHIFTER, DIANA
- 2000 *Torreón un ejemplo de la inmigración a México durante el Porfiriato: el caso de españoles, chinos y libaneses*, Torreón: Presidencia Municipal de Torreón, Instituto Municipal de Documentación y Centro Histórico Eduardo Guerra.

VÁRGUEZ PASOS, Luis A.

2002 “Élites e identidades. Una visión de la sociedad meridana de la segunda mitad del siglo XIX”. *Historia Mexicana* 51, núm. 4 (abril-junio): 829-865.

VICTORIA OJEDA, Jorge y José Juan Cervera

2015 *Yucatecos de otros mundos*, Mérida, México: SEDECULTA-CONACULTA.

VICTORIA, Nidia

1987 “Yucatán y las políticas migratorias de los colonos a los trabajadores: 1880-1918”. Tesis de licenciatura. Mérida: UADY.

YANKELEVICH, Pablo

2009 “La arquitectura de la política de inmigración en México”. En *Nación y extranjería. La exclusión racial en las políticas migratorias de Argentina, Brasil, Cuba y México*, coordinación de Pablo Yankelevich, 187-230. La pluralidad Cultural en México, núm. 20. México: UNAM.

2011 *¿Deseables o inconvenientes? Las fronteras de la extranjería en el México posrevolucionario*. México: Bonillas Artigas-ENAH-Iberoamericana Vervuert.

ZAPATA-BERRERO, Ricard

2009 *Multiculturalidad e inmigración*. Ciencias políticas. Madrid, España: Síntesis.

ZERAOU, Zidane

1997 “Los árabes en México. El perfil de la migración”. En *Destino México. Un estudio de las migraciones asiáticas a México, siglos XIX y XX*, coordinación de María Elena Ota Mishima, 257-303. México: COLMEX.

2006 “La inmigración árabe en México: integración nacional e identidad comunitaria”. En *Contra Relatos desde el Sur. Apuntes sobre África y Medio Oriente* (Argentina), año II, núm. 3 (diciembre): 11-32.

## FUENTES

### ARCHIVOS

Centro de Apoyo a la Investigación Histórica de Yucatán, CAIHY

Archivo General del Estado de Yucatán, AGEY

Secretaría de Relaciones Exteriores, SRE.

Archivo Histórico Municipal de Mérida.

Archivo del Registro Civil de Motul

### FUENTES HEMEROGRÁFICAS

*Diario Yucateco*

*El Eco del Comercio*

*El Peninsular*

*La Campana. Bisemanario de Caricaturas y Variedades*

*La Revista de Mérida*

### FUENTES ORALES

Agustín Pech, en Kini, el 20 de junio de 2011.

Amira Simón, en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.

Antonia Quiñones, en la ciudad de Mérida, el 18 de octubre de 2013.

Celestino Buenfil, en la ciudad de Motul, el 21 de junio de 2011.

Dalia Sim Kim, en Cholul, el 19 de agosto de 2011.

Elías Montañez, en la ciudad de Mérida, el 8 octubre 2013.

Esperanza Ham, en Suma, el 17 de junio de 2011.

Faulo Sánchez, en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.

- Friné Soda, en la ciudad de Mérida, el 18 de octubre de 2013.
- Genny Chans, en la ciudad de Mérida, el 19 de junio de 2016.
- Herbé Rodríguez Abraham, en la ciudad de Mérida, el 14 de octubre de 2013.
- Javier Corona, en la ciudad de Mérida, el 10 de abril de 2010.
- Jorge Cortés Ancona, en la ciudad de Mérida, el 14 de septiembre de 2012.
- Juan Francisco Peón Ancona, en la ciudad de Mérida, el 19 de septiembre de 2012.
- Juanita Méndez, en la ciudad de Motul, el 21 de junio de 2011.
- Familia Chion, en Sacapuc, el 10 de junio de 2011.
- Hermanas Pedro, en la ciudad de Motul, el 22 de agosto de 2013.
- Manuel Pinto, en la ciudad de Motul, el 3 de junio de 2011.
- María Eloísa Kim, en Muxupip, el 21 de junio de 2011.
- María Luisa Kim, en la ciudad de Motul, el 20 de agosto de 2013.
- Ramona Ham, en la ciudad de Motul, 22 de agosto de 2013.
- Sahara Pedro, en la ciudad de Motul, el 22 de agosto de 2013.
- Ulises Park, en la ciudad de Mérida, el 10 de octubre de 2013 y 17 de junio de 2016.
- Velerio Buenfil, en la ciudad de Motul, el 10 de junio de 2011.
- Nieto de Pedro Pablo Ham Kim, en Suma, el 16 de junio de 2011.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers  
*Rector*

Dr. Domingo Alberto Vital Díaz  
*Coordinador de Humanidades*

Dr. Adrián Curiel Rivera  
*Director del CEPHCIS*  
*Coordinador de la serie*

*Libaneses y coreanos en Yucatán.  
Historia comparada de dos migraciones*

editado por el CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y EN CIENCIAS SOCIALES, siendo el jefe de Publicaciones SALVADOR TOVAR MENDOZA, se terminó de imprimir el 15 de febrero de 2018 en los talleres de Cromo Editores S.A. de C.V., Miravalle, núm. 703, Portales, Ciudad de México. El texto estuvo al cuidado de DANIELA MALDONADO CANO. La formación (en tipos Goudy Old Style, 11:13, 10:12 y 9:11 puntos) la llevaron a cabo SALVADOR TOVAR MENDOZA y JUDITH SÁNCHEZ DURÁN. El diseño de los forros lo realizó SAMUEL FLORES OSORIO. El tiraje consta de 250 ejemplares en tapa rústica, impresos en *offset* sobre papel cultural de 90 gramos.